

Villae



NO TE ENAMORES DE UN MONSTRUO

A . G . D O N E S

A. G. Dones

A. G. Dones

Copyright © A. G. Dones, 2020

ISBN: 9798685632302

Independently published

Diseño de portada: Andrea Dones

Fotografía: Paradise Studio

Corrección: Andrea Dones

Maquetación: Andrea Dones

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A aquellos que, para bien o para mal, formaron parte de un capítulo que con este libro me dispongo
por fin a cerrar.

ÍNDICE

| |
|-------------------------|
| 1 |
| 2 |
| 3 |
| 4 |
| 5 |
| 6 |
| 7 |
| 8 |
| 9 |
| 10 |
| 11 |
| 12 |
| 13 |
| 14 |
| 15 |
| 16 |
| 17 |
| 18 |
| 19 |
| 20 |
| 21 |
| 22 |
| 23 |
| 24 |
| Epílogo |

Morir es inevitable.

Pero cuando eres tú quien elige cómo hacerlo, algo de ti mismo permanece vivo para siempre.

Los chicos del instituto se habían pasado todo el día hablando muy emocionados sobre una manada de ginetas que había aparecido cerca de allí, junto a la carretera que bordeaba el cerro de la entrada al pueblo.

Yo tenía quince años entonces.

Según decían, las ginetas habían abandonado el campo y habían empezado a llegar al pueblo, cruzando carreteras y atacando a los perros que paseaban con sus dueños por los descampados. Parecían muy alteradas, como si algo las empujase a salir de su hábitat.

Teniendo en cuenta dónde vivíamos, aquello era lo más emocionante que había ocurrido en Los Fresnos desde que construyeron el cine de verano en el parque central.

—La semana pasada también aparecieron —dijo uno de los chicos de mi clase—. Mi hermano mayor se cruzó con una cuando paseaba a Simba, cerca de la gasolinera, y el bicho atacó salido de la nada. Mi hermano puso la pierna en medio para que no atacara al perro, pero él se llevó un buen mordisco. Tuvieron que ponerle la antirrábica.

Conocía aquel lugar. Estaba cerca de mi casa, a tan solo un paseo, y era un sitio donde muchos aprovechaban para soltar a los perros y dejarles correr sin peligro. La carretera estaba cerca, pero por allí apenas pasaban coches, tan solo los que iban a repostar. Tampoco es que fuera la gasolinera más rentable de la historia.

Pasaron más de dos semanas en las que las extrañas apariciones de ginetas continuaron y a las que se sumaron también algunos jabalíes. Por suerte, la mayoría de ellos se conformaba con levantar la tierra allí por donde pasaban para comerse las raíces que encontraban a su paso. Más allá de darle trabajo a los jardineros del Ayuntamiento, no causaron grandes males.

—¿Qué animal creéis que será el siguiente? —preguntaba mi amiga María, sentada de rodillas en el asiento de delante en el autobús, mirando hacia atrás.

Nos dirigíamos a una excursión escolar al campo, una de esas salidas para hacer caminatas que siempre he odiado y a las que siempre me han obligado a ir. Si al menos nos enseñasen algo útil o curioso durante aquellas salidas...

—¿Hay osos por aquí? Si los hay, seguro que es el siguiente.

—O lobos.

—Aquí no hay lobos. Solo hay vacas y ovejas.

—Y halcones.

—¿Os imagináis el barrio lleno de halcones subidos a las farolas y a los coches?

—Yo no saldría de casa ni loca —intervine por primera vez. Aquellas conversaciones insustanciales me aburrían, pero una imagen así impresionaba hasta en la mera imaginación.

La radio sonaba en la cabina del conductor y era casi imposible escuchar algo con el murmullo continuo de mis compañeros, pero una noticia de última hora consiguió llamar mi atención:

«Esta madrugada se han hallado los cuerpos de los dos ciclistas, desaparecidos hace cuatro días en los alrededores de la Universidad, en el descampado de una parcela perteneciente al municipio de Los Fresnos. Los cuerpos de seguridad continúan investigando los detalles del suceso, aunque todo apunta a que se trata de un caso de doble homicidio».

De pronto ímos la bocina de un coche en dirección contraria y, justo después, todo el mundo salió despedido de su asiento con violencia por un frenazo. Algo golpeó el parabrisas del autobús, agrietándolo hasta convertirlo en una telaraña de cristal. El segundo autobús escolar llegó por detrás sin poder frenar a tiempo y, en apenas unos segundos, el nuestro se salía del arcén y rodaba sin control por el barranco de aquella montaña a la que acabábamos de llegar.

Como no dejaron de recordarme después, dio cuatro vueltas de campana y finalmente se detuvo de lado en una zona llana, a unos veinte metros por abajo de la carretera.

Recuerdo aquel día rojo; los cristales habían estallado y las esquirlas se nos enredaban en el pelo y se nos clavaban en la piel descubierta, llenándonos de sangre las manos y la cara. Habíamos terminado todos apelotonados en un lateral del autobús, sobre las ventanas rotas, y alguno se había roto la nariz o abierto alguna brecha por la caída y los golpes de los otros cuerpos. Yo estaba justo debajo.

Fui la única que se había puesto el cinturón de los más de cuarenta alumnos que viajaban en el autocar, y también fui la única que se quedó atrapada en su asiento, soportando el peso de quienes habían estado sentados junto a mí sin poder moverme; mi cuerpo estaba en vilo, sujeto únicamente por las dos correas que me quemaban en el cuello y me apretaban las costillas. No podía respirar y me dolía mucho la pierna.

Poco a poco fueron levantándose y saliendo por las ventanas rotas siguiendo las órdenes de un profesor que intentaba mantener la calma, pero se le notaba el temblor de la angustia en la voz.

Cuando se me quitaron de encima, noté que algo no iba bien. Sentía mucho frío y no conseguía moverme. El dolor de la pierna empezaba a desaparecer, como también desaparecía todo lo que tenía a mi alrededor.

Fijé como pude la vista borrosa sobre la pierna y entonces lo vi: un trozo de metal de la carrocería se había doblado y me atravesaba el muslo. Todo el pantalón estaba empapado en sangre. Quise soltarme, pero no me atreví. Tal vez, si me soltaba el cinturón que me sujetaba en aquella extraña postura, sería mucho peor.

Escuché un murmullo lejano junto a los pasos de alguien que se acercó a toda prisa hasta mí y supe que aquel sería el final. Una sensación helada me recorrió la cara, las manos, luego la espalda... y después todo se quedó en negro.

Apenas recuerdo nada de aquel día, solo el frío que me inundaba el cuerpo a medida que la sangre lo abandonaba.

Han pasado ya diez años desde el accidente y, de alguna manera, me las he ingeniado para seguir aquí; pero desde entonces soy... distinta.

Me han contado mil veces lo que ocurrió en aquel barranco, el calor de las chispas saltando en un baile luminoso cuando los bomberos cortaron el trozo de metal que seguía incrustado en mi pierna y cómo me llevaron al hospital en helicóptero, pero no soy consciente de haber recorrido media ciudad por los aires, ni recuerdo tampoco el sonido de las aspas ni de los motores, ni el tacto de los guantes de nitrilo de los médicos. No recuerdo nada de eso, pero lo he oído tantas veces que esos recuerdos casi los siento como míos.

Del hospital hay menos detalles. Solo me contaron que un médico hizo una locura para intentar salvarme. Y lo consiguió.

Siendo mi grupo sanguíneo 0-, solo podía recibir sangre del mismo tipo; cuando llegué al hospital, según nos contaron después, estaba ya tan cerca de la muerte que pensaron que la transfusión no llegaría a tiempo, pues las reservas de mi grupo eran escasas en ese momento. Fue únicamente la determinación del doctor Xavier Cortés lo que consiguió devolverme a este mundo.

Viendo que no aguantaría ni dos minutos y que no habían llegado suficientes donaciones, decidió que me salvaría con su propia sangre. Se cogió una vía él mismo y esperó, sentado en una silla junto a la camilla del quirófano, mientras el resto del equipo médico hacía lo que podía por salvarme la pierna.

Gracias a aquella locura que casi le cuesta la inhabilitación, consiguió que aguantase lo suficiente hasta que llegó el resto de las bolsas de reserva.

Si no hubiese sido por aquello...

—La buena noticia es que la pierna se recuperará bien —había dicho el doctor Cortés—. La mala es que hemos descubierto por casualidad algo más.

Y allí estaba, esa noticia que uno no quiere escuchar nunca. Mi madre me abrazaba por los hombros con la angustia agarrada al pecho; mi padre me apretaba la mano y miraba a los médicos con el entrecejo fruncido. Era su manera de mostrar preocupación, ese leve gesto en la frente, nada más.

Cuando mis padres me adoptaron, una de sus mayores preocupaciones era que estuviese sana. Y durante quince años así lo parecía, pero aquella seguridad estaba a punto de venirse abajo.

Talasemia. Esa era la condena.

Una enfermedad hereditaria que me provocaba anemias constantes y graves. El tratamiento: tendría que recibir transfusiones periódicamente durante el resto de mi vida. Toda una existencia recibiendo vida de otras personas. Vida líquida.

Desde entonces me sometí a aquellas transfusiones. Cada seis meses, puntual, acudía a la

consulta del doctor Cortés y salía de allí con una mezcla de sensaciones muy perturbadora: la transfusión me ardía, me dolía, y siempre pasaba los siguientes dos días con fiebre y vomitando todo cuanto comía. Los expertos habían descartado cualquier problema y asumimos que aquellas reacciones las provocaba la ansiedad de los hospitales y del recuerdo del accidente. Por eso siempre lo agendábamos un viernes, al menos así no perdía clases y podía descansar en casa el fin de semana, tranquila y a salvo en mi habitación.

La otra parte de aquellas transfusiones era más agradable: una vez pasados esos dos días, me sentía mucho más fuerte, más despierta y activa. Era como si pudiera sentir toda la energía de aquellos donantes anónimos que me devolvían la vida en cada sesión.

Aunque esa vitalidad solo duraba unos pocos meses antes de que volviera el cansancio y la somnolencia. La parte positiva de volver al hospital era la oportunidad de ver al doctor Cortés, mi ángel de la guarda, mi salvador... y mi amor platónico. Me salvó la vida, ¿cómo no iba a tenerle en un pedestal?

Diez años después, han cambiado muchas cosas, pero otras se han quedado paralizadas en el tiempo. Sigo sintiendo pánico a subir a cualquier autobús y, por supuesto, no me he sacado el carnet de conducir. Jamás sería la responsable de manejar una máquina de matar como es un coche. Además, ¿quién lo necesita cuando puedes ir sobre tus propias ruedas? Me encanta recorrer mi ciudad subida en mi patinete eléctrico; es limpio, seguro y puedo disfrutar del paisaje cuando atravieso los parques y las callejuelas más estrechas. Para distancias mayores, siempre está el tren, puntual y fiel.

Por suerte, nunca he tenido que irme muy lejos. Entré en la universidad que quería, cuyo campus está casi colindando con el pueblo, a estudiar Historia del Arte. Sabía que no tenía muchas salidas, pero me apasionaba tanto que me era imposible reprimir la ilusión cada vez que llegaba a casa algún catálogo de los museos a los que estaba suscrita.

Después de un tiempo tras la graduación, conseguí un trabajo humilde en una pequeña sala de exposiciones del Ayuntamiento del pueblo. Me encargaba de contactar con artistas locales y seleccionar sus obras. El sueldo era modesto, pero me llegaba justo para permitirme una habitación en un piso compartido y ahorrar un poco cada mes. También ayudaban los tupperes infinitos de comida que me preparaban mis padres para llevarme cada vez que iba a visitarles, a pesar de que vivíamos a pocas calles de distancia.

Todo parecía ir bien, o al menos relativamente bien. Hasta aquel día.

Mis padres habían organizado una fiesta sorpresa por mi *décimo cumpleaños*. Habíamos tomado la costumbre de celebrar los tres juntos la fecha del accidente como mi segundo cumpleaños, como si hubiese vuelto a nacer.

Esta vez habían invitado a mis amigos de la facultad y a los pocos con los que aún tenía contacto del instituto, además de a media familia. Lo habían planificado para que coincidiera justo después de esos dos días nefastos tras la transfusión, para que estuviera llena de energía.

Organizaron una fiesta por todo lo alto en la bolera del único centro comercial que había cerca —el pasatiempo preferido de los habitantes de Los Fresnos, a falta de uno más interesante—. La tarde parecía prometedora, llena de gente que me quería, algunos regalos y muchas sonrisas y abrazos. Pero había algo que no terminaba de encajar.

Al poco rato de llegar, el sonido de las pesadas bolas chocando contra el suelo de madera y los bolos derrumbándose me retumbaba en los oídos como si las estuvieran lanzando directamente dentro de mi cabeza. Los gritos de emoción que acompañaban a la tirada inmediatamente después de algún pleno solo empeoraban el dolor de cabeza punzante que me

provocaba todo aquel ruido. Poco a poco empezó a hacerse insoportable y tuve que marcharme a casa en busca de silencio, a pesar de los pucheros de los asistentes.

Mi compañera de piso había salido de fiesta al centro y no la esperaba hasta la mañana siguiente, así que aproveché para calentarme algo del último tupper de mi madre para la cena y echar un vistazo al catálogo de cuadros que habían llegado candidatos para la nueva temporada de exposiciones.

Calenté los filetes de pollo empanados —siempre tan inexplicablemente tiernos y jugosos— y me senté en mi cama apoyada contra la pared. Ojeé los primeros cuadros, de estilo surrealista, y le di un bocado grande al primer filete, sujeto únicamente por un tenedor. Al masticar me di cuenta de que sabía raro; nada más tragarlo, mi cuerpo lo rechazó diciéndome que lo quería fuera del estómago tan rápido como había entrado y tuve que correr al baño para llegar a tiempo a vomitar.

«Tengo que avisar a mi madre de que el pollo está malo, por si aún les queda a ellos en casa...», pensé. «Aunque quizá solo sea que aún estoy un poco débil por la transfusión».

Tiré de la cadena y cerré la tapa del inodoro, que al caer se resquebrajó, partiéndose en dos.

—Joder. Hoy no es mi día... —susurré para mí misma. Llamaría al casero por la mañana.

Aquella noche dormí mal. Me pasé la noche en duermevela, despertándome cada pocos minutos y con ratos de sueño muy ligero en el que se entremezclaban las pesadillas con un frío que me hacía tiritar a pesar de las mantas.

Me levanté de la cama en cuanto amaneció. Laura, mi compañera de piso, acababa de llegar haciendo ruido con los tacones como si necesitase dar las campanadas sobre el parque.

El dolor de cabeza por el ruido y la mala noche amenazaban con hacer que el día terminase de torcerse del todo, así que pensé que una carrera matutina me sentaría bien. Me enfundé las mallas de correr y la sudadera rosa fluorescente que me había regalado hacía años mi padre —«para ser visible y estar más segura», decía— y salí de casa sin nada más que las llaves y la cartera.

Era el momento perfecto: el cielo había empezado a clarear hacía pocos minutos y aún se adivinaba el terciopelo de la noche en el oeste; por la calle solo se veía a otros corredores, algún perro especialmente madrugador que paseaba a su dueño —y no al revés— y unos pocos coches que levantaban algo de brisa y generaban un ruido blanco y suave bastante agradable.

El aire era fresco y húmedo; los pájaros ya habían empezado a desperezarse y el cielo se empezaba a sonrosar. Se respiraba paz.

Arranqué la carrera por el camino de siempre: calle abajo hasta llegar al parque para después a travesarlo; luego bordearlo por el otro lado y salir hasta la avenida principal, que recorrería entera para terminar el recorrido comprando el pan en la pastelería que hacía esquina con la casa de mis padres. Nunca había conocido a nadie que comiera tanto pan como mi madre.

La carrera consiguió doblegar a aquel dolor de cabeza y mi humor mejoró bastante, así que añadí unas napolitanas de crema a las barras de pan y decidí desayunar con mis padres. Al entrar en la cocina me golpeó de lleno el olor a comida —acababan de levantarse, pero, inexplicablemente, ya había un cocido hirviendo a fuego lento— y volví a sentir las náuseas de la noche anterior. Por suerte, tenía el estómago vacío, pero no probé las napolitanas.

Saqué la botella de agua fría y empecé a darle sorbos pequeños mientras soportaba el monólogo de mi madre.

—¿Cuánto tiempo llevas con náuseas? Estás un poco pálida, ¿no? Deberías ir al médico, ¿quieres que te pida cita con el doctor Cortés? ¡A ver si vas a estar embarazada!

—Mamá, por Dios...

—Solo te digo que tengas cuidado...

Intenté ignorarla a propósito y, al mirar el reloj de la cocina por mirar a cualquier otro lado, me percaté de que era más pronto de lo que creía. O el tercer grado de mi madre se me estaba haciendo eterno, o había tardado menos que de costumbre en hacer mi recorrido.

—Con lo que tendría que tener cuidado es con eso de salir a correr cuando aún no han puesto ni las calles —dijo mi padre con su habitual cejo fruncido y mirando fijamente la televisión silenciada. Todos miramos la pantalla y hasta mi madre se quedó en silencio: otro desaparecido.

Aquellas desapariciones habían empezado hacía unos diez años y aún no habían conseguido averiguar nada. Casi siempre eran deportistas o trabajadores nocturnos, jóvenes que nunca volvieron de su última fiesta... Y sin ninguna relación, más allá de la localización geográfica. A veces era más cerca del pueblo; otras, se extendía hacia los municipios cercanos y hasta la ciudad, pero nunca ocurría demasiado lejos. Lo único que parecían tener más o menos claro era

que se trataba de un asesino en serie y barajaban la posibilidad de que hubieran surgido también imitadores.

Algunos chavales habían empezado a hacer pintadas con el número de desaparecidos. La versión más elegante de aquello era un mural que habían pintado unos grafiteros profesionales en memoria de todos aquellos a los que nunca volvimos a ver. De casi un centenar de desaparecidos, solo se habían recuperado doce cuerpos.

—¿Es que no van a coger a ese desgraciado nunca? —sollozó mi madre—. ¿Cómo pueden no saber nada todavía?

—Deberías aceptar mi regalo —me dijo mi padre con mirada severa.

—No quiero tener un arma en casa. Ni siquiera es legal, no sé ni disparar. Ni quiero aprender —añadí, sabiendo que me ofrecería ir con él a las cacerías de jabalíes que organizaba con mi tío. Desde que los animales salvajes decidieron invadir el pueblo, se había levantado mucho la mano con las licencias de caza. A mí siempre me había parecido una insensatez cruel.

—Pero estarías más tranquila si la llevaras encima cuando salieras sola.

Mi padre y su capacidad para proyectar sus propias emociones en otros.

—No, no lo estaría. ¿Y si se disparase mientras voy corriendo? Que no, no quiero armas. Estoy bien, no os preocupéis. Además, ya tengo la pulsera con GPS que me regalasteis hace un par de años. ¿Lo veis? —Les enseñé la pulsera en mi muñeca izquierda, que marcaba la hora y mis pulsaciones, algo más alteradas de lo normal—. ¿No hay más agua fría?

Cuando volví a casa aún tenía la boca y la garganta secas, a pesar de haberme bebido una botella entera. Volví a llenarla y me senté en el ordenador a perder el tiempo con música de fondo para joderle la resaca a Laura. Así aprendería a quitarse los tacones antes de entrar en casa.

Llegó el lunes y con él una nueva jornada. Aunque mi trabajo me absorbía y apasionaba, tener que cerrar una exposición para dar paso a la siguiente era un auténtico tedio. Cada vez que llegaba ese momento, me pasaba días frente al ordenador con los ojos cuadrados de tanto mirar celdas de hojas de cálculo y de redactar informes. Por suerte, después de esa parte llegaba la de contactar con los artistas a los que había estado echando el ojo y tratar de pescar a los mejores. Había muchísimo talento esperando a ser descubierto y yo estaba dispuesta a hacer de puente entre ellos y el mundo.

O el pueblo, al menos.

Cuando salí del Ayuntamiento a la hora de la comida ya se habían marchado todos. Me había quedado rezagada enviando unos correos a un par de artistas e investigando sus redes sociales para ver sus obras. Así que, a las tres menos cuarto, me quedé clavada en la puerta del Ayuntamiento sin saber muy bien qué hacer. No me gustaba la idea de comer sola en ningún restaurante.

—Ey, hola —me saludó un chico joven, quizá un par de años mayor que yo, al que veía a menudo por las tardes allí—. ¿Tú también te has quedado tirada?

—Eso parece. Me han abandonado como a un perro —bromeé.

—¿Te parecería muy raro si fuéramos a comer juntos? Si no, mi alternativa será un sándwich de máquina y una Coca-Cola.

—La comida de los campeones —respondí con media sonrisa sarcástica—. No sé si el chino

de la esquina es mucho más sano, pero por lo menos está menos tieso que ese pan de nevera. Si te apetece...

—Marchando una de rollitos primavera. —Sonrió y se puso en marcha. Justo entonces recordé su nombre, que me había estado rondando la punta de la lengua, y tuve que reprimir darme un golpecito en la frente. «Samir», me dije.

Era difícil olvidar el nombre de alguien con quien has ido al instituto, pero entonces prestaba tan poca atención al mundo que mi cerebro había decidido borrar la mayoría de información inútil que solo ocupaba espacio en mi memoria. Sin embargo, hablando con él delante de una sopa china con fideos y huevo escalfado —la mayor exquisitez del mundo—, los recuerdos empezaban a volver como un tsunami.

Nunca llegué a compartir clase con él, ya que iba un curso por delante de mí, pero sí íbamos juntos a las clases extraescolares de guitarra. Yo tocaba el bajo y acompañaba a los solistas cuando participábamos en algún festival escolar. Por suerte, todos en aquella clase teníamos gustos musicales compatibles y eso lo convirtió en una extraescolar amena y enriquecedora.

—¿Sigues tocando? —me preguntó Samir.

—De vez en cuando, pero sin un grupo al que acompañar es menos divertido.

—Puedes traerte el bajo y tocar en el Ayuntamiento cuando quieras. Hay varios grupos que ensayan de miércoles a sábado y los martes hay ensayos con público.

—No sé, creo que estoy demasiado oxidada para eso...

—Todo es quitarse el óxido, entonces. —Su sonrisa parecía blanquísima al lado de su piel morena. Le prometí que me lo pensaría y atacé uno de los rollitos vegetales que habíamos pedido para compartir.

Inmediatamente después de probarlos, las náuseas volvieron en una oleada violenta que me obligó a correr hasta el baño sin avisar siquiera. Todo lo que había comido acabó fuera y, por primera vez desde que comenzaron las náuseas, empecé a preocuparme de verdad.

Cuando volví a la mesa estaba pálida y sudorosa. Ni siquiera me senté. Me disculpé con Samir y dejé sobre la mesa el dinero de mi menú, diciéndole que no me encontraba bien y que me iba a casa. Avisé a mis compañeros por WhatsApp de que no iría a trabajar por la tarde. Cuando llegué a casa, me tumbé en la cama a descansar, aferrada a la botella de agua, aprovechando la paz de estar sola.

No sé en qué momento me sumí en la inconsciencia, pero me quedé muy fría y tuve un sueño tan vívido que lo sentí como real: corría por el barrio, como siempre, antes de que el resto del mundo terminara de despertar. Todo estaba tranquilo; demasiado tranquilo. No había rumor de coches ni pjar de pájaros; ningún ladrido lejano hacía eco en las calles desiertas. Me embargó una sensación de peligro y decidí cambiar de ruta en el último momento, sin pensar, dirigiéndome hacia el campo junto a la salida del pueblo. Solo escuchaba el crujir de la maleza seca bajo mis pies y algunas ramas me arañaban los tobillos descubiertos escociéndome en la piel.

De pronto algo cambió. Ya no corría como normalmente, sino que parecía que lo hacía sobre arenas movedizas, como si algo me frenase y me impidiera avanzar. Iba a cámara lenta; parecía que el aire opusiera tanta resistencia como el agua, hasta frenarme del todo. Mi cuerpo olvidó entonces cómo correr y mantenerse en movimiento. Pero tenía que seguir avanzando, tenía que salir de allí, volver a casa. Me impulsaba como podía con los brazos agarrándome a los troncos cercanos de los árboles marchitos, tratando de seguir hacia delante con la esperanza de que mis piernas recordaran la secuencia de movimientos correcta para desplazarme. Escuché el crujir de

una rama detrás de mí. Tenía que correr, tenía...

Me desperté con el corazón latiendo tan deprisa que pensé que fallaría en cualquier momento. La sed era terrible y la lengua se me había quedado pegada a la garganta como una esponja seca. Los labios agrietados solo evidenciaban aún más la deshidratación.

Miré la hora en mi pulsera inteligente: aún era pronto. Laura acababa de llegar a casa de su trabajo como monitora de kickboxing en un gimnasio cercano y me preguntaba a gritos desde la ducha si me apetecía pedir algo de comida para la cena. Tardé un rato en lograr tranquilizarme y darme cuenta de que solo había sido un sueño y que estaba en casa, a salvo.

Rechacé la invitación a pizza de Laura. Sabía que me sentaría mal y ya había tenido suficientes náuseas. Me aferré a la botella de agua para tratar de aplacar aquella sed y evitar deshidratarme, y me quedé en mi habitación toda la noche haciendo lo que mejor se me daba: darle vueltas a la cabeza.

¿Y si me había intoxicado con algo que hubiera comido? Eran ya varios días.

¿Y si mi madre tenía razón y podía estar embarazada? Salté de la cama para abalanzarme sobre el calendario que temblaba colgado con celo en la pared; no, imposible, hacía varios meses de la última vez que había estado con alguien.

¿Y si me habían transfundido sangre de alguien con hepatitis en la última sesión? ¿Y si...?

Me obligué a parar la espiral de pensamientos sin sentido y recapacitar con un mínimo de raciocinio. «Lo más probable es que me haya pillado algún virus», me dije. «Una gripe estomacal de esas. ¿No estuvo alguien en el Ayuntamiento con gastroenteritis hace poco...?». Me quedé pensando en ello y perdí mucho más tiempo del que parecía saludable buscando síntomas en internet.

Después de casi dos horas —habiendo terminado, nadie sabe cómo, viendo vídeos de mapaches comiendo uvas con sus pequeñas manitas—, decidí irme a dormir. Quizá debía aprovechar y coger unos días de baja. Aunque eso supondría aguantar la verborrea de Laura durante las mañanas.

A la mañana siguiente, tras la carrera matutina, me acerqué al médico para pedir la baja laboral. La mujer que me atendió coincidió en mi quinto diagnóstico; me confirmaron que había un brote de gastroenteritis viral y me recomendaron beber bastantes líquidos.

Más tranquila y con los papeles firmados, volví a casa y me puse a trabajar por mi cuenta — botella de agua en mano— en buscar algún artista que rompiera con la monótona línea que había instaurado el Ayuntamiento en sus exposiciones. Estaba cansada de los bodegones y de los retratos exóticos de viajeros aficionados a la fotografía. Buscaba algo diferente, radical, que removiera algo por dentro y generase dudas, incomodidad. Buscaba Arte, con A mayúscula.

Pasé más de media mañana quemándome los ojos con la pantalla de ordenador, de red social en red social, buscando a alguien con talento en el municipio. Encontré un par de jóvenes fotógrafos que sin duda tendrían un futuro brillante en alguna revista de renombre, pero les faltaba la chispa que estaba buscando. Me topé también con algunos alumnos del bachillerato artístico a los que con total seguridad expondría más adelante, cuando se hubieran graduado. Apunté sus nombres en una libreta llena de borrones y continué mi búsqueda.

A la hora de la comida, Laura llamó a mi puerta para avisarme de que me había dejado preparado algo y que se marchaba ya al gimnasio. Ella solía comer pronto para no hacer ejercicio en plena digestión. Cuando se marchó, me arrastré sin ganas a la cocina para ver qué había preparado. Laura era bastante estricta con la alimentación. En cuando hubo confianza suficiente entre nosotras, diseñó e imprimió varios planes de comidas semanales que iba variando de vez en cuando. Aunque a menudo su necesidad de control resultase de lo más irritante, en el fondo sabía que lo hacía porque se preocupaba por mí, ya que había adaptado los menús a mis necesidades especiales: la única forma de meter más hierro en una dieta sería mordiendo la sartén.

Me asomé a la vitrocerámica, donde había dejado un plato tapado con otro plato, y lo levanté con poca curiosidad: hígado. Otra vez. Odiaba tanto su sabor como su textura, no importaba con qué intentase disimularlo. Su arenosidad me resultaba casi insoportable, pero el sabor a tierra y minerales era aún peor. Después de tantos años, no conseguía acostumbrarme.

Llevé el plato arrastrando los pies hasta el salón, encendí la televisión y empecé a cortar en un centenar de minúsculos pedacitos el filete de hígado.

«Aún no se conocen detalles del nuevo caso de desaparición. Las autoridades nos recuerdan que existe un teléfono habilitado para que cualquier ciudadano que pueda tener algo de información pueda contactar con ellos, y nos piden que seamos prudentes cuando salgamos de casa.»

Las imágenes que acompañaban la noticia mostraron aquel descampado tan familiar que había transitado un millar de veces a lo largo de mi vida. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando recordé pequeños *flashbacks* de aquel sueño. Era el mismo descampado.

Cuando me quise dar cuenta, me había terminado todo el plato de hígado sin ser siquiera consciente de ello. Por primera vez no me había dejado ese regusto terroso en el fondo de la garganta, donde se confunden los olores y sabores. Muy al contrario, me había despertado el

apetito que llevaba días dormido. Me llevé el plato de vuelta a la cocina y rebusqué en la nevera por si aún quedaban filetes en algún paquete abierto. Bingo. Al fondo, detrás de una jarra de asqueroso té kombucha. Ese mejunje siempre me había dado repelús.

Saqué el paquete y eché los dos filetes que quedaban en la sartén. El ansia por comer como no había podido en los últimos días me hizo sacarlos antes de tiempo, poco más que marcados por ambos lados. Sobre el plato chorreaba una mezcla de salsa y sangre. Ni siquiera volví al salón; me los comí allí mismo, de pie, sobre la encimera de la cocina. Apenas había masticado un trozo cuando ya me estaba llevando otro a la boca. Perdí incluso la noción del tiempo. Lo único que me frenó de seguir comiendo fue que no quedaba más.

Con el estómago lleno por fin y el alivio de no haber devuelto nada, volví a encerrarme en mi dormitorio en busca de algún nuevo Dalí. Pero la concentración me duró apenas unos minutos. Me sentía llena de energía como hacía días que no lo estaba. Hice un nuevo intento de concentrarme en el ordenador, pero fue inútil; quince minutos después estaba vistiéndome con la ropa de deporte y salía por la puerta de casa.

Llegué al gimnasio de Laura y entré con tanta decisión que nadie me pidió enseñar el carnet de miembro. Curioseé por todo el edificio hasta encontrar su clase, en el piso superior, donde todos pegaban puñetazos y patadas al aire siguiendo sus directrices.

Laura se sorprendió al verme, pero no dijo nada hasta que terminó la clase.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido corriendo? —preguntó al verme empapada.

—Sí —respondí encogiéndome de hombros—. Quería probar esto del *kickboxing*.

—¿Así, de repente?

—Me has insistido tanto, que al final he caído, supongo. Tengo curiosidad y hoy me siento preparada para cualquier cosa.

—A ver si va a ser verdad que te has pillado algo...

—¿Me dejas estar en una clase, o no?

—Bueno, ya que estás aquí, quédate. Pero la siguiente clase es de nivel avanzado, no vas a poder seguir el ritmo. Tú para cuando no puedas más y, sobre todo, no te fuerces, ¿vale? Empezamos en quince minutos. Ya verás como no aguantas ni un asalto —añadió con media sonrisa burlona.

Pero cuando la clase empezó, parecía que llevaba toda la vida haciéndolo. Al principio me costó un poco ponerme al día con la coreografía que los demás llevaban repitiendo meses; pero, en cuanto memoricé los pasos y repetí cada movimiento despacio un par de veces, todo salió rodado. Mis puños silbaban en el aire como si llevaran toda la vida atados a la espalda y por fin fueran libres. No podía dejar de moverme, me sentía pletórica; tenía la extraña sensación de que, si saltaba lo suficiente, podría volar.

Nos pusimos frente a los sacos, largos como una persona y colgados del techo por gruesas cadenas de acero, y nos turnamos para practicar la doble patada del día. La mayoría la ejecutaba con la eficiencia que solo puede dar la práctica constante. Algunos eran más elásticos; otros, más rápidos o más fuertes. Pero todos sabrían defenderse si se vieran en problemas.

Cuando llegó mi turno, me puse delante y sacudí todo el cuerpo para destensar los músculos. Y el mundo que me rodeaba desapareció. La gente, Laura, el gimnasio... todo se sumió en una negrura absoluta, salvo aquel saco. Mi objetivo pendía en sus cadenas a cámara lenta, el ruido se transformó en un silencio absoluto donde solo resonaba el chirrido del metal balanceándose de un lado a otro. Mis pupilas se clavaron en aquel saco y siguieron su movimiento milímetro a

milímetro; dejé de respirar para aumentar la concentración. Y en el momento exacto, cuando comenzaba de nuevo su lento ascenso hacia el lado derecho, salté y giré sobre mí misma en pleno salto, asestándole una patada con la fuerza de los trescientos sesenta grados.

Apenas sentí el impacto, pero sí escuché el ruido, como un estallido, cuando el saco se rasgó por la mitad y salió despedido hacia la pared de cemento. La mitad inferior se había desgajado del resto, yendo a parar a un par de metros más allá; la mitad superior aún colgaba de medio lado de una de sus cadenas y la otra se había soltado al romperse uno de sus eslabones. El interior de arena se había desparramado, cubriendo varios metros cuadrados de suelo a mi alrededor.

—¿¡Qué ha pasado!?! —gritó Laura por encima de la música—. ¿Estás bien?

—Madre mía, lo ha partido por la mitad —comentó un tipo bastante alto a mi derecha.

—Como para hacerla enfadar...

—Estoy bien, sí —contesté a Laura, intentando ignorar los cuchicheos y sin entender muy bien qué había ocurrido realmente—. Lo siento, dime cuánto es y hago un abono al gimnasio en cuanto llegue a casa...

—No te preocupes —me tranquilizó ella, aunque poco convencida—. Estaría desgastado y se ha rasgado. Anda, hazme un favor y avisa en recepción para que suban a limpiar esto.

Con la cabeza gacha y las mejillas rojas me dirigí a la planta baja para avisar del desastre, sin saber ni dónde meterme. La cara de incredulidad del recepcionista lo decía todo. «Defectuoso...», mascullé en mi defensa.

Una vez me aseguré de que alguien subía a arreglar mi destrozo, me escabullí y me largué a casa dando un paseo. En cuanto llegara también Laura me caería un sermón inevitable y unas cuantas preguntas, pero quería retrasar ese momento lo máximo posible.

¿Qué demonios había pasado?

La charla y el posterior interrogatorio de Laura fue tan tedioso como interminable. Podía entender que se rasgara un saco —de alguna manera, aunque poco frecuente en extremo—, pero no dejó pasar el detalle de romper la cadena. Salí del paso con razonamientos que ni a mí me convencían —que si un subidón de adrenalina, que si ese eslabón ya estaba suelto, que si había sido el tipo alto que iba antes que yo y tuve la mala suerte de rematar la faena...—, pero como no llegábamos a ningún lado, terminó por dejarlo correr. «Será una coincidencia», dijo al fin, «pero muy rara, que lo sepas».

Sobra decir que no me atreví a volver al gimnasio. Laura también dejó de insistirme en aprender defensa personal o ir a sus clases, y me limité a continuar con mis inofensivas y solitarias carreras matutinas. Al menos no causaban daños colaterales. Me daba miedo hasta cerrar la puerta con el más leve portazo.

Aunque las náuseas persistían, me di cuenta de que la carne roja me sentaba bien. O, mejor dicho, al menos no me hacía vomitar. Era suficiente como para no morir de hambre ni sentirme débil, así que volví al trabajo en cuanto terminó mi baja médica de dos días.

Estaba en la galería, midiendo si cabría un mural de fotografías que nos había llegado la semana anterior, cuando Samir entró fingiendo interés en la exposición a medio desmontar.

—Ese es uno de los mejores —le dije, acercándome a él—. El pintor plasmó la angustia vital de la existencia efímera en sus colores. ¿Ves esa salpicadura de ahí? Es una metáfora de su propia muerte.

—Vaya —respondió él, mirando desconcertado el muro de yeso sucio y vacío—. ¿En serio?

—No, solo es una mancha de pintura. Un crío sin vigilar se puso demasiado creativo. —Me reí de él y del rojo que teñía sus mejillas por la vergüenza—. Eres fácil de engañar.

—Sí, eso está claro. —Carraspeó sin despegar la mirada del suelo—. Lo del arte no es mi fuerte, la verdad. Solo me pasaba a saludar y ver qué tal te encontrabas. Tenías mala cara el otro día.

—Sigo... —«rara», pensé— un poco regular, pero mejor. Gracias por preguntar. Siento haberte dejado tirado así, tan de repente.

—No te disculpes —dijo con apuro—. Tú no tienes ninguna culpa de haberte puesto enferma. Bastante mal lo debiste pasar ya.

—He tenido días mejores. —Sonreí. Parecía un chico dulce y bastante amable—. Oye, ¿te apetece tomar algo después? Para compensarte.

—No tienes nada que compensar, pero acepto. —Sonrió él también.

Desprendía un tipo de dulzura casi inocente, tímida. «Quizá es la persona adecuada», pensé mientras le veía reírse de sí mismo mirando el garabato en la pared.

Cuando salí del Ayuntamiento, él ya me estaba esperando en la puerta. O eso pensaba. Al acercarme vi que le acompañaba un niño de unos siete u ocho años.

—Hola —le saludé levantando una ceja interrogante.

—Ah, hola. —Dos besos—. Este es Santi, estamos esperando a sus padres, que han salido

tarde del médico con su hermano y llegan con un poco de retraso, ¿verdad, Santi?

El niño me miró y se escondió detrás de Samir. Le apretaba la mano tan fuerte que la tenía blanca.

—Uy, ¡qué tímido! —respondí sonriendo ante su evasiva.

—Es una amiga mía, Santi, no pasa nada. —Pero el niño me miraba sin pestañear por el hueco entre la cadera y el brazo de Samir, sin soltarle—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Un coche gris aparcó en la esquina, muy cerca de donde estábamos, y el niño salió corriendo en su dirección en cuanto lo reconoció. Su madre bajó del coche y él se abrazó a ella y entró en el coche tan rápido como pudo. La madre saludó a Samir con la mano y luego volvieron a ponerse en marcha.

—Qué raro, suele ser bastante extrovertido.

—Será que intuye que los niños no son lo mío. Ellos no me caen muy allá y se ve que yo a ellos tampoco.

—Así que no te gustan los niños —comentó mientras nos poníamos también en marcha de camino a su coche—. Me lo apunto. ¿A dónde te apetece ir?

—¿Has probado ese sitio nuevo del centro comercial?

No fue difícil conseguir una mesa para dos. Aún era algo pronto para la cena, así que habíamos llegado justo a tiempo, antes de que se llenase.

Había sugerido el sitio porque, después de haber pasado varias veces por delante, el *steak tartar* que tenían en la carta llevaba un par de días rondándome por la cabeza. Tenía tantas ganas de probarlo que, cuando llegó el camarero, yo ya había metido el tenedor en el plato antes de que pudieran dejarlo siquiera sobre la mesa. Samir comía su pasta primavera con parsimonia mientras hablaba y bebía de su copa de vino, paladeando. Se notaba que le gustaba disfrutar de las cosas despacio, con calma.

Hacía rato que yo había terminado mi plato y me daba vergüenza admitir que me había quedado con más hambre que con la que había llegado al restaurante, así que pensé alguna excusa ingeniosa que no me dejara en mal lugar:

—¿Te importa si pido algo para llevar? Mi compañera de piso sale tarde de trabajar y seguro que lo último que le apetece es ponerse a cocinar según llegue.

Mi excusa pareció convencerle e incluso enternecerle, a juzgar por la sonrisa cálida que me dedicó. O quizá solo era el efecto del vino lo que le daba ese brillo a su mirada.

Hablamos durante largo rato hasta que el ruido del restaurante nos obligó a elevar la voz; entonces pedimos la cuenta y salimos dando un paseo —con la comida para llevar en una bolsa— por los alrededores del centro comercial.

—Al final he bebido alguna copa de vino más de lo que pensaba, no debería coger el coche —dijo él colocándose las gafas sobre el puente de la nariz con un dedo. Durante la cena me había fijado en que era su gesto cuando se ponía nervioso.

—Si no vives muy lejos, podemos ir andando hasta tu casa. Te acompaño.

Era muy raro que cualquiera fuese solo por la calle en Los Fresnos, y más aún por la noche. Si se podía ir en grupo, mejor; se daba por hecho que todo el mundo acompañaba a otra persona y, si una quedaba sola, se solía pagar un taxi entre todos los amigos. En realidad, si no fuera por el miedo que había detrás, me parecería una bonita costumbre social.

Samir vivía a veinte o treinta minutos de allí. En realidad, todo estaba a esa distancia como máximo, pues era un municipio pequeño que fácilmente podía recorrerse por completo en un día. Caminamos despacio por las avenidas principales —bien iluminadas— y tratando de evitar

los parques y los escondrijos de las zonas peatonales donde las sombras podían jugarte una mala pasada.

Durante el paseo recordamos viejos tiempos cuando éramos unos críos en aquella clase de guitarra y nos preguntamos qué habría pasado con toda esa gente. Con una punzada de tristeza le conté que uno de los chicos de mi curso era uno de los que desaparecieron, hacía ya más de ocho años. No le conocí demasiado, pero sí lo suficiente para saber que, debajo de la coraza de chico malo que se había construido, había una persona sensible y más herida de lo que se atrevía a mostrar. Pero de nada servía ya aquello.

Cuando llegamos a su casa, me ofreció subir para llamar al taxi y no esperarlo sola ahí fuera. Como imaginaba, su piso era pequeño y sencillo, con una biblioteca bastante decente y salpicado aquí y allá con instrumentos musicales de todo tipo: desde un piano electrónico hasta una lira colgada en la pared.

—Lo tuyo es pasión por la música.

—Sí, eso suena mucho mejor que ser un obsesivo desquiciado —bromeó—. Siéntate si quieres, voy a buscar la tarjeta del taxi.

Me senté en el sofá naranja y él volvió enseguida con la tarjeta, pero la dejó sobre la mesita de café y se sentó a mi lado.

—Podrías tocar algo —le sugerí con una sonrisa divertida—, por los viejos tiempos. Alguna de las que tocamos en los conciertos, ¿cómo era...? Eh... *Wake me up when september ends*.

—Madre mía. —La carcajada le nació directamente del pecho como una flor abriéndose—. Espera, espera, ¿cómo era? —preguntó cogiendo una de las guitarras que tenía detrás del sofá.

Pasamos un buen rato tratando de adivinar de memoria los acordes de aquella canción de la adolescencia y terminamos él a la guitarra y yo cantándola, disfrutando como dos críos. Cuando íbamos por el quincuagésimo intento, los vecinos comenzaron a aporrear la pared para que nos calláramos de una vez. Estallamos en carcajadas cómplices y, de pronto, sin saber muy bien cuándo me había acercado tanto a él, empecé a besarle, quizá arrastrada por la añoranza de aquellos tiempos.

Samir se sorprendió al principio, pero enseguida hizo a un lado la guitarra y me correspondió. Sus labios intercalaban besos con sonrisas que se le escapaban aleteando por las comisuras de los labios.

—Mejor llamamos al taxi mañana —le dije en un susurro junto a su boca—, los taxistas se merecen dormir alguna noche también.

Me sonrió nervioso y se levantó para guiarme de la mano hasta su dormitorio, el único que había en la casa. Nada más entrar había un armario con las puertas de espejo y me ruboricé al vernos juntos. Hacíamos buena pareja. ¿Cómo podíamos trabajar en el mismo edificio y no haber hablado más? Quizá fuera culpa de esa vergüenza ajena —y propia— que sentimos con todo lo que nos recuerda a los quince años.

Sus besos en mi cuello hicieron que perdiera el hilo de mis pensamientos. Comenzó a desabrochar muy despacio mi formal blusa de trabajo y, cuando llegó al botón del ombligo, volvió a ocurrir.

El mundo desapareció. Los vecinos, los instrumentos, el armario de espejo y hasta la propia cama sobre la que le empujé se convirtieron en la más absoluta negrura. Sencillamente ya no estaban allí, no existían. Solo estaba Samir, tumbado delante de mí, y un calor que me ardía como la fiebre extendiéndose por todo mi cuerpo desde el pecho hacia las extremidades.

Me marché de su piso en cuanto empezó a amanecer. Balbuceé como excusa que debía mantener mi estricta rutina de entrenamiento y me largué de allí corriendo, literalmente. Aunque en realidad no hacía falta ninguna excusa. Samir se había quedado en una esquina de la habitación, sentado en la silla donde una persona menos pulcra habría apilado la ropa, mirándome con una mezcla de temor e incomodidad. No le culpo, yo también lo habría hecho, y probablemente con menos templanza.

Su piel morena estaba amoratada aquí y allá, en los brazos, los costados, los muslos... Sobre los pectorales, los arañazos de mis uñas cortas se marcaban levantándole la piel; el cuello y los labios estaban tan enrojecidos que parecía que sangraban. Cualquiera que le examinara podría pensar que le habían dado una paliza. Si no fuera porque los dos consentimos y disfrutamos, incluso yo misma me preguntaría si aquello fue una violación por mi parte.

No podía dejar de pensar en ello mientras corría. Llevaba en la mano aún la bolsa con la comida que había pedido para llevar la noche anterior. A mitad de carrera me di cuenta de que no quería ir a casa; me apetecía estar sola, sentir el frío de la mañana que aliviara el calor de mi piel. Necesitaba pensar. ¿Qué había ocurrido aquella noche?

Me desvié de mi camino a casa y me escondí en una zona elevada de aquellos parques a los que ya nadie se atrevía a entrar cuando había poca luz. El cielo aún estaba empezando a clarear, pero no sentí miedo alguno. El sonido del pequeño riachuelo y el croar de sus ranas me atrajeron y me senté sobre una piedra junto a la orilla. Abrí el paquete de comida y empecé a devorar aquel *steak tartar* sin cubiertos y con las mismas ansias que la noche anterior, pensando tan rápido como mi cabeza era capaz de procesar. «Nunca había hecho algo así», me dije, como si estuviera defendiéndome ante algún tribunal invisible. «Pasó, sin más. Nos dejamos llevar». Estaba convencida de que en cualquier momento llegaría la policía a mi casa y despertarían a Laura dando golpes contra la puerta. Pero, cuando llegué por fin, todo seguía igual: Laura dormida en su habitación, sus tacones junto a la puerta y mi dormitorio cerrado. Probablemente pensase que estaba dormida cuando llegó.

Los días pasaron y no volví a saber nada de Samir. Después de aquella noche, no es que esperase que me llamara deseando volver a vernos, pero sí quizá alguna señal de vida. Le escribí algún mensaje disculpándome por todo, pero no recibí ninguna respuesta. En el Ayuntamiento también me evitaba: no le encontraba en la puerta a la salida y, cuando me lo cruzaba, siempre iba acompañado y caminaba con prisa.

Al cabo de una semana, salí un poco antes y le esperé junto al aula donde impartía las clases. Tras un rato de dar vueltas delante de la puerta, salió Santiago, el niño tímido de aquella noche, que al verme volvió a esconderse tras la puerta. Samir salió y su primera reacción fue rodear al niño con un brazo. No sé cuál de los dos tenía más miedo.

—Hola —saludé con timidez.

—Hola. Perdona, luego te veo, tengo que acompañar a Santi...

—Su madre está en el mostrador preguntando por el concierto de fin de curso —les expliqué, adelantándome a su excusa—. ¿Podemos hablar? Solo será un momento.

Samir dudó, pero cuando vio que decía la verdad y la madre de Santi se acercaba por el extremo del pasillo, me invitó a entrar al aula con un gesto de la cabeza. Me fijé entonces en que iba vestido con un jersey de cuello vuelto a pesar de que ya se notaba el calor de la primavera.

—Siento no haberte llamado —comenzó a disculparse colocándose las gafas sobre la nariz de forma compulsiva—. Es que...

—No hace falta que te inventes ninguna excusa —respondí con calma y una pizca de tristeza—. Ya sé que no fue precisamente la cita de tus sueños. Solo quería decirte que lo siento y que siento que lo pasaras mal por mi culpa, no volveré a molestarte.

—No, no, estuvo... bien. —Titubeó—. Es solo que tienes cierta... intensidad... a la que no estoy acostumbrado. Creo que no es para mí. Lo siento —confesó por fin.

—No hay nada que sentir. Normalmente no soy así, lo prometo. Pero últimamente... No sé, creo que fue el subidón del momento.

—Ya lo creo. —Sonrió soltando una carcajada a medias. Al menos no parecía enfadado.

—Pues... supongo que ha sido un placer —le dije ofreciéndole la mano, que él estrechó—. Si necesitas bajista o guardaespaldas alguna vez, llámame —bromeé.

—Lo haré, serás la primera de la lista. —Sonrió.

Echaría de menos esa sonrisa radiante.

Desde la especie de extraña ruptura con Samir, me había encerrado en mí misma. No es que nunca hubiese sido una persona especialmente extrovertida, pero poco a poco me volví más ermitaña; me sentía extraña, estaba irascible y me daba miedo volver a perder el control delante de alguien.

Mi tiempo lo pasaba centrada en el trabajo y enclaustrada en mi habitación, buscando síntomas de enfermedades cada vez más extrañas y haciendo test de personalidad *online* de dudosa fiabilidad. Sentía que me estaba volviendo loca, que estaba perdiendo el control de mis actos y, en ciertos momentos, hasta de mis pensamientos.

No quise demorarlo más: si me pasaba algo, tenía que averiguarlo para poder ponerle remedio lo antes posible. Pedí cita en el centro de salud mental más cercano —que estaba en el municipio de al lado— y me vi el día de la consulta lidiando con mis antiguos fantasmas; solo había dos formas de llegar: en un autobús que suponría veinte minutos de pánico insoportable y revivir el accidente, o diez minutos de tren más otros cuarenta de paseo. Lo sopesé un buen rato antes de salir de casa. Me senté en el sofá, respirando despacio como me habían enseñado años atrás, y me imaginé esperando en la marquesina del autobús; el autobús llegando y las puertas abriéndose para mostrar la estrecha escalera frente al conductor. Las manos me temblaban, tenía la boca seca y empecé a sudar. El corazón me palpitaba con fuerza.

No, definitivamente no sería capaz. Me levanté de un salto, comprobé que el patinete eléctrico estuviera cargado y salí con él a toda prisa para no perder el tren. Al menos el paseo sería más rápido así.

Llegué tres minutos tarde, pero no me atendieron hasta más de media hora después, como ya sabía de antemano que solía ocurrir. Pasé una hora y media allí dentro contándole a la psicóloga los cambios que sentía últimamente, mis antecedentes personales y familiares, las cosas que me preocupaban y pormenores de mi vida normal. Después de contarle todo, accedió a hacerme un par de test rápidos ante mi insistencia, pero me tranquilizó diciéndome que no pensaba que me ocurriera nada grave y que probablemente solo estaría sufriendo un pequeño pico de estrés. El décimo aniversario de tu casi muerte es un acontecimiento suficientemente estresante. Salí de la consulta algo más tranquila y con una nueva cita para volver a verme un par de meses después como seguimiento, para asegurarse.

Estaba desplegando el patinete eléctrico cuando vi, justo en el vestíbulo del centro, un cuadro que llamó mi atención. Me acerqué a él y entonces descubrí que todos los pasillos del edificio estaban decorados con pinturas y fotografías enmarcadas. Me fijé en las pequeñas placas que las acompañaban: ninguno de sus nombres me sonaba. Recorrí los luminosos pasillos embelesada por aquel arte. Algunos eran realmente buenos; otros, sorprendentes. Pero todos me llamaban la atención como un imán.

Sin pensarlo dos veces, me dirigí al mostrador para preguntar por ellos y, con una sonrisa de oreja a oreja, la recepcionista me contó que eran algunas de las obras que realizaban los pacientes del centro de día. No dudó en facilitarme un contacto con el responsable del centro.

—Casi nadie se fija en ellos cuando entra —me dijo—, pero a mí me encantan. Tienen un trocito de lo que sienten las personas que acuden a ese taller, un trocito de su alma.

Y eso era exactamente lo que llevaba tiempo buscando: alma.

El contacto fue prácticamente instantáneo: nada más llamar al teléfono que me habían proporcionado, aceptaron encantados exponer en el Ayuntamiento y también me invitaron a acudir un día al taller donde surgía todo aquello. Tampoco me lo pensé dos veces.

Estaba tan emocionada la mañana que acudí al taller con las credenciales del Ayuntamiento que me costaba no saltar y gritar. Estaba a punto de conocer a un puñado de personas que no conocía de nada y que tenían arte recorriéndoles las venas. Me sentía incluso pequeña.

Me recibió el encargado de aquel grupo, un psiquiatra entrado en años —bien podría haberse jubilado ya— que impartía el taller como voluntario. Me presentó uno a uno a los doce pacientes y yo les expliqué que quería que el mundo viera el talento que tenían. Me dejaron quedarme a ver cómo trabajaban en sus obras e incluso me animaron a intentar pintar algo yo misma, aunque el resultado fue bastante pobre. Ellos tenían más experiencia y talento.

Cada uno contaba una historia y dejaba en el cuadro una parte de sí mismos en la forma de expresarla. Patricia, una mujer mayor con una delgadez extrema, pintaba flores de una belleza extenuantes; Luis, un chico con síndrome de Down que tendría más o menos mi edad, inundaba el lienzo de inocencia y dulzura con un retrato de una niña bailando; otra chica, Elisa, que apenas llegaría a la mayoría de edad, mostraba un mundo aterrador lleno de criaturas extrañas y oscuras que parecían ser derrotadas por el canto de un pájaro añil.

Todas y cada una de esas obras me tocaron una fibra sensible que no conocía de mí misma y les prometí que lucharía por intentar que dejaran de ser invisibles para el mundo. Ya no me daba miedo que le ocurriera algo a mi mente si eso significaba parecerme a aquellas personas tan extraordinarias.

Podría decir que incluso las envidiaba.

Aquel descampado otra vez.

Era noche cerrada y la hojarasca salvaje se mecía bajo una fría brisa que arrastraba el olor a savia de un tronco cercano. Resultaba difícil orientarse en aquel erial en mitad de la oscuridad, pero juraría que entre aquellos árboles habían hecho hace tiempo un ancho camino de tierra para que la policía pudiera patrullar por la zona. Quizá no estaba donde pensaba.

Los faros de un coche me deslumbraron cuando abandonó la carretera para adentrarse en el descampado. El sonido metálico de los guijarros rebotando contra la chapa del coche hacían eco en mitad de aquella nada y resultaba imposible ignorar su origen. Tras avanzar unos trescientos metros, el coche se detuvo y los faros se apagaron. Solo un instante después, se encendió una de las pequeñas luces del interior.

Agazapada tras un matorral seco observé la escena sin perder detalle: una pareja se besaba bajo aquella luz tenue en la incomodidad de los asientos delanteros. Me acerqué un poco más con el sigilo de un felino para no hacer ningún ruido. El copiloto había hundido la cabeza en el asiento del conductor y este había echado hacia atrás su respaldo para dejarle más espacio entre él y el volante.

Ni siquiera me habían visto. Llegué hasta el coche y lo rodeé, agazapada, hasta situarme junto a la puerta trasera derecha; tenía la ventanilla bajada.

Cuando me colé por la ventanilla haciendo alarde de una flexibilidad y un sigilo imposibles, me di cuenta de que estaba soñando. Era la única explicación; mi cuerpo jamás hubiera sido capaz de hacer aquello. Me senté en el asiento trasero y me fijé entonces en que aquella no era mi ropa ni eran mis manos. Sí, estaba soñando.

Me quedé allí, a poco más de tres palmos de ellos, observándoles con todo lujo de detalles. Esperaba algo, no sabía el qué, pero sentía la piel tirante en lo que debía ser una sonrisa. ¿Por qué sonreía? Lo gemidos del conductor fueron ganando intensidad y vi cómo sus manos acompañaban los movimientos de su amante agarrándole del pelo. Estaba a punto de llegar al orgasmo cuando me moví hasta él y mi brazo se detuvo delante de su garganta con un cuchillo. El filo entró como si su piel fuera mantequilla y la sangre comenzó a brotar de la carótida como un surtidor.

Desperté con una arcada y empapada en sudor. Tenía la piel tan fría que la sentía entumecida y las uñas habían adquirido una tonalidad violácea. La visión de la sangre inundándolo todo dentro de aquel coche volvió a mi recuerdo y no pude evitar otra arcada. Me levanté de la cama aún desorientada y caminé tan deprisa como pude hasta el baño arrastrando las manos contra las paredes para no caerme. El corazón me latía con la velocidad del aleteo de un colibrí y tenía un regusto metálico en la boca. Después de un rato en el que constaté que no tenía nada en el estómago que vomitar, me apoyé con los antebrazos en el mármol del lavabo y me miré en el espejo.

La imagen que me devolvía no parecía mía. Estaba mucho más pálida que de costumbre, casi gris —o quizá verde, al menos bajo la marcada cuenca de los ojos—, y los labios se me habían teñido de azul. Abrí el grifo de la ducha y esperé a que se llenara la bañera de agua caliente; necesitaba entrar en calor como fuera. Me desnudé y contemplé con espanto los

huesos marcados bajo la piel de mis hombros y cómo las costillas comenzaban a asomar en el pecho. Los días sin apenas comer habían dejado una huella mucho más profunda de lo que pensaba.

Me metí en la bañera humeante y me tumbé para sentir el calor del agua en la totalidad de mi cuerpo. El contraste de temperatura disparó un hormigueo doloroso por toda mi piel, síntoma indudable de que la circulación volvía a despertar. Poco a poco empecé a relajarme, dejándome llevar por el olor a vainilla y especias del gel de baño. Me sumergí por completo en el agua, cabeza incluida, a modo de tanque de privación sensorial para que todos los pensamientos desaparecieran. La visión de aquel sueño se fue haciendo cada vez más borrosa hasta que conseguí sacarla de mi cabeza. Solo había sido una pesadilla. Nada más.

Empecé a quedarme adormilada. Una negrura insondable y cálida sustituyó al horror de la pesadilla. Era tan comfortable que no quería salir jamás de allí. Las preocupaciones se diluían en el agua y perdí la noción del tiempo.

De pronto sentí que alguien me agarraba de los hombros clavándome las uñas y me sacaba del agua. Los gritos de Laura llegaron a mis oídos con una intensidad insoportable.

—¡Dios mío! ¿¡Estás bien!? ¿Qué te pasa?

—Estoy bien —respondí aturdida—. Solo me estoy dando un baño.

—Llevas aquí dentro horas. No respondías —continuó a voz en grito—. Y cuando entro te encuentro sumergida bajo el agua. Joder, qué puto susto, coño, pensaba que te habrías desmayado o algo así y te habías ahogado. Joder.

—Relájate, estoy bien. Y no seas exagerada, no llevo horas aquí, solo llevo un rato. ¿Qué hora es?

—Son las diez; llevas como mínimo dos horas, si se te ha quedado el agua helada.

Era verdad. El agua había perdido toda la tibieza reconfortante de hacía un rato y se había quedado casi tan fría como yo antes de meterme en la bañera. ¿Cuándo había pasado tanto tiempo? Recordaba haberme sumergido cuando el agua aún humeaba... ¿cómo era posible haber permanecido ahí metida tanto tiempo? Quizá me había quedado dormida antes...

Estaba muy confusa y Laura lo vio en mis ojos, así que me ayudó a salir de la bañera, me cubrió con una toalla y me secó el pelo con el secador como lo haría con una niña, armada de infinita paciencia y cariño. Después se ofreció a acercarme a casa de mis padres en coche, pese a mi reticencia; ella tenía todo el fin de semana ocupado en el gimnasio con un taller de defensa personal y no quería que me quedase sola en casa todo el día en aquel estado. Por supuesto, cuando mi madre nos vio aparecer por sorpresa, se puso histérica.

—¿Pero está bien? —le preguntaba a Laura, ignorándome deliberadamente.

—Estoy bien, mamá.

—Parece que está un poco floja, así que la he acercado para que no esté sola.

—Pero ¿qué le pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—Que estoy bien —repetí con el mal humor acumulándose como un gruñido en mi garganta.

—Seguro que no es nada, pero... —La mirada mordaz que le lancé a Laura fue suficiente para que no continuara la frase, aunque de todas formas se lo acabó contando al despedirse de mi madre en la puerta del jardín. Parecía que todo el mundo tenía una habilidad especial para ignorarme.

—No se hable más —soltó mi madre de golpe, un par de horas después, nada más servir la

sopa de cocido, que inmediatamente rechacé—. No puedes seguir así. ¡Tienes que comer algo! Mira cómo te estás quedando. Y estás pálida. Voy a llamar al doctor Cortés ahora mismo para pedirte cita.

—Mamá, ya soy mayorcita, puedo llamar yo sola. —Pero ella ya había sacado su listín telefónico, tan desgastado que apenas se intuía ya su color violeta, y estaba marcando el número personal del médico. Suspiré. Otra vez iba a quedar como una cría delante de él, teniendo que llamar mi madre, como llevaba haciendo los últimos diez años.

Ni siquiera me dejó hablar con él directamente para explicarle mis cambios y síntomas. Fue ella quien le fue contando lo que le parecía oportuno mientras yo hacía señas —que ignoraba deambulando por la casa con el teléfono en la oreja— y ponía los ojos en blanco. Se le notaba en la voz que estaba encantada de hablar con él, como quien se entretiene «por casualidad» a hablar con su monitor de tenis. Al final me dieron cita para unos análisis dos días más tarde y consulta con el doctor Cortés poco después, en cuanto estuvieran los resultados.

Quería ir sola, pero mi madre se aprovechaba de mi miedo al autobús y a que el hospital estuviera demasiado lejos como para ir en patinete; siempre que podía, venía conmigo solo para ejercer de madre sobreprotectora y preocupada, para que no se nos escapase ninguna información crucial sobre el progreso de la enfermedad. Y para ver al cautivador y fascinante doctor Cortés —Xavier, como le llamaba ella cuando estaba delante mi padre—, por descontado. La verdad es que no la culpo, era imposible liberarse de su influjo. Y, si yo hubiera tenido hijos, probablemente hubiera sido igual de sobreprotectora que ella. Esas cosas casi siempre se heredan, incluso aunque fuese adoptada.

Aquella vez no fue ninguna excepción. Mi madre me acompañó y, además, también arrastró a mi padre para que nos acercara con el coche. Él se quedaba fuera del hospital, cerca de la entrada, deambulando por el sucedáneo de centro comercial que habían construido justo delante. Tenía una paciencia casi infinita.

Mi madre, por el contrario, no dejaba de parlotear en la sala de espera, nerviosa y emocionada, con su colorido pañuelo de seda al cuello y su más que excesivo perfume, que había llevado en el bolso para echarse antes de entrar. Era una ametralladora continua de recordatorios de cosas por hacer, de comentarios sobre mi aspecto y hábitos, cotilleos insustanciales y noticias tergiversadas, además de quejas cada dos minutos por cuánto nos hacían esperar. Hacía tiempo que había aprendido a ignorar su monólogo y fingir que la escuchaba; bastaba algún asentimiento de cabeza de vez en cuando o repetir la última palabra que había dicho ella. Ni siquiera sabía de qué me estaba hablando cuando el doctor Xavier Cortés abrió la puerta de su consulta y me llamó por nombre y apellidos.

—¿Lidia Romero?

Nos levantamos las dos de un salto y nos acercamos a la consulta, pero, cuando estábamos a punto de entrar, me giré y me encaré con mi madre.

—Mejor entro yo sola. Espérame aquí fuera.

—De eso nada, que soy tu madre.

—Mamá, por favor. Me pones nerviosa y nunca me dejas hablar. Déjame a mí, que ya soy mayorcita.

A pesar del mohín de labios apretados en el que se convirtió, retrocedió hasta el asiento en el que había estado hasta hacía un momento y se cruzó de brazos lanzándome una mirada asesina. Me hizo sentir culpable, en su línea, pero necesitaba demostrarme a mí misma que ya era adulta y no seguir pareciendo una cría tonta, vulnerable y desvalida delante de Xavier... es

decir, del doctor Cortés.

—Aquí te espero —me dijo para reafirmarse.

Entré en la consulta y cerré la puerta. El doctor Cortés me indicó que me sentara y empezó a teclear en su ordenador antes de que yo dijera nada. Era un hombre de mediana edad, probablemente mayor de lo que realmente aparentaba; el pelo rubio pálido peinado hacia atrás y las gafas de sol anaranjadas le daban cierto aspecto de deportista que no encajaba del todo en un ambiente tan aséptico. Desde que le conocía, siempre le había visto con gafas de sol. A veces naranjas, otras totalmente negras, sin importar que estuviera en el interior o que fuera hubiera tormenta. Siempre supuse que tendría algún problema de visión, aunque parecía desenvolverse sin ninguna dificultad.

—¿Cómo te encuentras, Lidia? —preguntó centrando su atención en mí después de teclear un par de minutos más.

—Pues... —No sabía por dónde empezar.

—Me dijo tu madre que últimamente notabas algunos cambios. —Noté cómo el calor subía a mis mejillas. No quería parecer una cría—. Cuéntame.

—Últimamente estoy muy rara —empecé, clavando mi mirada en el pequeño calendario que había sobre la mesa—. Me siento muy cansada, tengo náuseas casi en cada comida y lo único que no me hace vomitar es la carne roja. Supongo que será la anemia, pero nunca lo había sentido con tanta intensidad, ni tan pronto tras una transfusión.

—Los análisis dicen que la anemia está controlada; algo al límite, pero nada alarmante. ¿Algún otro síntoma destacable? —preguntó mientras volvía a teclear.

—Sí, hay más. —Tragué saliva y esta vez fijé la mirada en mis uñas, que no dejaba de rasguñar intentando reprimir el deseo de mordérmelas—. Últimamente tengo muchas pesadillas muy raras y cuando me despierto estoy tan congelada que tengo las piernas y los brazos entumecidos, aunque en la habitación no haga frío.

El doctor empezó a teclear a mayor velocidad; me ponía nerviosa no saber qué estaría apuntando, además de los síntomas que le contaba. Me miró en silencio —aunque no pude ver sus ojos— esperando a que continuara.

—Y... —Me sonrojé otra vez, pero esta vez también se me hizo un nudo en la boca del estómago—. Bueno, han ocurrido algunas cosas que no entiendo.

—¿A qué te refieres?

—Pues... No sé, probablemente sea una tontería, pero ya no sé qué es real y qué no. Hasta he ido a que me vieran en Salud Mental por si era mi cabeza la que me estaba jugando una mala pasada. Estoy pensando en volver a terapia, aunque me dijeron que en principio todo parecía normal, que probablemente solo fuese un pico de estrés.

—Es muy probable. El estrés altera el organismo muchísimo más de lo que la gente cree.

—Puede ser... —dije sin convicción.

—Pero, si te quedas más tranquila, podemos investigar un poco más a fondo. Dime, ¿qué cosas han ocurrido que te hagan pensar en volver a Salud Mental?

—Primero fue una tontería en el gimnasio. Quizá solo fue una coincidencia, pero es tan raro... Reventé una cadena de acero y partí un saco de boxeo —respondí a su mirada interrogante.

—Así que es mejor no meterse contigo —bromeó con una sonrisa tan escueta que era casi imperceptible. Volvió a teclear en el ordenador a toda velocidad.

—Luego tuve también algún cambio en mi comportamiento que me extrañó mucho, no era

nada propio de mí. Tuve relaciones con alguien a quien apenas conocía, que ya suele ser raro en mí, pero además fue...

—¿Desmedido?

—Sí. —Enrojecí de golpe todo lo que mi cara era capaz. La voz me temblaba de vergüenza y notaba la presión de los rápidos latidos en las sienes, pero aguanté estoica intentando que no se me notase demasiado.

—¿Dirías que perdiste el control?

—Sí, creo que sí. O sea, era consciente de todo, pero no podía parar. Le dejé el cuerpo lleno de hematomas y mordiscos, incluso alguna herida. El chico se asustó bastante.

El doctor siguió con el ritmo frenético de las teclas sin mostrar ninguna emoción en su rostro, o al menos no en lo que se veía de él, lo cual me alivió. Al fin y al cabo, era un profesional.

—Y hace unos días —continué, más por olvidar la vergüenza que por ganas de contarle el siguiente episodio— ocurrió también algo que no termino de comprender.

Le conté el incidente de la bañera, cómo me desperté después de una pesadilla completamente helada y cómo me metí en agua caliente para intentar normalizar la temperatura corporal; y también le conté cómo me sumergí en el agua y me quedé dormida durante, supuestamente, varias horas, antes de que Laura me sacara del agua.

—Pero eso es imposible —añadí tras mi monólogo—. No sé si me dormiría antes de meterme en el agua y no lo recuerdo, así que tal vez debería añadir lagunas de memoria a la lista.

—Parece que has tenido unas semanas bastante movidas —dijo él con una voz tan tranquila que no sabía si todo lo que le acababa de contar era completamente normal o si, efectivamente, me había vuelto loca y estaba a punto de clavarme una aguja con sedantes y decirme que debía quedarme ingresada.

—Más de lo que me gustaría.

—Bueno —dijo por fin tras otra breve pausa—, como ya he dicho, la anemia está al límite, pero controlada. Lo demás está todo normal según los análisis, ningún signo de inflamación ni nada que nos deba preocupar. Soy partidario también de la teoría del estrés —añadió mirándome a través de las gafas anaranjadas en las que apenas se intuían sus ojos—. Me inclino a pensar que probablemente solo sea una mala fecha tras el aniversario del accidente y que pronto volverá todo a la normalidad. Mientras tanto, practica las técnicas de relajación.

—Vale... —Me tembló la voz, aliviada y al mismo tiempo llena de inseguridades. ¿Y si estaba pasando algo por alto?

—Pero si te sientes más tranquila, te dejo mi número personal —añadió escribiendo un número en una tarjeta de visita mientras se imprimían el informe de la consulta y los resultados de los análisis—. Puedes llamarme en cualquier momento, del día o de la noche. Si te parece bien, te voy a adelantar la próxima transfusión, para tener bien controlada la anemia.

Imprimió otro papel con la cita y me entregó todo con una sonrisa afable y tranquila de quien lleva años tratando con personas preocupadas por su salud. Me guardé la tarjeta con su número en el bolsillo de los vaqueros y salí de la consulta dando las gracias. Nada más abrir la puerta, mi madre ya estaba junto a mí acribillándome a preguntas y empecé a agobiarme.

—Está todo bien, un poco de anemia. Me adelanta la transfusión —respondí como un telegrama, intentando quitarme el trámite del interrogatorio de en medio.

La vuelta a casa no fue mucho más tranquila. Laura, que había desarrollado una extraña amistad con mi madre, ahora me trataba como si fuera también su hija; me preguntaba a todas horas cómo estaba, si me encontraba mal, si había comido o me lanzaba indirectas nada sutiles para que me tomara la vida con calma, como regalarme una esterilla de yoga o empezar a poner música clásica en casa, cuando solo la había visto escuchar dance en el tiempo que llevábamos compartiendo piso. Incluso entró en el baño cuando me estaba duchando un par de veces haciéndose la loca solo para asegurarse de que no volvía a encontrarme sumergida en la bañera.

Y nada más volver del hospital, ahí estaba preguntándome cómo había ido todo. Le conté las noticias sin entusiasmo mientras buscaba algo en la nevera con la mirada perdida. Saqué una morcilla de Burgos que mi madre había insistido en que me llevara en la última visita y me preparé unas cuantas rodajas.

—Pues son buenas noticias —dijo ella sin dejar de observarme desde la puerta de la estrecha cocina—. Yo también creo que es el estrés. Ya te he contado mil veces lo que le hacía a mi tía Marisa: metía los champiñones en el cajón de los cubiertos y el móvil en la nevera.

Puse los ojos en blanco y me guardé para mí lo que pensaba; era mejor tener la fiesta en paz.

—Oye, ya sé —dijo de pronto con la voz más aguda de lo habitual—. ¿Por qué no sales un día conmigo? O sea, conmigo y mis amigas, quiero decir. De fiesta.

—No sé si estoy para fiestas...

—Venga, te vendrá bien —insistió con entusiasmo, siguiéndome como un perro faldero hasta mi habitación, donde me senté a comer—. Además, mis amigas son majísimas, te van a encantar. Nos ponemos monas, salimos, bailamos un rato y desconectas.

—La verdad es que tengo muchas cosas que hacer...

—Anda... —suplicó haciendo pucheros.

—Bueno, no prometo nada, pero puede ser. Después de la transfusión, que ya sabes cómo me quedo esos días.

Dio una palmada en el aire y se fue de mi habitación trotando como una colegiala. Nadie diría en ese momento que tuviera cinco años más que yo. Inmediatamente después, la música electrónica comenzó a sonar desde su dormitorio.

Los días pasaron lentos e incómodos, llenos de náuseas y pesadillas, de madrugadas frías y de mucho cansancio acumulado entre la salud y el trabajo, en el que me había refugiado para soportar el mal trago. La exposición ya tenía fecha y la asociación de pacientes y familiares del centro se había comprometido a llevar a todos los artistas en un minibús y dar una pequeña charla de presentación. Estaba tan emocionada por la exposición que necesitaba que todo saliera perfecto, lo cual solo empeoraba el estrés que, supuestamente, me estaba provocando todo aquello. Pensé que no aguantaría en pie mucho más, pero al fin llegó el día de la nueva transfusión.

Aquella vez decidí que iría sola. No importaba lo nerviosa que me sintiera o lo que tardara en llegar. Era una mujer adulta y tenía que enfrentarme a la vida sola. Estaba harta de dejarme llevar siempre por otros, por los miedos, por mi enfermedad... Eso, y que me sentía demasiado débil como para soportar otra sesión entera de monólogo de mi madre. Lo estuve pensando durante días, mentalizándome: cogería un autobús. Después de todo, ¿qué posibilidades había de que la misma persona volviera a tener otro accidente, años después? Solo pensar en ello hacía que el corazón se me subiese a la garganta, así que pasé días practicando las técnicas de exposición en imaginación y de respiración profunda que me enseñaron poco después del accidente.

Aquella mañana me desperté con muy mal cuerpo. No solo me sentía tan mal como en las últimas semanas, sino que además me temblaban las rodillas por el miedo. Aun así, saqué el valor suficiente para vestirme y salir de casa, camino a la parada. Mientras esperaba, allí de pie junto a la marquesina, empecé a notar un calor extraño que me subía desde la boca del estómago hacia el pecho y la nuca. No me di cuenta de que respiraba más deprisa hasta que las manos empezaron a hormiguearme y decidí sentarme. Estaba mareada y tenía la sensación de que el suelo no era real, que era una masa gris inconsistente. Recordando los consejos que me dieron cuando era apenas una adolescente, me agaché y, con la cabeza entre las piernas, estiré el brazo para tocar el suelo con la yema de los dedos. Sentí el calor del sol y el tacto arenoso que me dejaba la suciedad en las manos. Me recreé en aquella sensación, repitiéndome que era real, que estaba ahí, que no me caería cuando me pusiera en pie.

Vi el autobús llegar desde el final de la calle; el corazón empezó a palpitarme en la garganta y en las sienes. Sentir latir tu propio corazón es mucho más desagradable de lo que uno pueda imaginar. Rompí a sudar, tenía la frente empapada y fría. Las manos me temblaban. La mandíbula empezó a castañearme como en el peor de los inviernos que recuerde y era incapaz de detener aquel temblor. El autobús llegó. Las puertas se abrieron y las dos personas que lo esperaban conmigo subieron. Casi hacían que pareciese fácil. Me levanté y me acerqué a aquellos escalones infernales. Cogí aire y subí uno. Mientras me movía, subiendo los escalones y buscando el dinero en la cartera —casi se me cayeron las monedas dos veces—, parecía que el miedo remitía un poco. Lo peor vino después.

Me acomodé en el asiento más cercano a la salida, si es que «acomodarse» es un término que pueda aplicarse a sentarse rígida como una estatua. Di gracias a que el autobús estuviera casi vacío, a que nadie se sentara a mi lado y a haberme acordado de llevar mi música. Encendí

el reproductor y me puse los cascos, subiendo el volumen hasta donde soportaran mis tímpanos. La música estaba tan alta que, además de un dolor de cabeza asegurado, me hacía imposible escuchar mis propios pensamientos. Busqué la canción más estridente que encontré y la puse en bucle, tratando de aturdirme lo suficiente como para no ser capaz de pensar ni siquiera en imágenes.

Pero mi organismo iba por libre y el temblor se había extendido prácticamente a todo el cuerpo: los muslos temblaban con tal violencia que más bien parecían convulsiones; los pectorales y abdominales estaban tan rígidos que me costaba expandir los pulmones. El extraño calor se adueñó de la parte baja del abdomen y tuve que apretar fuerte la mandíbula para que dejara de moverse tanto como la barra suelta del autobús que traqueteaba cerca de mi cabeza.

Respiré despacio, tan despacio como era capaz, para evitar volver a marearme. Miré el móvil: si todo iba bien, llegaría con tiempo de sobra. No contaba con ser capaz de subirme al autobús al primer intento y había calculado el tiempo para permitirme perder dos delante de mis narices, paralizada en la marquesina. Pero allí estaba, haciendo algo que llevaba diez años sin hacer. Y las estaba pasando putas.

Volví a mirar el móvil. Parecía que el tiempo no avanzaba. Los recuerdos del accidente amenazaron con volver y empecé a sentir un nudo en la garganta. El autobús seguía avanzando, impasible, a sus noventa kilómetros por hora; no parecía ser una hora transitada y apenas se detuvo en las marquesinas de la autovía. Eso significaba menos tiempo de trayecto, pero también mayor impacto si había un siniestro.

Empecé a sentir el estómago revuelto. Estaba empapada en sudor. Temblaba como un perro cuando hay fuegos artificiales, incapaz de controlar los espasmos. Solo quedaba una curva. La siguiente parada era la mía.

Me levanté de mi asiento agarrándome a las barras medio sueltas para no caerme con el mareo y la inestabilidad. Me aferré a la barra de la salida como un koala y fijé la vista en las escaleras de bajada. Noté cómo disminuía la velocidad. Ya casi estaba. Las náuseas y el calor seguían revolviéndome las entrañas y me intenté concentrar en la respiración.

El autobús se detuvo y las puertas se abrieron. Salí de un salto sin apenas rozar los escalones y, según puse los pies en suelo firme, vomité en mitad de la acera. Todo el mundo me miraba. Me hice una coleta rápida con la goma que siempre llevaba en la muñeca y me apoyé en mis rodillas, que aún temblaban, aunque con menos intensidad. Volví a vomitar.

Nadie se paró a preguntar —y di gracias por ello—, tan solo a cuchichear si me había mareado con las curvas porque los conductores de autobús iban siempre como locos. Tampoco me importaba lo que pensarán. Me enderecé, comprobando que no volvía a marearme, y cogí aire por la boca. Lo había conseguido.

Caminé despacio, aún inestable, hacia la entrada principal del hospital, pensando en el pobre operario de limpieza que tuviera que hacerse cargo del desastre que acababa de dejar. Pasé por el servicio de la entrada y me enjuagué un par de veces con agua. Me miré en el espejo y me vi tan pálida que no me hubiera extrañado que me ofrecieran una silla de ruedas o incluso una camilla.

Salí del baño tambaleante y subí en el ascensor atestado hasta la quinta planta. Avisé de mi llegada, una hora antes de la cita, por si acaso hubiera suerte y pudiera pasar antes. La enfermera que salía para llamar a los pacientes me miró con preocupación y me ofreció una botella de agua. Poco a poco, todo volvió a la normalidad.

«Lo he conseguido», escribí a Laura. Me quedé mirando la pantalla del móvil como una

idiota, hasta que recordé que probablemente ella aún seguiría dormida. Escribí entonces también a mi madre; necesitaba algún tipo de refuerzo para tal hazaña. «No me lo puedo creer. Envíame una foto», respondió ella. Me hice una foto en la que se me viera junto a algún cartel de los que siempre había colgados en la sala de espera y se la envié. «¡Qué mala cara tienes!». Bloqueé el móvil sin responder y lo guardé en el bolsillo. Menudo refuerzo.

Por suerte, me llamaron poco rato después. Como siempre, me recosté en uno de los sillones reclinables que había en la sala y esperé a que me cogieran la vía. Normalmente se encargaban de todo las enfermeras, pero el doctor Cortés deambulaba por allí de vez en cuando y siempre saludaba a todos sus pacientes. Valeria, la enfermera que solía atenderme, vino con todo el material y empezó con el rutinario procedimiento.

—Voy a por tu bolsa, ahora mismo vuelvo —dijo cuando terminó de tomarme la tensión.

Aproveché para mirar el móvil. Nada, ningún mensaje relevante, solo correos del trabajo. No sabía muy bien qué hacer con las horas de tratamiento que tenía por delante. Normalmente mi madre llenaba ese espacio de tiempo con su incesante parloteo, incluso hablando con los vecinos de sillón si yo no la hacía suficiente caso. Eché de menos las cartas que solía llevar en el bolso siempre y me pregunté si tendría algún solitario instalado en el móvil. Me parecía a ella más de lo que quería reconocer.

Al momento volvió la enfermera con la sangre y la conectó a la vía. Siempre le pedía que me la pusiera de tal forma que viera lo mínimo posible porque, aunque estuviera acostumbrada, ver un tubo lleno de sangre nunca resultaba agradable. Sin embargo, aquel día no me disgustó. Incluso me quedé mirándolo un buen rato, embobada, observando cómo fluía lenta, oscura y espesa.

—Buenos días, Lidia. —La voz del doctor Cortés me sacó del ensimismamiento y di un pequeño salto por la impresión—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bueno... he tenido días mejores.

—Pareces un poco ida, ¿te encuentras peor?

—No, no es eso. Ha sido... Bueno, he tenido la genial idea de venir en autobús. Aún tengo el mal cuerpo encima.

—¿Has venido tú sola? —preguntó alzando levemente las cejas tras las gafas anaranjadas—. Eso es un paso tremendo, enhorabuena. ¿Cómo ha ido la experiencia?

—Terrible. Espantosa.

—Pero lo has logrado —dijo a la par que acercaba un taburete junto a mi sillón y se sentaba.

—Casi no lo consigo. Pensaba que me iba a dar algo ahí dentro, pero al final conseguí aguantar hasta que bajé.

—Es normal que te encuentres mal, y más si lo haces tú sola. Normalmente estas cosas se hacen poco a poco y con acompañante. Pero veo que tú eres dura de roer. —Su sonrisa era cálida y muy cercana.

Se quedó un buen rato hablando conmigo, dándome consejos para la siguiente vez que me envalentonase lo suficiente como para volver a enfrentarme a un trauma, felicitándome por mi valentía y recordándome que, aunque lo hubiera pasado mal, lo había logrado. Y tenía razón.

Después de un rato, se marchó para atender a otros pacientes y deambular de vez en cuando a su despacho, y yo me acomodé en el sillón con los ojos cerrados y una ligera sonrisa, repitiéndome a mí misma que lo había conseguido. La vuelta a casa sería más fácil.

Estaba tan agotada por la experiencia, tanto a nivel físico como emocional, que me quedé dormida. Me desperté un buen rato después, cuando la enfermera volvió a tomarme la tensión.

El silencio que había en aquella sala sin mi madre cotorreando era soporífero.

Volví a sacar el móvil para mirar la hora y vi un mensaje de Laura, que por fin había empezado su día. «Vaya horas», pensé. «Como para una emergencia». Estaba contestando al mensaje cuando vi que el doctor Cortés volvía a entrar en la sala.

—Ya casi estás —me dijo con su sonrisa afable mientras toqueteaba la bolsa de sangre. Vi cómo inyectaba algo muy oscuro en la vía. Era la primera vez que no miraba hacia otro lado al ver la sangre—. Es un pequeño extra de plaquetas, como siempre —aclaró ante mi mirada interrogante—. En menos de media hora podrás irte a casa. ¿Cómo te encuentras? ¿Algún síntoma?

—Aún no. Suelen empezar cuando me marchó, al poco de terminar la transfusión.

—Ya te queda poco. ¿Tienes a alguien que te lleve a casa?

Ni siquiera lo había pensado. Porque la fobia al autobús era lo suficientemente intensa como para tener que enfrentarme a ella con todas mis energías, pero con el añadido de la reacción que me provocaban las transfusiones se convertía, sin ninguna duda, en una batalla perdida de antemano.

—Cogeré un taxi —respondí en voz baja, reprendiéndome a mí misma por no haber pensado en algo tan básico.

—Si no tienes prisa, puedes esperarme y te acerco. Terminó mi turno dentro de una hora.

—No, no se preocupe, no quiero molestar, me las apañaré.

—No es ninguna molestia. Si no recuerdo mal, vivimos cerca. Los Fresnos, ¿verdad?

—Sí —respondí embobada, mirando aquellas gafas anaranjadas que solo dejaban entrever las pestañas y unos ojos que se adivinaban muy claros. Nunca pensé, hasta ese momento, que recordara dónde vivía. Aunque llevaba tantos años tratándome que, en realidad, tampoco debería sorprenderme tanto.

—Somos vecinos. —Volvió a sonreír—. Puedes esperarme aquí mismo, pasaré a avisarte. Enseguida le digo a la enfermera que venga a quitarte la vía, en cuanto termine —añadió, señalando la bolsa de sangre.

Se marchó y me volvió a dejar en aquella habitación llena de gente silenciosa y cansada.

Al cabo de un rato la enfermera vino y, ya con la bolsa de sangre vacía, me quitó la vía y me puso el acostumbrado papel con esparadrapo. Ni siquiera hacía falta que me recordara no doblar el brazo. Estaba tan acostumbrada a aquel procedimiento que, si no fuese por mi absoluta incapacidad de mirar agujas sin desmayarme, podría hacerlo con los ojos cerrados. Volví a colocar el sillón en su posición original y empecé a mover las piernas despacio para activar la circulación. Aún quedaba un rato para que el doctor Cortés terminara, así que pensé en deambular por los pasillos para matar el tiempo.

Pero unos minutos después, cuando estaba delante de la máquina expendedora viendo cómo mi botella de agua caía a la trampilla, empecé a encontrarme mal. Me agaché para coger la botella y, nada más hacerlo, empecé a vomitar y me derrumbé en el suelo.

Enseguida me vio un celador y avisó al primer médico que encontró en las salas cercanas. La enfermera salió corriendo en mi auxilio. Entre ella, el celador y la poca ayuda que podía proporcionar mi cuerpo tembloroso, me consiguieron subir a una silla de ruedas y me devolvieron a la sala donde me habían hecho la transfusión para mantenerme recostada de lado con una batea de cartón en la mano donde seguir vomitando.

—Vaya, esta vez ha sido rápido —dijo el doctor Cortés cuando me vio, avisado por el equipo de enfermería. Tenía el entrecejo fruncido, pero también una expresión de fascinación mientras

me exploraba. Tras la luz cegadora que dirigió a mis pupilas me pareció ver un atisbo de emoción.

—Suele ser más tarde —le dije cuando las náuseas se suavizaron un poco—. Creo que cada vez me afecta más.

—Eso parece —respondió él, guardándose la linterna el bolsillo de la bata—. Pero no tienes fiebre, que es lo más importante. Dejo mis cosas y nos vamos —añadió.

Me ayudó a sentarme de nuevo en la silla de ruedas y me empujó él mismo por los pasillos y ascensores hasta el aparcamiento para empleados. Me sentía ridícula y vulnerable, además de completamente estúpida por haberme empeñado en ir sola. Nadie en su sano juicio iría solo a un tratamiento que le dejaba tan destrozado que apenas podía andar.

—¿Por qué me pasa esto? —le pregunté, ya dentro de su coche.

—Lo cierto es que no estoy seguro. Parece como si sufieras algún tipo de rechazo, pero después los recuentos en los análisis siempre han salido bien, como si no hubiera habido ninguna reacción. He de confesar que me tienes desconcertado. Es un enigma que llevo años intentando descifrar.

«Genial, soy una rata de laboratorio», pensé. Arrancó el coche y se encendió la radio, donde empezó a sonar algo de Haydn —nunca fui capaz de recordar los nombres de las piezas clásicas — que llenó el silencio mientras nos incorporábamos a la carretera.

—¿Te molesta la música? —preguntó al cabo de un rato.

—No, no, está bien. Haydn tiene su encanto.

—Así que sabes de música. —Sonrió de medio lado mientras giraba hacia una salida.

—En realidad no mucho. Me gusta, pero no entiendo.

—Seguro que sabes más de lo que crees.

—De verdad, no es lo mío. Intenté tocar la guitarra y el bajo, pero no era mi fuerte y lo fui dejando. Me pasa igual con la pintura y la fotografía: tengo buen ojo para saber lo que de verdad es bueno, pero no me pidas que haga nada decente con mis manos. No tengo ese don creativo.

—Eso habría que verlo. Pero saber distinguir el verdadero arte también es un don. No todo el mundo puede. No hay más que ir a algunas exposiciones de hoy en día para comprobarlo, ¿verdad? —dijo con tono burlón—. Ahora le llaman arte a cualquier cosa.

—La verdad es que sí —asentí, pensativa, recordando la última feria internacional de arte en la que había estado—. Por eso me metí en el Ayuntamiento. Es una sala pequeña de un pueblo pequeño, pero al menos tengo control sobre lo que se expone.

—¿Diriges la sala de exposiciones? —preguntó con genuino interés—. ¿Hay alguna exposición que merezca la pena próximamente?

—Sí, la verdad es que sí. —Los ojos se me iluminaron y, durante el rato que estuve contándole sobre la exposición, las náuseas casi desaparecieron.

Cuando me quise dar cuenta, estábamos ya entrando en el pueblo y le fui dando indicaciones para que me dejase cerca de casa.

—Espera, creo que tengo por aquí... —Rebusqué en el bolso hasta encontrar uno de los flyers de la exposición y se lo di cuando aparcó frente a mi edificio—. La entrada a la inauguración es libre y habrá coloquio con los artistas. Y la exposición estará durante una semana, claro.

—Muchas gracias, intentaré ir. —Y volvió a sonreír. Aquella sonrisa me dio un escalofrío y me aceleró el latido del corazón.

Quizá fuera por estar tan cerca de él dentro del coche, o quizá el entusiasmo con el que me había escuchado hablar de lo que me interesaba; o incluso tal vez el hecho de verle sin aquella bata de hospital y contemplarle por primera vez como una persona normal; pero aquella sonrisa me hizo sentir una sensación entraña por dentro muy diferente a las náuseas de hacía un rato.

—¿Necesitas ayuda para subir? —preguntó, atento.

—No, no, ya estoy mejor. Gracias por traerme.

—No ha sido nada. Tienes mi tarjeta, ¿verdad? Llámame si empeoras o no mejoras en un par de días, ¿vale? Cuídate.

Bajé del coche aún un poco tambaleante y sentí su mirada clavada en mi nuca mientras metía las llaves en la cerradura del portal. Según entré, le vi despedirse con la mano y arrancar de nuevo.

Suspiré.

¿Me acababa de colgar de mi médico?

Los dos días siguientes fueron tan horribles como siempre. Las náuseas, las pesadillas, el frío, el dolor en todo el cuerpo, los temblores... Seguía sin tener ni idea de por qué me ocurría todo aquello, pero Laura empezaba a acostumbrarse y esos días no se movió de mi lado. A veces podía ser un incordio, pero en aquellas ocasiones no podía estar más agradecida de tener una amiga así tan cerca. Y después de atravesar ese infierno, todo volvía a la normalidad tan rápido como había empezado. De un día para otro me sentía llena de energía, como una batería recién cargada que sabe que va a volver a descargarse poco a poco con el tiempo.

—Vamos a aprovechar —me dijo Laura cuando me recuperé—. Antes de que vuelvas a estar agotada, vámonos por ahí a aprovechar tu subidón.

—Pero si es martes...

—¿Y qué? Seguro que hay algún bar abierto por algún lado.

—Tengo mucho que hacer. La inauguración es este viernes y tengo que ultimar todos los detalles.

—Me lo prometiste.

—Y saldremos, pero...

—Nada de peros. Termina lo que sea que tengas que hacer, pero si no quieres salir hoy, saldremos el jueves: hay noche de chicas en el Rainbow y vamos a salir toda la tropa —dijo sin dejar lugar a negociaciones—. Así por fin te conocerán todas.

Era cierto que, en el tiempo que llevaba compartiendo piso con ella, había invitado bastantes veces a sus amigas, pero yo casi nunca me había unido a ellas. Siempre tenía algo de trabajo que hacer o preferían salir de fiesta por ahí en vez de quedarse en casa. Las discotecas no eran mi rollo, y mucho menos teniendo en cuenta que había que llegar al centro desde aquel pequeño pueblo y de noche solo había autobuses.

—Iremos en tren, tranquila —me dijo, adivinando mis pensamientos—. Y a la vuelta, si aún no han empezado los primeros de la mañana, compartimos un taxi a medias, prometido.

—Vale, tú ganas. —Me resigné. Parecía que lo tenía todo planeado, así que era inútil ir en su contra—. El jueves. Pero que conste que igual tienes que prestarme algún vestido.

—Trato hecho.

Aproveché la pequeña tregua que me habían dado mi cuerpo y Laura para organizar hasta el más mínimo detalle de la exposición. Pasé horas enteras al teléfono coordinando y confirmando con el centro de salud y la empresa que pondría el minibús para asegurarme de que todo el mundo estaba en ruta y llegaría a tiempo. Diseñé carteles llamativos —todo lo que me permitía mi experiencia amateur con el diseño gráfico— para inundar las redes sociales del Ayuntamiento y de las asociaciones culturales del municipio; pagué de mi propio bolsillo unas bolsas de frutos secos y varias botellas de un vino decente que recomendaban en una web y que no se salían mucho de mi presupuesto; finalmente, ayudé al resto del equipo a instalar todas las sillas y la mesa plegable para el coloquio. Todas las obras habían sido ya colocadas en su lugar

y me aseguré de que todas estuvieran debidamente iluminadas.

El jueves a mediodía estaba todo listo y, en cuanto dejé de estar ocupada, me convertí en un manojo de nervios. Así que, nada más salir del trabajo, me fui a casa y empecé a vaciar todo mi armario en busca de algo decente que ponerme aquella noche, aunque solo fuese por estar entretenida hasta que llegara Laura del gimnasio.

Dos horas y media después, me encontré sentada en el suelo de mi habitación doblando la cuarta pila de ropa ordenada por colores. Se quedó apoyada en el marco de la puerta, observándome con los brazos cruzados y una sonrisa ladeada y maliciosa.

—Te noto un pelín nerviosa por mañana.

—¿En qué lo notas? —Los nervios siempre sacaban a relucir mi faceta más cáustica.

—¿Has encontrado algo que ponerte esta noche?

—No. Y para la inauguración tampoco —respondí con un nudo de ansiedad en la garganta—. Pero he encontrado dieciséis camisetas de grupos a los que hace años que ni siquiera escucho. ¿Crees que alguno habrá sacado algún disco decente en la última década? Voy a buscar en YouTube...

—Deja eso —ordenó, robándome el móvil de las manos—. Anda, ven, te dejo yo algo para esta noche.

Me arrastró hasta su dormitorio y empezó a rebuscar algo al fondo de su armario. Sacó tres vestidos y los tiró sobre su cama—. Pruébatelos y a ver cuál te convence más. Mientras me voy a dar una ducha rápida.

La verdad es que Laura tenía buen gusto vistiendo. Más allá de la ropa deportiva del gimnasio —que siempre combinaba a la perfección con su colección de zapatillas—, tenía un estilo muy femenino y seductor. Como una *femme fatale* del siglo XXI. Me probé los vestidos y me decanté por uno sexy pero cómodo, de terciopelo azul oscuro que se pegaba al cuerpo como una segunda piel. Laura entró en la habitación en ropa interior, secándose el pelo con una toalla. Sonrió cuando me vio pelearme con la cremallera trasera del vestido y se acercó para ayudarme a subirla. Desprendía el olor a manzana fresca del champú que a veces le robaba cuando no me quedaba del mío.

—Te queda perfecto —me dijo, contemplándome como si fuera su obra maestra—. Espera, te falta algo.

Rebuscó en una caja de zapatos donde guardaba toda su bisutería y volvió para rodearme el cuello con una gargantilla de terciopelo negro de la que colgaba una piedra azul pálido.

—Preciosa —susurró.

Quedamos con sus amigas en el centro a una hora prudente para picotear algo antes de ir al local del que habían hablado. Recordaba a la mayoría de ellas, al menos de vista, pero había dos a las que no conocía. Una era compañera de trabajo de Laura y la otra era la pareja de una de sus amigas. Todas me resultaron mucho más majas de lo que recordaba, me desearon suerte en la inauguración y prometieron asistir, aunque solo fuese para aprovecharse del vino gratis.

La discoteca no estaba demasiado lejos y sabían de mi miedo a los autobuses, así que propusieron ir caminando. Me alegré de no haberme puesto los tacones; no sería la primera vez que volvía descalza a casa, incluso clavándome las piedrecitas de las aceras.

Por el camino observé a las dos chicas que eran pareja caminando de la mano, más apartadas del grupo. La que ya conocía de antes miraba a su novia con ojos brillantes y una sonrisa que

apenas le cabía en el rostro; parecía nerviosa y emocionada. El resto de la tropa, como se autodenominaban, iban charlando y riendo a viva voz y haciendo bromas internas que yo no terminaba de entender. Aun así, Laura no me dejó sola ni un minuto e intentó que me sintiera integrada en todo momento.

Cuando llegamos a la discoteca, entendí por qué se llamaba Rainbow: la entrada era un gran pórtico de medio punto coronado por un enorme arcoíris de neón que iluminaba las dos aceras y casi media calle. Estábamos pagando la entrada y poniéndonos el sello del local en la mano cuando un grupo de cuatro hombres se puso detrás de nosotras en la cola.

—Esto va a estar lleno de conejos, chaval —decía uno con emoción, dándole un golpe a otro en el brazo.

—Te apuesto cincuenta pavos a que me ligo a más que vosotros tres juntos —desafiaba otro.

—Flipas. No te vas a comer un colín, si son todas bolleras.

—Porque no me han conocido todavía. Ya verás cómo conmigo no son tan lesbianas.

—Qué subnormales... —dijeron a la vez Laura y otra de las chicas.

—No podéis pasar —dijeron las dos mujeres que estaban de encargadas en la entrada.

—¿Por qué no? Es un país libre, ¿no puedo ni entrar a un garito?

—No creo que este sea vuestro ambiente, chicos. Hay otro bar un par de calles paralelas a este que os puede gustar.

—Yo no quiero irme a otro puto bar. He venido a este bar.

—Pues no podéis entrar.

—¿Por qué, porque tú lo digas?

—Sí, exactamente por eso. El local se reserva el derecho de admisión y te estoy diciendo que no se os admite la entrada.

—Putas bolleras de mierda, os tendrían que follar como a putas para que se os quite la tontería de encima.

—Si no os largáis, voy a llamar a la policía.

—¿Y de qué nos acusas? ¿De ser hombres? Porque para esta panda de *feminazis* de mierda ahora resulta que ser un tío es delito...

—Entrad, tías, no quiero ver esto, que me caliento y no respondo —nos dijo Laura en voz baja, crujándose los nudillos de las manos.

Dentro, el ambiente estaba relativamente tranquilo, aunque bastante lleno para ser un jueves. La inmensa mayoría de los asistentes eran mujeres y algún que otro hombre que charlaba en grupo animadamente. Sobre la barra, un gran letrero de pizarra anunciaba un «chupito sáfico» gratis por persona. En los enormes altavoces sonaba un recopilatorio de temas inolvidables y pegadizos de los noventa y la pista de baile ya había empezado a animarse. Nos acercamos a la barra y pedimos los chupitos.

—¡Por la inauguración de mañana! —brindó Laura, mirándome.

—¡Por juntarnos más a menudo! —dijo otra.

—¡Por todo lo bueno que está por venir!

Bebimos el chupito y, acto seguido, la chica de mirada enamorada pidió otro, que se bebió del tirón antes de susurrarle algo a la camarera. Esta asintió y desapareció por una puerta tras la barra. Cuando terminó la canción que estaba sonando, el ritmoailable cambió por uno mucho más lento que hizo que la gente que estaba en la pista aprovechara para ir a la barra o sentarse en los sillones que rodeaban la sala.

—Ay, mira, Claudia, si es nuestra canción —dijo su novia. La aludida la abrazó por la

espalda y señalo, por encima de su hombro, hacia el suelo de la pista. El proyector había iluminado el centro de la sala con letras y la gente rápidamente se apartó para poder leerlo también. Era la letra de la canción que sonaba en aquel instante:

*«You are the strength that keeps me walking
You are the hope that keeps me trusting
You are the life to my soul
You are my purpose
You're everything
And how can I stand here with you
And not be moved by you
Would you tell me how could it be any better than this?»¹*

De pronto las letras desaparecieron y volvieron a aparecer, un instante después, en otro color: «Sandra, ¿te quieres casar conmigo?».

Toda la discoteca miró hacia donde estábamos nosotras y entonces nos dimos cuenta: Claudia estaba arrodillada delante de su novia con una cajita abierta. Sandra empezó a llorar y las manos le temblaban. Toda la sala estaba en silencio, salvo por la música, mirando a la pareja con expectación. Finalmente, la chica pudo respirar y dijo que sí, tapándose la cara por la emoción y la vergüenza. Toda la discoteca estalló en vítores y aplausos, la camarera de antes había descorchado una botella de cava y la empezaba a servir en una hilera de copas.

—¡Vivan las novias! —gritó alguien en algún lugar de la sala, a lo que le siguió el resto haciendo coro.

Pasaron al menos una hora llorando, abrazándose entre ellas y con sus amigas, recibiendo la enhorabuena de todo el mundo y rellenando una copa tras otra.

—Nos conocimos en este bar hace cuatro años —contaban, muy emocionadas, cada vez que algún grupo desconocido se les acercaba para felicitarlas—. Era la primera vez que me atreví a venir a un sitio de ambiente, porque no estaba segura de cómo salir del armario, no conocía a nadie.

—Y yo fui su salvadora —continuó Sandra con burla y ojos brillantes—. La vi tan perdida que no pude evitar acercarme a ella para que no se sintiera sola.

—Y os juro que aquel día supe que quería pasar el resto de mi vida con ella.

—En realidad fue un subidón de hormonas y adrenalina y estuvo tonteando durante meses con media ciudad —bromeó Sandra—, pero míranos: prometidas.

La noche siguió llena de planes, de bromas y de buenos deseos y, cuando nos quisimos dar cuenta, ya era muy entrada la madrugada.

—Joder, qué tarde es —les dije—. Yo mañana tengo que estar presentable para la inauguración. Bueno, hoy.

—No es tan tarde, aún falta bastante para el primer tren —dijo Laura—. Pero oye, ha merecido la pena, ¿no?

—¿Vais a coger un taxi? —preguntaron las novias—. Vamos con vosotras y nos bajamos antes, vamos a pachas.

Salimos de la discoteca y nos despedimos en la puerta con un abrazo, besos y más felicitaciones para la pareja. El resto del grupo se fue hacia la parada del autobús nocturno, al final de la calle, y nosotras cuatro callejamos por la zona en busca de un taxi que estuviera libre. Después de diez minutos infructuosos, cambiamos de calle para ver si teníamos más suerte, y al girar la esquina nos cruzamos con un grupo de chicos. Sentí un escalofrío. Eran los mismos chicos que habían armado jaleo en la entrada del Rainbow.

No dije nada, pensando que ellos no nos recordarían y que pasaríamos por su lado sin que se fijaran en nosotras, pero no fue así.

—¡Eh, pero si son las bolleras! —gritó uno a pleno pulmón en mitad de la calle. Llevaba una litrona de cerveza en la mano y, a juzgar por cómo hablaba y se movía, no era la primera que se bebía.

—¿Habéis hecho la tijera ahí dentro? —gritó otro, encarándose con nosotras desde la otra acera.

—No contestéis, vámonos rápido —dijo Laura.

—¡Eh, no os vayáis, si solo queremos hablar un rato! Venga, contadnos qué hacéis en ese antro de bolleras.

Los cinco hombres cruzaron la calle y nos acorralaron contra la pared y los coches aparcados, cerrándonos el paso.

—Seguro que ese zulo está lleno de pollas de goma.

—Pues yo tengo una mejor, ¿queréis verla?

Cuando nos dimos cuenta, se había desabrochado el pantalón. Se la había sacado y empezaba a tocarse mientras el resto se reía, jaleándole, y uno de ellos me tocó un pecho.

—No la toques —amenazó Laura.

—Pero si le gusta, ¿a que sí? —Volvió a tocarme.

Sentí un calor abrasándome desde el interior y extendiéndose desde el pecho hasta mis brazos y mis piernas.

—Largaos ahora mismo —les dije con voz más grave de lo usual.

—¿Y si no queremos?

Y volvió a ocurrir. Todo lo demás desapareció. Vi a aquellos cretinos reírse a cámara lenta y la mano del acosador apretando mi pecho. La agarré con todas mis fuerzas y sentí crujir los huesos de sus dedos una fracción de segundo antes de oír sus gritos.

Laura aprovechó la confusión para hacerle un combo de *kickboxing* al exhibicionista, haciéndole rodar por el suelo con una patada baja. Claudia se puso delante de Sandra para protegerla y esta sacó el móvil para llamar a la policía.

Los otros tres hombres se abalanzaron sobre nosotras, agarrándonos del pelo y rompiéndole el vestido a Claudia de un tirón al intentar quitárselo. Agarré a uno del brazo y se lo retorcí por la espalda hasta escuchar el sonido inconfundible del hombro saliéndose de su hueco natural para acabar colgando del torso como si fuera de trapo. Escuché entonces la litrona de cerveza rompiéndose contra un coche y, al girarme, vi a uno de ellos amenazando a Laura con el cristal roto. Ni siquiera tuve que pensarlo, fue automático: me abalancé sobre él, empujando a Laura contra el suelo por el camino, y me enganché como un parásito subida a su espalda. Se tambaleó, chocó contra la pared y se clavó lo que quedaba de botella en su propia mano, pero aguantó en pie. Vi la sangre goteando. La olí. Sentí su sabor metálico con anticipación y de pronto, sin saber cómo, sin ser dueña de mí misma, le arranqué un trozo de oreja de un mordisco. Los gritos y cualquier otro sonido desaparecieron a mi alrededor. Cada célula de mi

cuerpo vibró y sentí que algo despertaba dentro de mí, como si hubiera estado dormido durante mucho tiempo.

Escupí el lóbulo que le había arrancado y me disponía a volver a morder cuando alguien me separó de él. Recuperé el sentido de la realidad de golpe y me encontré de bruces con un policía que me sujetaba con firmeza mientras otros tres rodeaban a todo el grupo. Dos de los hombres ya no estaban y los otros tres estaban heridos y sujetos por más agentes.

—Necesitamos dos unidades médicas móviles —decía uno de los agentes por la radio.

—¿Nos explican qué ha pasado aquí?

—He llamado yo —dijo Sandra—. Nos habían acorralado y nos estaban acosando. Había dos más, han salido corriendo en cuanto han visto las luces de los coches.

No hacía falta mucho más para creerla, viendo los vestidos desgarrados y el temblor en las manos de Claudia abrazando a Sandra.

—Y hubo pelea, por lo que veo —observó el agente, señalando mi boca llena de sangre. Saqué con torpeza un paquete de pañuelos del bolso y me limpié como tan bien como pude.

—Fue en defensa propia —saltó Laura—. Nos tenían contra la pared y nos estaban manoseando. Después... —Le tembló la voz un instante, mirándome—. Soy monitora de defensa personal, así que eso hicimos: defendernos. Y ese me amenazó con una botella rota. Si ella no llega a saltarle encima... me hubiera rajado.

Y, apenas hubo terminado de pronunciar esas palabras, se acercó a mí de dos zancadas y me abrazó con todas sus fuerzas.

—Gracias —susurró.

—De nada... —respondí, aturdida.

Estaba aún en shock por lo que acababa de ocurrir, por lo que acababa de sentir al arrancarle la oreja a ese cabrón de un mordisco y tratando de controlar el ansia que me devoraba por dentro solo de oler la sangre. Intentaba concentrarme en lo que estaba ocurriendo y no en las ganas que sentía de terminar lo que había empezado.

No tenía ni idea de lo que me estaba pasando, pero sabía que no podía contárselo a nadie.

Tenía muchísima sed.

El resto de la noche nos la pasamos en el cuartel de la Guardia Civil. Nosotras, por un lado, esperando solas en un cuartucho iluminado con mortecinas luces de neón y un par de hileras de asientos con la tela sintética tan desgastada que brillaba; por otro lado, los tipos que nos habían asaltado, en una sala contigua para no estar juntos. Al menos, dos de ellos: uno seguía en paradero desconocido y a otros dos los habían trasladado al hospital. Al quinto le habían buscado por la zona de la agresión, pero aún no habían dado con él.

Entramos cada una por separado, como nos indicaron, y contamos todo lo que había sucedido. Yo no había vuelto a decir una sola palabra hasta que me tocó mi turno. Me había quedado en shock, completamente aterrada por lo que había sucedido. Por lo que había sido capaz de hacer. Y por lo que hubiera hecho si no me hubieran separado de aquel tipo. Laura me miraba desde el asiento de al lado con preocupación, miedo y extrañeza en los ojos. Yo apartaba la mano cada vez que ella intentaba tocarme para tranquilizarme —o para sentirse ella más tranquila—, porque estaba tan al límite que pensé que un solo roce bastaría para volver a desatar a aquella bestia desconocida y aterradora. Y porque estaba completamente helada. Otra vez.

—La siguiente —dijo el agente saliendo del despacho junto con Claudia. Ella y Sandra ya habían terminado sus declaraciones y decidieron marcharse, aunque nosotras aún no hubiéramos terminado. Había sido una noche muy larga y, para ellas, llena de emociones agridulces.

Entré en el despacho y me senté frente a la mesa. El agente me pidió mi carnet de identidad y, con él sobre el escritorio en todo momento, me tomó declaración. Tenía la boca seca y me costaba recordar con claridad lo que había sucedido, aunque la peor parte fue pormenorizar los detalles de la pelea sin dejar evidencias de que me ocurría algo fuera de lo normal. Me quedé callada un buen rato, respirando despacio, porque todos los músculos de mi cuerpo estaban en tensión. El agente lo notó y me dijo que me tomara mi tiempo, que no había prisa. Me ofreció un vaso de agua y esperó con paciencia a que terminara mi declaración.

—Es posible que te llamen en los próximos días, ten el teléfono que nos has facilitado a mano. También te llegará una notificación al domicilio.

—De acuerdo —respondí con la mirada perdida.

—Firma en todas las hojas, por favor. Esta copia es para ti.

Dejé mi firma temblorosa en cada página, pues tenía la mano agarrotada de sujetar en un puño el pañuelo de papel con el que me había limpiado la sangre.

—Tenemos un psicólogo que atiende casos parecidos, si lo necesitas podemos darle tus datos para que se ponga en contacto contigo.

—No —respondí de golpe—. No, no hace falta, gracias. Solo ha sido el susto —improvisé.

Cuando salí de allí, Laura me esperaba dando vueltas por la desvencijada sala de espera y frenó en seco nada más verme.

—¿Ya está? ¿Qué tal ha ido?

—Bien. Normal, supongo.

—¿Ya podemos irnos?

—Sí, ya nos contactarán con lo que sea. Vámonos a casa.

El viaje en taxi fue silencioso y tranquilo. Ya empezaba a amanecer en el este cuando salimos a la carretera y en la radio sonaba música de los ochenta a bajo volumen, apenas un susurro. Bajé un par de dedos la ventanilla para que el aire matinal y el ruido blanco me despejaran la mente. Tenía que pensar en frío, ser racional para no dejarme llevar por la locura.

Aparté con gran esfuerzo de mi mente todos los pensamientos que me asaltaban sobre brotes psicóticos, virus de la rabia y un millón de causas más improbables aún que pudieron explicar aquel ataque incontrolable. El taxi había entrado ya en nuestra calle y no había conseguido llegar a ninguna explicación satisfactoria, así que, tras pagar y bajarnos, decidí que lo mejor sería preocuparme primero de las cosas que sí podía controlar. Aquella tarde tenía la inauguración y necesitaba descansar para que todo saliera bien. O saliera, a secas.

Laura se despidió de mí con un murmullo y se metió en su habitación con la puerta cerrada. Yo resistí un rato más al cansancio para enviar un correo al trabajo avisándoles de que había tenido un incidente y no me verían durante el día, pero que no faltaría a la inauguración; y que, si necesitaban algo urgente, podían llamarme al móvil. Después, sucumbí al cansancio y me dejé caer sobre la cama sin desvestirme.

Me despertó el móvil vibrando junto a mi oreja. Tardé un par de segundos en ubicarme y cogí la llamada sin mirar siquiera quién era.

—¿Diga?

—¡Cariño! ¿Cómo estás? —Era mi madre.

—Bien. Dormida. —Bostecé.

—¿A estas horas? —Miré el reloj de la pantalla del móvil, alejándolo de la oreja un momento. Las 14:09—. ¿No estás en el trabajo?

Entonces recordé todo lo que había sucedido. Noté una sensación de vértigo en el estómago y un escalofrío me recorrió la espina dorsal hasta sacudirme a la altura de los hombros.

—No... No he dormido por los nervios de la inauguración. —Siempre me había resultado fácil mentir a mi madre, era la persona más ingenua que conocía.

—¡Ay, es verdad, que es hoy! ¿Estás nerviosa? Le voy a decir a mis amigas que vayan, para que parezca que hay más gente y no esté muy desangelado.

Puse los ojos en blanco. La confianza y el apoyo moral que me profesaba mi madre eran siempre un arma de doble filo. La dejé seguir con su monólogo habitual mientras me levantaba de la cama y deambulaba por la casa. Me di cuenta de que Laura no estaba y, al pasar por la cocina, vi una nota pegada en la nevera: «he salido a hacer recados antes del GYM, suerte esta noche». Supuse que aquella escueta nota significaba que no la vería allí.

Me sentó mal, pero no podía culparla. Si hubiera sido ella quien se hubiera convertido en un monstruo delante de mis narices, hubiera hecho la maleta y hubiera salido corriendo de aquella casa para siempre. Pero su ropa seguía donde siempre, en el montón perenne sobre la silla y tirada bajo la cama. Al menos no había huido del todo.

Hice de tripas corazón y me preparé como pude para aquella tarde. Me vestí con un traje de pantalón y chaqueta, pensando en parecer profesional, y metí en una mochila los frutos secos y

las botellas de vino envueltas en una camiseta para amortiguar posibles golpes. Me aseguré de tener batería en el móvil y me fui caminando hasta el Ayuntamiento. Antes de llegar ya tenía el móvil ardiendo por la cantidad de llamadas que fui haciendo por el camino. Una vez allí, preparé los cuencos en la mesa junto a los vinos y rescaté un par de bolsas de vasos reciclables de la sala del café.

Los artistas no tardarían en llegar en el minibús, así que me dirigí a la entrada del ayuntamiento para esperarles allí. El móvil volvió a vibrarme en el bolsillo y lo saqué para leer el mensaje: «buena suerte hoy, cariño. Papá y yo vamos otro día, que hoy tenemos que hacer compra». Me quedé mirando el mensaje sin parpadear durante un par de minutos más de lo necesario. Mi madre me sorprendía de nuevo con una excusa aún más ruin y cutre que la última vez. Ni siquiera me ofendió. ¿Qué importaba que mi propia familia pensara que mi trabajo no era un trabajo de verdad? ¿Qué más me daba si pensaban que «colgar garabatos de las paredes para que no los vean ni cuatro gatos» era un trabajo indigno? Pues sí, me importaba. El ser humano es así: sabe racionalizar perfectamente una situación y, aun así, no la disocia de la emoción. Y aquella me parecía una de las mayores ventajas —y desventajas— de ser sentipensante. Me decepcionaba y dolía que mi propia familia no tuviera fe en mí, pero aquello no era asunto mío. No se puede cambiar a otras personas.

Seguía mirando el mensaje con el ceño fruncido cuando vi por el rabillo del ojo al minibús aparcando junto a la entrada. Me estiré la chaqueta del traje, cogí aire y salí con la mejor de mis sonrisas, de esas que te terminan provocando una punzada de dolor por ensancharla forzosamente ante cualquier comentario y mirada.

Recibí a todos los artistas, que venían acompañados por el psiquiatra que había coordinado el taller y la salida, y también a todos los familiares que venían como acompañantes. Todos estaban tan emocionados que la tensión que sentía hasta ese momento se diluyó en apenas un instante. Les acompañé hasta el interior de la sala de exposiciones para enseñarles sus obras expuestas antes de que llegara la gente y, nada más entrar, todos corrieron a buscar la suya. La emoción y el orgullo en sus rostros eran suficientes para hacer que se me saltasen las lágrimas y, al verme llorar, se abalanzaron sobre mí en un abrazo grupal. Nunca me había sentido tan segura mostrándome tan vulnerable, y era una sensación liberadora. Tal vez solo asistirían cuatro gatos, como decía mi madre, pero aquel momento era suficiente para que todo hubiera merecido la pena.

La inauguración había tenido un éxito abrumador. La sala estaba tan llena que la gente esperaba deambulando por los pasillos y charlando alegremente mientras el flujo de personas continuaba como un río de obra en obra. Hubo que quitar las sillas tras el coloquio con los artistas para dejar espacio y el vino se terminó nada más abrirlo.

Acudió la prensa local y dos canales de televisión hicieron un reportaje en directo sobre la exposición. Los periódicos nos pidieron posar junto a las obras y casi un centenar de conocidos me saludaron para darme la enhorabuena. Mi madre me llamó poco después de terminar el coloquio porque nos había visto en televisión y aún no se lo creía. Incluso varias personas preguntaron sobre si habría subasta de las obras o si podían comprárselas directamente a los artistas. Estaba absolutamente apabullada.

En mitad de aquel torbellino de sensaciones, de caras y de cumplidos, sentí una presencia diferente, como si alguien me observara. Me giré en mitad de una conversación con la vecina de mi madre, busqué por la sala con la mirada y entonces lo vi. Sus inconfundibles gafas anaranjadas tipo aviador, casi translúcidas, llamaron mi atención en mitad de la masa de gente.

Me disculpé por abandonar la conversación y me acerqué abriendo hueco hasta llegar a él. Observaba con genuino interés una de las obras, una fotografía en blanco y negro de un muro con grandes huecos cuadrados. Aquel lugar era más que conocido por todos: era el kilométrico muro del cementerio dedicado a las desapariciones en serie. Los nichos, identificados con una pequeña placa en el que figuraba el nombre de cada desaparecido, estaban vacíos y abiertos para recordar que aún no habían encontrado sus cuerpos. Solo doce nichos estaban cerrados.

Al llegar a su altura, inclinó un poco la cabeza hacia mí y, sin ni siquiera mirarme, comenzó a recitar:

«¿Vuelve el polvo al polvo?
 ¿Vuela el alma al cielo?
 ¿Todo es, sin espíritu,
 podredumbre y cieno?
 No sé, pero hay algo
 que explicar no puedo;
 algo que repugna,
 aunque es fuerza hacerlo:
 ¡el dejar tan tristes,
 tan solos los muertos!»²

Reconocí al instante aquellos versos. Bécquer siempre había sido mi poeta preferido y tenía una antología suya destrozada de tanto leerlo, con los márgenes llenos de anotaciones, versos subrayados y las esquinas dobladas. Todo aquello por lo que un amante de los libros se llevaría las manos a la cabeza.

—Has venido —le dije yo en un alarde de ingenio. Escucharle recitar a Bécquer me había

ablandado la materia gris.

—No me lo perdería. —Sonrió. Su maldita manía de sonreír así, tan cálido, tan afable—. Enhorabuena por la inauguración, si llego a venir un poco más tarde, no hubiera podido entrar con tanta gente.

—El mérito no es mío —admití—. No sé qué ha pasado, nunca viene tanta gente.

—Has hecho un buen trabajo, eso es lo que ha pasado.

—De verdad que yo no...

—Aprende a aceptar un cumplido —me cortó—. Eres capaz de mucho más de lo que piensas —suavizó.

Le sonreí con timidez, aunque en el fondo sabía que lo que decía era solo una gentil formalidad social. No me conocía tanto, ¿qué sabría él de lo que era capaz? ¿Qué pensaría si le contara de lo que realmente fui capaz la noche anterior?

—¿Te ha gustado alguna obra en especial? —le pregunté para espantar el sentimiento de pánico e inseguridad que empezaba a envolverme en su asfixiante abrazo.

—Son todos muy interesantes. —Se cruzó de brazos y se llevó una mano al mentón, apoyando un dedo sobre el labio—. Pero este tiene algo... hipnótico.

El tono de su voz impregnó la última palabra de una intensidad que rozaba la lascivia. ¿Cómo podía hablar así de un cementerio tan lleno de ausencias? Me dio un escalofrío y, durante apenas un par de segundos, pensé en alejarme de él y di medio paso atrás. Pero entonces me miró, de nuevo con esa perpetua sonrisa que irradiaba tanta calidez y serenidad.

—Creo que me gustaría comprarlo —dijo, alegre—. Si está a la venta, claro.

Cuando todo el mundo empezó a marcharse, se quedaron solo aquellos que habían querido comprar alguna de las obras. Les facilitamos un contrato de compraventa con los correspondientes certificados y lo firmaron, con la condición de que las obras permanecerían en posesión del Ayuntamiento hasta que terminase la exposición, una semana después.

—Muchas gracias a todos por asistir —les dije, ya despidiéndonos—. Os aseguro que os lleváis algo único.

—Ha sido una velada encantadora. —Su voz de terciopelo me acarició cuando se acercó a mí y me habló casi en un susurro—. Una lástima que llegue a su fin.

—Ya sabes lo que dicen: lo bueno, si breve...

—Nunca he estado de acuerdo con ese refrán. —Su sonrisa esta vez tuvo una chispa pícara y juguetona—. Si algo es perfecto tal y como es, ¿por qué ponerle fin?

—Supongo que dejaría de ser emocionante después de un tiempo. —Le sonreí de vuelta, con timidez, mientras terminaba de recoger la carpeta con los contratos firmados.

—¿Te vas a quedar mucho? —preguntó una de las compañeras que había ayudado en la organización del evento—. He quedado para cenar y ya llego tarde.

—Pues... —Dudé. Se había ofrecido a acercarme a casa, ya que Laura no había aparecido, pero aún tenía que guardar en la oficina los contratos y no quería dejar la sala sin barrer, como mínimo, hasta el lunes—. No te preocupes, vete tranquila. Ya me cojo un taxi cuando termine, quiero dejar esto decente.

—¿Segura? —Asentí—. Bueno, ten cuidado. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes.

Dejé la carpeta sobre la mesa del coloquio y abrí una pequeña despensa que había detrás

para sacar la escoba y el recogedor. Cuando volví a la sala, el doctor Cortés aún estaba allí. No quedaba nadie más en la sala.

—Yo también me he quedado colgado —me dijo desde un par de metros de distancia con las manos a la espalda mientras yo me ponía a barrer la sala—. Tenía una cita que pretendía incluir cena, pero... Mi acompañante resultó ser menos interesante de lo que pensaba. Ha tenido la osadía de decir que su cuadro preferido era uno de Warhol que tenía colgado en su cocina.

Solté un bufido que se quedó a medio camino de convertirse en una carcajada.

—Creo que esa cita estaba destinada a fracasar desde el principio —le respondí, deambulando con el recogedor.

—Definitivamente. Creo que me he salvado de una cena con conversación interminable y superficial sobre trabajo, programas de televisión y locales de moda.

—Barrer, sin embargo, siempre ha sido el plan de mis sueños.

Volvió a reír. Su carcajada seca resonó incluso musical en aquel espacio diáfano y vacío. Me fijé en él tan disimuladamente como pude; se me hacía muy extraño verle solo en camisa, sin aquella sempiterna bata blanca que, como cualquier otro uniforme, marcaba una distancia entre médico y paciente. De pronto me parecía más... ¿humano? Sin darme cuenta, me quedé embobada recreándome cómo sería el tacto de su mandíbula recién afeitada, de su piel madura y, sin duda, bien cuidada. Apenas tenía arrugas junto a lo poco que se veía alrededor de los ojos y un par más tenues en la frente. Me di cuenta entonces de que, aunque yo no viera sus ojos, él sí podía verme y aparté la mirada ruborizada para volver a centrarme en la escoba.

—¿Me dejas invitarte a una copa? —preguntó de repente. Volví a quedarme aturdida mirándole—. Para celebrar el éxito de la exposición.

—Sí... Claro —balbuceé.

—Déjame ayudarte. —Se acercó a mí y cogió la escoba para empezar a barrer. Le dejé hacer y me encaminé a la mesa para coger los contratos de compraventa.

—Voy a ir dejando esto en la oficina. Ahora vuelvo.

Salí de la sala con marcha torpe, mirando hacia atrás cada pocos pasos para observarle. Verle hacer una tarea doméstica le hacía parecer tan vulnerable, tan mundano, tan... fascinante.

Llegué al despacho y me quedé allí un par de minutos, rememorando hasta sus gestos más sutiles. Su serenidad, su confianza, su carisma y su gentileza le convertían, indudablemente, en el *husband material* perfecto. Y el hecho de que estuviera cerca de doblarme la edad —así, a ojo— me resultaba incluso más un añadido que un impedimento. Me di cuenta que el calor que se había extendido por mis mejillas hacía un rato ahora intentaba continuar su avance entre mis piernas. Fui al baño un momento, bebí agua fría directamente del grifo y me miré en el espejo. Estaba decente, pero me re Coloqué el sujetador como cuando iba a las discotecas y veía a alguien con quien quería llegar al fin de fiesta.

Cuando volví a la sala, estaba impoluta y él esperaba ligeramente sentado sobre el borde de la mesa.

—¿Estás lista? Hay un par de sitios con terraza por aquí cerca, si te parece bien.

—Perfecto.

Salimos de la sala, que cerré con llave, y nos marchamos del Ayuntamiento tras despedirnos con un gesto del encargado de seguridad.

—Hace buena noche —comenté, sin saber muy bien cómo romper el silencio ni cómo comportarme con él.

—Espléndida, diría. ¿Te apetece dar un paseo primero?

—Claro. —En realidad, me sentí algo nerviosa. Estaba prácticamente oscuro, apenas quedaba ya nada de aquella luz azulada de la noche temprana en el cielo, y eso significaba que había llegado la hora del peligro en Los Fresnos. Pasear sin luz por el pueblo se consideraba, para la mayoría de los habitantes, un deporte de riesgo. Por eso quizá me pegué a él más de que sería considerado para una relación meramente amistosa. Él, con la más absoluta naturalidad, me ofreció el brazo, al que me agarré sin dudarle. Hacía que cada gesto de cercanía pareciera tan natural que lo que me sorprendía era no llevar haciéndolo toda la vida. Aunque sí llevaba media vida esperándolo.

—A riesgo de sonar como un carcamal, ¿a qué se dedica la juventud hoy en día? Además de a barrer por mero placer —bromeó.

—No creo que yo sea el mejor de los ejemplos. Suelo pasar la mayor parte de mi tiempo libre sola.

—Una loba solitaria. Me gusta, la gente que merece más la pena suele serlo.

—Díselo a mi inexistente vida social.

—Estar rodeado de gente no siempre es positivo. Los hay que se sienten muy solos, aunque nunca dejen de estar acompañados. Es el peor tipo de soledad.

—Tienes razón. Un término medio estaría bien. —Suspiré y me apreté más contra su brazo y su costado buscando un calor que apenas encontré. Empezaba a levantarse un aire fresco que arrastraba algunas hojas contra el borde de las aceras.

—Entonces, ¿qué te gusta hacer a ti? —me preguntó.

—La verdad es que soy bastante aburrida.

—Déjame juzgarlo por mí mismo. Por lo que nos conocemos, podría decir que eres muchas cosas, pero no precisamente aburrida.

—¿Y qué dirías que soy?

—Inteligente; capaz; resiliente —enumeró enfatizando cada palabra con un asentimiento—. Valiente; madura; apasionada; sensible.

Me quedé en silencio mirando nuestros zapatos mientras caminábamos con reconfortante parsimonia. Que alguien como él pensara todas aquellas cosas de mí me abrumaba y mi cabeza me pedía a gritos cerrarme en banda, protegerme ante la vulnerabilidad de verme tan expuesta, tan calada por alguien que, en el fondo, tampoco me conocía tanto. Nuestra relación se había limitado a las consultas médicas durante los últimos diez años, para mi desgracia; quizá, siendo tan observador —cualidad esencial para un buen médico—, aquellas visitas fueran suficientes para conocer a alguien más de lo que pensaba. Aunque seguía siendo menos de lo que me gustaría.

—También eres introvertida y te cuesta aceptar cumplidos.

—¿Vas a seguir psicoanalizándome? —respondí con algo de brusquedad por los nervios.

—Eres tú quien ha preguntado.

Esta vez su sonrisa afable me hizo sentir un cosquilleo. Su ropa y todo él estaban impregnados de un olor sutil que recordaba a madera y fruta exótica; dulce, fresco y terroso al mismo tiempo.

—Y tú, ¿cómo eres?

Se quedó en silencio, sopesando su respuesta, saboreándola antes de pronunciarla. Mi intolerancia a la incertidumbre me mantuvo en tensión, pero no me atreví a interrumpir sus pensamientos. Me fijé entonces en su piel clara pero rosada, en la tersura de su cuello, en la forma de sus manos, que parecían esculpidas en mármol pulido. El pelo, claro y espeso,

brillaba bajo la luz anaranjada de las farolas.

«Has arrebatado la luz de muchos soles,
sellados ahora en la prisión de la oscuridad.
Como la llama de una vela que se apaga,
has tomado las almas de los hombres
con vientos que soplan desde un lugar vacío;»³

Oh, grande fue el pecado de mi espíritu,
Y grande es la duración de su condena;
La piedad del cielo no puede reconfortarle,
Ni encontrar reposo en la tumba:
Los eones infinitos se precipitan batiendo las alas
De las despiadadas tinieblas».⁴

Una ráfaga de aire disimuló oportunamente el erizar de mi piel al escucharle recitar de nuevo. Su voz era cálida y tan suave que casi tenía tacto a terciopelo. Me quedé mirándole sin ser capaz de decir nada, esperando alguna otra explicación o, tal vez, intentando no decir nada que a su lado pudiera sonar demasiado estúpido y huyera, espantado, como había huido de su anterior acompañante. Quería retener aquel instante durante, al menos, una eternidad.

—Puedo parecer flemático e imperturbable, pero en el fondo soy un imprudente enamorado de las artes. —Se detuvo y entonces me di cuenta de que habíamos caminado en dirección a mi casa y estábamos frente a la entrada de un pequeño bar con la terraza montada junto a un parque—. ¿Te apetece una copa de vino?

Nos sentamos en una de las estrechas mesitas de madera, decorada con un sencillo tiesto de brotes jóvenes de hierbabuena que llenaba el aire con su aroma a primavera.

—Así que te gusta la poesía —me aventuré a decir al sentirme afianzada a la silla, aliviada por saber que así al menos no se notarían que las rodillas me fallaban.

—Todas las artes me fascinan. Desde la poesía hasta la fotografía, pasando por la escultura o la pintura. Pero la música es sin duda mi punto débil.

—¿Qué tipo de música escuchas?

—Toda aquella que sea digna de llamarse música.

—Podemos excluir algún género completo, entonces.

—Me alegra ver que me entiendes —dijo con tono divertido.

La conversación fue saltando de géneros musicales a bandas sonoras de películas; de ahí, a géneros cinematográficos, para acabar criticando ciertas adaptaciones de libros a la gran pantalla. Poco a poco me fui relajando, sintiéndome, por primera vez en mucho tiempo, acompañada. No recordaba cuándo era la última vez que había podido tener una conversación a media voz con alguien. Su cultura era tan deslumbrante como su carisma, pero no me hacía sentir pequeña en absoluto; al contrario, tenía una forma tan cortés de escucharme con genuino interés que casi me hacía sentir que tenía algo importante que decir.

Nos dimos cuenta de que habían pasado horas cuando el camarero nos avisó de que cerrarían en pocos minutos. La copa de Xavier —me había insistido mucho en que le llamara por su nombre— estaba sin tocar, pero yo me había bebido la mía hacía rato. Nos levantamos y volvió

a ofrecerme su brazo. Me había quedado fría al estar sentada allí fuera tanto tiempo, así que me apreté más contra su costado y volvimos a poner rumbo hacia mi casa. Estábamos apenas a un par de manzanas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije de pronto, tras un rato caminando en un cómodo silencio, sintiendo una repentina confianza entre nosotros que antes de aquella terraza no existía.

—Claro, pregunta sin miedo.

—¿Por qué llevas las gafas siempre? —Según lo dije, el calor perdido acudió de repente a mis mejillas, esperando con todas mis fuerzas no haber hecho una pregunta incómoda u ofensiva.

—Me lo preguntan mucho. —Sonrió. Me relajé y sonreí también con timidez—. Tengo los ojos excepcionalmente claros y las luces me molestan, nada más.

La curiosidad me invadió entonces e intenté ver sus ojos por un lateral de las gafas con disimulo, pero el cristal era amplio y el ángulo no me permitía ver nada. Me fijé bien en su piel y en su pelo, tan claros ambos, tan pálidos, que me surgió la duda de si tal vez sería albino. Eso podría explicar algunas cosas.

—Debe ser horrible entonces trabajar en el hospital, con tantas luces blancas.

—Hay desafíos mayores a los que enfrentarme allí, créeme. Ya estoy acostumbrado.

—¿Podría...?

—¿Verlos?

—Sí... Si no te molesta, claro.

Lo pensó durante un rato y siguió caminando, sin responderme, hasta que llegamos a la esquina de mi edificio.

—Pero tienes que prometerme que no te asustarás —dijo al fin.

—Haré lo que pueda —respondí con una risa escueta por los nervios. Después de diez años, por fin iba a ver el rostro completo de Xavier, de mi amor platónico, de mi ángel de la guarda.

Me acercó a la pared de ladrillo sujetándome con suavidad por la cintura y se puso de espaldas a la hilera de farolas para evitar que la luz le incidiera directamente. El corazón me empezó a latir con rapidez como cuando solo era una adolescente. Mantuvo una de sus manos en mi cintura y con la otra se empezó a quitar las gafas. Entonces me miró y me recorrió un escalofrío como un relámpago de hielo.

Sus ojos eran tan claros que incluso en mitad de aquella oscuridad aún parecían blancos. Con un tono azulado, tal vez gris, brillaban en contraste con las sombras de los árboles que se proyectaban en su rostro. Parecían dos lunas veladas.

—¿Te he asustado? —susurró muy cerca de mi boca.

—No... —Era cierto. No era temor lo que sentía, aunque tal vez sí desconcierto. Pero, por encima de todas las cosas, me sentía atraída por ellos como si usaran sobre mí algún tipo de influjo o de magia—. Son preciosos...

Bajó la mirada a mis labios y la sostuvo ahí congelada. Le temblaba el labio, casi imperceptible, y sentí su mano más cálida. Acortó los pocos centímetros que nos separaban y rozó mis labios con los suyos, solo una caricia tímida, contenida, cautelosa. Estaba a punto de corresponderle con el beso que tanto tiempo había soñado cuando nos alertó un ruido de hojas moviéndose y el rebudío estridente de un animal.

Nos separamos, poniéndonos alerta en el momento, buscando la dirección de aquel sonido. Al final de la calle, de los matorrales que separaban los coches aparcados de la acera, había

salido un jabalí al trote en nuestra dirección. No era poco habitual verlos cruzándose la pequeña ciudad, pero no creo que a nadie le resultase agradable enfrentarse a sus colmillos. Ya estaba haciendo cálculos mentales sobre si nos daría tiempo a entrar en mi portal antes de que nos arrollase cuando Xavier se le encaró, aún lejos, y abrió los brazos en cruz para parecer más grande. El jabalí cambió en el acto su rumbo y se perdió a toda prisa por las calles, arruando desquiciado.

—Pensaba que íbamos a tener nuestros propios San Fermes —bromeé cuando se me aflojaron los nervios. Pero esta vez Xavier no rio.

—¿Estás bien? —me preguntó volviéndose otra vez a mirarme.

—Sí, estoy bien. —Pero su rostro era todo él un gesto contraído de preocupación—. Solo ha sido un pequeño susto, no pasa nada.

—Vamos, te acompaño hasta el portal, antes de que vuelva.

Recorrimos, con las llaves en la mano, los pocos metros que nos separaban de la puerta y entré tan rápido como pude, pero él se quedó fuera. Se había vuelto a poner las gafas y su mandíbula y su cuello estaban tan tensos que sus tendones parecían esculpidos también en hueso.

—Ha sido una velada encantadora —dijo desde la puerta.

—¿No quieres entrar? —pregunté como una boba. Pude sentir, casi literalmente, cómo se me caía el alma al suelo.

—Debo marcharme. Es tarde, mañana me toca guardia en el hospital. Buenas noches.

—Buenas noches...

Y me quedé allí, sentada en la escalera del portal, sintiendo demasiadas emociones a la vez para diferenciarlas y con el eco del jabalí rebudando en la oscuridad.

La noche estuvo libre, por una vez, de pesadillas en el descampado, aunque no de sueños extraños. Aquella fue la primera de las muchas veces que soñé con aquellos ojos blanquecinos, aquellas lunas que luchaban con desesperación por ser azules, pero sin lograr llegar siquiera a un pálido gris.

Fue también la primera vez en mucho tiempo en que apenas necesité dormir y, al despertarme al alba, tampoco tuve frío; ni mis manos ni mis pies estaban entumecidos; mis labios estaban rosados, aunque la piel aún era pálida; estaba descansada y llena de energía, quizá hasta demasiada, y quise salir a mi carrera matutina para descargarla. Después de días sin correr, me lo tomaría con calma.

Deambulé por la casa solo para asegurarme de que, tal y como pensaba, Laura aún no había vuelto. No estaba segura de cuándo lo haría —o si acaso lo haría, más bien—, pero tenía la esperanza de que pasar un par de días alejada de mí y del encuentro con los acosadores fueran suficientes para que su mente matizara aquellos recuerdos lo bastante como para restarle importancia a lo que realmente vio. A lo que hice.

Con aquellos pensamientos me arriesgaba a volver a sumergirme en aquella espiral de sinsentidos y locura que me iba engullendo poco a poco, así que me di prisa en ponerme en marcha. Me vestí con la ropa deportiva reflectante, metí las llaves en el bolsillo secreto de la cinturilla del pantalón y ajusté el velcro del brazalete donde llevaba el reproductor de música. Me puse un casco —solo uno, siempre, para estar atenta— y me extrañó la canción que empezó a sonar. No era la última que había escuchado. Cambié de pista y programé el recorrido en el reloj inteligente justo antes de salir.

En aquel momento en el que la noche ya no es noche, pero el día aún no es día; ese momento en que la luz y la oscuridad se besan bajo el mismo cielo, antes de que el sol se imponga y aún siquiera se intuya, todo estaba en silencio. Demasiado silencio. Aquella fresca mañana de finales de primavera no había ningún sonido, como si el mundo se hubiera detenido durante un instante. Nunca era buen augurio en Los Fresnos. Podía escuchar el eco de mis zapatillas sobre el duro asfalto a pesar de la música sonando en el oído derecho. Empecé a calentar bajando mi calle y, dando la vuelta a la manzana, me fijé de refilón en que uno de los grandes contenedores de basura estaba abollado y con varias bolsas amarillas y otras negras esparcidas por el suelo. Pensé en la desconsideración de la gente, en los repuntes de vandalismo que se iban viendo cada vez más, en lo egoístas que eran algunos, como si no tuviéramos ya suficiente con lo que ocurría en el mundo. Me acerqué para recoger las bolsas y las eché, cada una a su contenedor correspondiente, antes de que pasara el camión de la basura. Siempre pasaba más o menos a esa hora, despertándome con el estruendo si aún no me había levantado.

Una mancha oscura llamó mi atención. Los cubos estaban siempre sucios, pero aquella mancha rojiza era nueva y encajaba con la abolladura del contenedor. Me estremecí al instante. Desprendía un fuerte olor metálico que reconocí al fondo de la lengua sin problema: era sangre. Empecé a notar una vibración por todo mi cuerpo, desde dentro, como noté la noche de la pelea en la calle. No sabía identificar de dónde salía o qué significaba exactamente, pero supe que tampoco quería averiguarlo. Eché a correr, olvidándome del calentamiento, en dirección opuesta, directamente hacia el descampado en vez de hacia el parque.

Me di cuenta cuando ya había llegado al camino que atravesaba aquel mar de vegetación salvaje y descuidada. Me detuve en seco, levantando la gravilla del camino con las zapatillas del frenazo. Nadie en su sano juicio iba por allí. Solo los más imprudentes o algún grupo de chavales aceptando absurdos retos de internet —cámara en mano— se atrevían a entrar más allá de la cadena sujeta entre dos postes a modo de cierre al paso. Una señal a su lado advertía de ser zona peligrosa y estaba llena de ramos de flores artificiales: uno de los muchos pequeños altares que habían ido invadiendo todo el pueblo. Además de los incautos, allí solo entraba la policía con el equipo canino para rastrear cada vez que había algún nuevo desaparecido.

Me di la vuelta, dejando sobre la arena un círculo con los talones, pero algo me impedía marcharme. La curiosidad de saber por qué soñaba siempre con aquel descampado era casi tan fuerte como el miedo a entrar en él. Al final ganó la curiosidad. Miré el reloj inteligente para asegurarme de que el GPS estaba encendido y salté la cadena con la sensación de un crío al que están a punto de pillar fumando por primera vez. A pesar de la curiosidad, no corrí; caminé intentando no hacer ruido, no pisar ramas secas ni arrastrar demasiado los pies sobre la arena del único camino sin hierbajos altos y secos que había por allí. Avancé por aquel camino, ancho como un coche y tan largo que comunicaba, flanqueando la carretera, con la zona más septentrional de la ciudad. Era un terreno en el que un día planearon construir una urbanización privada con un campo de golf, pero nunca pudieron ni siquiera empezar el proyecto.

Avancé, según el reloj, más de cuatrocientos metros. Mi cuerpo estaba tan en tensión que empezaba a notar alguna contractura en los hombros y en la espalda; sin embargo, lo único que había visto hasta el momento era maleza y algún árbol con poco esplendor. Me quité el auricular por el que aún sonaba la música y me quedé clavada en mitad del camino, intentando ver u oír algo. Nada. Tan solo alguna chicharra tímida que comenzaba a despertar. El sol se había alzado en el cielo y pronto empezaría a notarse el calor.

Cuando me cansé de no encontrar nada — sintiéndome idiota y decepcionada—, volví a ponerme el auricular y me di la vuelta. Sin ningún cuidado ya, le di una patada a una piedra antes de comenzar a desandar el camino. Entonces sí encontré algo. O, más bien, él me encontró a mí.

A un lado del camino, entre la maleza pajiza, un enorme jabalí me miraba con mucha atención. Me entró el pánico y el corazón se me aceleró, listo para salir corriendo, pero el animal no se movió de su sitio. Estaba a escasos metros de mí, tal vez cinco o seis, y me observaba tan quieto que parecía uno de los trofeos de caza de mi tío. Me moví un poco, de lado para no perderlo de vista, hacia la salida del descampado. Sus ojos oscuros y brillantes me siguieron y, al girar su tosca cabeza, me fijé en que tenía un colmillo roto. Quizá por eso no se atrevió a atacarme; o quizá solo tuve suerte.

Seguí avanzando por el camino, esta vez más deprisa, sin dejar de mirar hacia atrás hasta que lo perdí de vista. «A lo mejor estaba herido», pensé. Entonces escuché un tiro muy cerca de allí. Me sobresaltó por lo inesperado, aunque enseguida recordé que, durante los fines de semana, la caza era el deporte por excelencia en el pueblo. Tras el susto, sentí lástima. Salté de nuevo la valla de cadenas y, una vez volví a la carretera, empecé a correr. A los pocos minutos encontré a los cazadores, como siempre, sentados al borde del descampado en sus sillas plegables de tela verde militar y los puestos de caza a juego. Mi tío estaba entre ellos. Giré por la primera curva que pude para evitar que me viera, no quería quedarme una hora hablando con ellos y arriesgarme a perder los papeles cuando me contaran lo orgullosos que estaban por añadir otra cabeza disecada más a su macabra colección. No, sabiendo de lo que era capaz

últimamente, quizá hubieran sido sus cabezas las que terminaran colgadas de mi habitación. Entendía que los cazadores eran necesarios para controlar la fauna y evitar accidentes como el que me provocaron hace diez años, pero jamás entendería que alguien se sintiera orgulloso de ello. Si mi trabajo consistiese en matar a traición a otro ser vivo, lo haría, como mínimo, con vergüenza. Aunque también es verdad que yo nunca hubiera sido capaz de hacerlo. Mi antigua yo, al menos.

Como no había seguido ni el recorrido ni el horario habitual de la carrera, seguí corriendo sin rumbo por la ciudad, más por el placer de sentirme en movimiento que por el entrenamiento. Era ya hora de que los comercios abrieran, pero aun así las calles estaban desiertas. Solo veía a los dueños de sus establecimientos y a algún vecino que le abría la puerta de la casa a su perro para que fuera él solo hasta el árbol más cercano y luego volviera. Me pregunté si estarían todos con resaca después de la inauguración de la noche anterior. Me reí de mi propia estupidez y giré de forma automática hacia la calle de mis padres. Seguro que mi madre estaba deseando decirme lo segura que había estado siempre de que la inauguración iba a ser un éxito —como siempre hacía, cambiar su versión *a posteriori*— y lo mucho que había lamentado no poder ir por algún asunto realmente urgente. No lo hacía con mala intención, sencillamente su cabeza funcionaba así. Era más sencillo no darle importancia.

Cuando llamé al timbre, escuché el arrastrar de las zapatillas de estar por casa a toda prisa desde la puerta del jardín. Mi madre abrió la puerta con tanta energía que parecía que intentaba arrancarla de las bisagras oxidadas.

—¡Dios mío! ¡Estás aquí! —Se lanzó sobre mí y me abrazó con todas sus fuerzas. De pronto empecé a sollozar sobre mi hombro—. ¡Ay, mi niña! ¡Mi pequeña, estás bien! ¡Qué susto he pasado!

—¿¡Qué pasa!?! —pregunté alarmada, intentando alejarla un poco de mí para que me mirara y me explicara a qué venía aquello.

Me miró a través de sus gafas sucias con los ojos anegados en lágrimas y la nariz enrojecida.

—Como no contestabas al móvil, pensábamos que tú también... ¡Ay, mi niña! —Volvió a abalanzarse sobre mí para llorar.

—No estoy entendiendo nada. A ver, respira, estoy aquí —le dije para intentar tranquilizarla—. Respira con calma y me cuentas qué demonios ocurre.

Ella asintió despacio mientras se limpiaba las lágrimas con el cuello de su camisa de franela y atravesamos el pequeño jardín para entrar en casa. Tanto la televisión del salón como la de la cocina estaban encendidas con las noticias puestas. Con toda seguridad, mi madre había estado deambulando por la casa y las tenía puestas para no perderse nada si se levantaba a por un café o si tenía que ir a cargar el móvil. Nos sentamos en el sofá desgastado; ella se quedó ahí, como embelesada, mirándome. Alargó la mano y me acarició la mejilla como hacía tiempo que no lo hacía. Fue entonces cuando empecé a preocuparme de verdad.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Dónde está papá? —pregunté al no verle a través de las puertas de cristal de la cocina. Me estaba poniendo de los nervios.

—¡Ay, es verdad...! —exclamó al tiempo que saltaba del sofá de un brinco—. ¡Tengo que llamarle para avisarle!

Aquella visita estaba siendo más confusa de lo habitual, lo que ya era bastante decir. Cogió el teléfono para merodear por la casa, como de costumbre, con él pegado a la oreja. Intenté escuchar qué le decía e incluso la seguí hasta la cocina y luego de vuelta al salón como un perro faldero bobo y absurdo, hasta que una imagen familiar llamó mi atención desde la televisión.

Me dejé caer muy despacio en el sofá de nuevo. Era mi edificio, un par de portales más allá del mío. Las imágenes mostraron la calle desierta, los contenedores de basura que había visto hacía un rato, vecinos que hablaban con los reporteros sin atreverse a salir del portal... Había vuelto a ocurrir, allí mismo.

Había desaparecido alguien más.

Ver el rostro de mi vecino en un lateral de la pantalla me dejó aturrida. Era uno de los pocos de toda la manzana a los que era capaz de poner nombre, al ser el presidente de la comunidad. Era un hombre mayor, muy afable, que se había jubilado hacía pocos años y pasaba la mayor parte de los días en una pequeña parcela de huerto urbano. Alguna vez había convocado una junta de vecinos únicamente para regalarnos cestas enteras llenas de calabacines, tomates, lechugas o melocotones.

Me quedé en estado de shock. Había ocurrido allí mismo, aquella noche, mientras daba vueltas en mi cama; prácticamente debajo de mi propia ventana, tan cerca de mí... Si hubiera llegado algo más tarde a casa... Si Xavier no me hubiera acompañado...

Recuperé el sentido de la realidad de un solo bofetón: Xavier. ¿Le habría pasado algo? ¿Habría llegado bien a casa? Me llevé las manos a los lados de las caderas, buscando el móvil en algún bolsillo, y entonces recordé que lo había dejado en casa. Esperaría a que mi madre colgase para llamar desde el teléfono fijo al hospital y preguntar por él. Sin embargo, mi madre no parecía querer colgar. Me extrañaba muchísimo que mi padre aguantase una conversación tan larga, con lo parco en palabras que había sido siempre. Por lo poco que captaba de la conversación, interpretando lo que decía mi madre, pude adivinar que mi padre se había presentado voluntario para la partida de búsqueda. No era la primera vez, desde luego. Eran muchos los vecinos que se solidarizaban, aunque cada vez tenían menos esperanzas que la anterior. Él fue quien encontró uno de los pocos cuerpos que se habían conseguido recuperar, hacía años. Desde entonces, siempre que podía ayudaba en la batida. Solía ir de caza con mi tío, así que estaba acostumbrado al campo, a la supervivencia y al rastreo. Era observador, reflexivo y silencioso, lo que le convertía en un buen investigador sobre el terreno.

Parecía estar contándole a mi madre cada pequeño detalle de lo que habían averiguado, así que hice señas para que mi madre me lo contase a mí también. Intentaba apartarme a manotazos para que no la interrumpiera, así que acabé arrebatándole el teléfono y poniendo el modo manos libres.

—Hola, papá.

—Hola, hija, ya me ha contado tu madre que estás a salvo.

—Sí, estoy bien. ¿Habéis averiguado algo?

—Poca cosa. Hay restos de sangre por los alrededores del edificio, pero aún tienen que confirmar que sea suya. Acaba de marcharse la científica con las muestras.

—¿Cómo pasó? ¿Cuándo?

—Al parecer salió anoche a sacar la basura más tarde de lo habitual, después de engancharse a una película de esas que ponen siempre a las tantas en vez de a una hora normal, como si nadie tuviera nada que hacer al día siguiente... —gruñó más para sí mismo que para nosotras—. En fin, salió solo un momento y ya no volvió.

—Yo no me he enterado de nada.

—Nadie ha visto nada, hija. Como siempre...

—Qué horror... cada vez ocurre más seguido —sollozó mi madre—. Deberíamos irnos de aquí de una vez. Vámonos a aquella casita que vimos en el norte, allí estaríamos tan bien, tan

tranquilos...

—En el norte llueve mucho —respondió mi padre sin demasiada convicción en la voz—. No sé si estarías a gusto allí.

—Pues a la playa. Donde sea, pero vámonos ya.

—Bueno, podría preguntarle a Antonio...

Comprendía el miedo que sentían. No eran los únicos que habían pensado en marcharse de Los Fresnos. En la última década, desde que empezaron las desapariciones, muchos conocidos se habían marchado con sus familias para no volver. La primera que se marchó fue mi amiga María, una de las pocas amigas de verdad que conseguí hacer en el instituto. Se mudaron poco después del accidente, al año siguiente. Vivían ella, su hermana mayor y su madre solas en una casa demasiado cerca del descampado; no soportaban el miedo de volver a casa solas y decidieron irse a donde la libertad de salir a la calle no estuviera coartada por el terror.

Sin embargo, aunque entendiera su decisión, yo no la compartía. Mi madre me había insistido en numerosas ocasiones sobre volver a vivir con ellos, aunque estuviéramos en el mismo pueblo, y siempre se encontraba con una negativa. Nunca había salido demasiado de allí y me conocía aquel lugar como la palma de mi mano. Podía llegar a cualquier lugar con mi patinete eléctrico, había crecido allí y allí estaban también todos mis recuerdos. Huir por culpa de un degenerado solo le haría sentir más invencible. Algunos psicópatas funcionan así, todo es una cuestión de abuso de poder, de jugar con las emociones ajenas, de dominar a voluntad a otros a través del miedo. Conmigo no iba a ser así, no me marcharía. Me quedaría allí, con las precauciones necesarias, pero me quedaría. Los Fresnos era mi hogar.

Me dirigí hacia el jardín, dejando a mi madre en la cocina otra vez alterada, para marcharme a casa. Tenía que llamar a Xavier y asegurarme de que estaba bien. No soportaría la idea de que le hubiera ocurrido algo por culpa de haberme acompañado hasta casa.

Nada más abrir la puerta, escuché un grito desde el fondo del piso seguido de pisotones a la carrera por todo el pasillo y, de pronto, Laura me abrazaba con una fuerza que solo podía otorgar el gimnasio. Sus musculados brazos me atraparon en un cepo del que parecía imposible deshacerse, aunque tampoco lo intenté. Entonces me sostuvo el rostro con ambas manos y me besó en los labios.

Me quedé paralizada bajo el dintel de la puerta sin saber qué hacer ni cómo interpretar aquello. Se separó un poco y me palpó los hombros y los brazos, asegurándose de que, efectivamente, estuviera entera.

—Estaba a punto de llamar a tu madre —me dijo con la voz tomada—. En cuanto he visto las noticias, he venido corriendo.

—¿Dónde has estado? —pregunté un poco ida—. No apareciste por la inauguración.

Miró al suelo y se giró despacio, caminando hacia el salón mientras hablaba.

—Ya... Lo siento... —Se sentó en el sofá y palmeó sobre el asiento contiguo para que la acompañara—. He estado en casa de Claudia y Sandra. La verdad es que la otra noche me asustaste.

Me miró con ojos sinceros y preocupados, con una nota de miedo que probablemente también se reflejara en los míos. Decidí ser sincera con ella; o todo lo que sería razonable, al menos.

—Yo también me asusté. No sé qué me pasó.

—Te volviste loca, tía. O sea, te agradezco infinito que me salvaras —se apresuró a añadir—, pero fue muy raro. Parecía que tenías la rabia o algo.

—Supongo que fue el subidón de adrenalina del momento. Vi el cristal roto y... No sé, instinto de supervivencia.

—Le arrancaste la puta oreja de un mordisco —dijo sin parar de enfatizar sus palabras con las manos—. ¡Y le rompiste la mano al otro! Desde luego no podrá apretar más tetas, y me alegro, por gilipollas, pero... En serio, Lidia, fue muy raro. Y no es la primera vez.

Me quedé mirándola, ahora con más miedo yo que ella, porque si era capaz de darse cuenta de todo aquello, de asustarse con lo que había visto, estaría absolutamente aterrada si supiera todo lo que ocurría últimamente.

—Yo...

—Sé que te pasa algo —me interrumpió con la voz más suave y agarrándome las manos para acariciarlas con sus pulgares—. Pero no puedo ayudarte si no me cuentas qué te ocurre. Si es un tema de drogas... Quiero decir... que podría ayudarte, si me dejas.

Me quedé mirándola en silencio durante un buen rato. No podía creermelo que pensase eso de mí. Pero quizá era mejor eso que la verdad. Tenía las palabras atascadas en la garganta haciéndose una bola cada vez más grande, y al mismo tiempo tenía la mente tan en blanco como un lienzo. No hubiera sabido siquiera cómo empezar, aunque hubiera querido contárselo.

—No sé qué me pasa, Laura —confesé cuando las lágrimas me provocaron escozor en los ojos—. Estoy tratando de averiguarlo. Quizá cuando lo sepa pueda contártelo, pero te prometo que ahora mismo estoy totalmente perdida.

Laura me estuvo vigilando el resto del día muy de cerca, intentando encontrar algún gesto o comentario que me delatara para averiguar qué me pasaba. Incluso cuando conseguí contactar con Xavier —estaba a salvo, trabajando, tal y como había dicho la noche anterior— estuvo pegada a la puerta para tratar de escuchar nuestra breve conversación. Tuve que cerrársela en las narices y dejarle claro que no era de su incumbencia para que me dejara en paz. Por otro lado, también se mantuvo bastante callada gracias al enfado.

De nuevo esa sensación de extrañeza de no estar dentro de mi propio cuerpo, de que el aire estuviera enrarecido; esa era la señal que me hacía darme cuenta de que solo se trataba de otra pesadilla, de que no era más que un sueño. Ya había aprendido a distinguirlas de una vivencia real y era capaz de observar la escena como una mera espectadora, sin que la angustia me atenazara y me oprimiera el corazón.

Aquella vez no fue el descampado; lo que reinaba en esta ocasión era la más absoluta oscuridad y el sonido lejano de los jabalíes arruando a coro. Sabía que estaba en movimiento por la sensación del aire sobre la piel. El bufido de un gato me sobresaltó al romper el silencio de la noche y su eco resonó durante varios segundos a mi alrededor, poniéndome alerta y orientando mi movimiento hacia él. Me di cuenta entonces de que estaba en el pueblo, en sus calles, pero era incapaz de ubicar el punto preciso, pues corría a tal velocidad que los edificios se me hacían borrosos. Una luz azul intensa me cegó de pronto y me tiré a un lado para esconderme tras unos contenedores de basura. Era un coche de la policía local patrullando, como cada noche, por todo el municipio. La luz pasó de largo y todo lo demás seguía oscuro, más oscuro de lo normal.

De pronto, otra luz llamó mi atención y me giré hacia ella con un movimiento inhumano y veloz. La luz era cálida, anaranjada, y se movía avanzando en mi dirección. Cuanto más se acercaba, mayor intensidad ganaba aquella luz y mejor podía apreciar la forma de su cuerpo, caminando. Escuché el gutural gruñido que emanó de una garganta que no era mía, aunque sentí su vibración como si lo fuera. La figura estaba al otro lado de los contenedores, muy cerca...

De pronto, salí de mi escondite y estrellé de un solo golpe —veloz, seco y letal— la cabeza de aquella figura contra el borde del contenedor.

Abrí los ojos, pero no pude moverme. El corazón me latía deprisa, al contrario que mi cuerpo, que parecía incapaz de reaccionar a ningún estímulo. Contenía la respiración de forma extraña, irregular, paroxística. Estaba aterrada. Si acababa de ver lo que creía... «No, es imposible», pensé con la mirada fija en el techo. «No he podido hacerlo yo. Solo ha sido un sueño. No significa nada». Los recuerdos de la noche en el centro con las chicas me invadieron y reviví, como si de una película se tratara, cada segundo de aquella pelea. Reviví el chascar de los huesos, del hombro desencajado y el crujir de la oreja bajo mis dientes. Reviví la oscuridad que envolvía todo, salvo a aquellos hombres.

Se me encogieron las entrañas con una sensación de vértigo que volvía a empezar una y otra vez como a oleadas. Un nudo me apretó con fuerza la garganta y empecé a hiperventilar. No era posible. No, no podía serlo. No podía ser yo.

Intenté levantarme de la cama, pero estaba mareada por respirar a toda velocidad y me caí al suelo desde el borde. Me sostuve como pude con las manos apoyadas contra el suelo y me arrastré buscando a tientas alguna bolsa que estuviera tirada por la habitación. Recordé que había una dentro del armario, con ropa vieja en su interior, pero estaba empapada en sudor y las palmas de las manos se me resbalaban contra el parqué. No llegaría hasta el armario antes de

desmayarme. Conseguí alcanzar entonces la papelera y la vacié en el suelo para quedarme con la bolsa. Me la puse sobre la boca y la nariz y empecé a respirar dentro con la poca calma que pude reunir.

Poco a poco el mareo comenzó a pasar y mis pulmones recuperaron un ritmo más o menos normal. Me senté en el suelo contra la estructura de la cama para meter la cabeza entre las rodillas y quedarme así un buen rato. Tardé en volver a la normalidad; cuando lo logré, comencé a sollozar en silencio. Aquella mañana no salí a correr.

Los días siguientes la presencia policial en la zona fue continua, ya fueran patrullas, cuadrillas de búsqueda o agentes interrogando a los vecinos para intentar reunir el mayor número de pistas posible. Era la segunda vez en diez años que desaparecía alguien en el núcleo más urbano en vez de a las afueras, como de costumbre. Aquello reavivó el temor de la gente más aún y, con la cercanía de las vacaciones, muchos decidieron adelantarlas y marcharse.

Mi padre llegó unos días después a mi piso —algo muy poco frecuente—, aprovechando que estaban rastreando la zona por quinta vez. Estaban seguros de que se les escapaba algo.

—Tienes mala cara —dijo nada más abrirle la puerta.

—No duermo mucho últimamente.

—Ya. Nosotros tampoco. ¿Está la otra chica en casa?

Parecía algo nervioso, inquieto.

—No, estoy sola, trabaja por las tardes. ¿Habéis encontrado algo más?

A mí me temblaban las manos y las piernas.

—No, nada. Nadie parece haber escuchado ni visto nada y la única cámara que hay es la de la entrada al garaje, pero lo único que grabó en toda la noche fue un gato en celo y alguna polilla revoloteando por delante de la lente.

Se le notaba la frustración en la voz, deseaba ser de más ayuda, aunque sabía que no dependía de él. La impotencia era ya parte de la vida en Los Fresnos, pese a que nunca nos terminábamos de acostumbrar a ella.

—Te he traído algo... —comenzó a decir, señalando un pequeño maletín negro de plástico duro que llevaba en la mochila de caza.

—¡No! —le espeté—. Ni de coña, llévate eso de aquí. No pienso tener un arma en casa, te lo he dicho cien veces.

—Esta vez ha estado muy cerca, hija, es solo como protección. No te preocupes, está a mi nombre, si hubiera algún problema, yo podría...

—Que no. ¿Te has vuelto loco? ¿Pero cómo voy a tener una pistola en casa? ¿Y si hay un accidente?, ¿y si algún amigo se la encuentra?, ¿y si entran a robar cuando no estoy?

—Me quedaría más tranquilo —me rogó con la mirada—. Al final tu madre y yo hemos decidido marcharnos.

—¿Qué? ¿A dónde?

La noticia no me pillaba por sorpresa, lo habían hablado muchas veces en los últimos años, pero no esperaba que, después de tantas vueltas, al final se decidieran tan deprisa.

—Vamos a ir a la playa, donde tus tíos. La sobrina de unos conocidos suyos ha heredado una casa justo al lado, en el mismo edificio, y está pensando en venderla.

—¿La vais a comprar? —pregunté con voz aguda por la angustia que me escalaba la garganta.

—De momento la vamos a alquilar, para ver qué tal nos manejamos por allí. —Miró al suelo para evitar mirarme a la cara—. Pero sí, si todo va bien, es posible que al final la compremos.

—¿Y qué pasa con la casa de aquí?

—Tu madre la ha puesto a la venta en la inmobiliaria de su amiga, así no tienes que preocuparte de andar enseñándola. Aunque tampoco va a ser fácil venderla.

Me sentí derrotada. Que mis padres se alejaran definitivamente de mí me hacía sentir insegura y desprotegida, aunque ya fuese adulta. Me imaginaba que era una sensación inevitable, sin importar la edad. Despedirme de la casa que me vio crecer tampoco resultaría tarea fácil. Cuatro paredes pueden encerrar tantos recuerdos que cobran entidad propia y cuesta decir adiós. Aun con todo, era decisión suya, no mía, y la aceptaba, aunque tuviera ganas de tener una pataleta de niña pequeña. Tampoco era, ni de lejos, el mejor momento para sentirme abandonada.

—¿Cuándo os vais? —Fue lo único que pude decir en voz alta.

—En quince días. Quizá quieras venir a ver si tienes que traerte algo, antes de que tu madre lo empacete todo y se lo lleve en un camión.

—Sí... Me pasaré un día de estos.

Cuando mi padre se marchó —con el arma incluida, a salvo, en su estuche—, me encerré en mi habitación y empecé a llorar contra el colchón de la cama hasta que me dolieron la garganta y la cabeza. Me sentía más vulnerable que nunca, aterrada, paralizada. No sabía enfrentarme a lo que fuera que me estaba ocurriendo, sin poder contárselo a nadie y teniendo miedo de mí misma. Ahora, además, ni siquiera tendría a mi familia cerca, un lugar al que volver si algo salía mal, si necesitaba apoyarme en alguien incondicional. Empezaba a pensar si tal vez debiera irme con ellos.

Las luces de la policía patrullando se colaban por mi ventana y teñían la habitación de fantasmagóricas sombras azules. Lloré sobre mi cama en silencio durante horas hasta quedarme dormida.

El resto de la semana pasó con relativa rapidez. Las pesadillas seguían atormentándome, pero tenía la sensación de que me había acostumbrado a la falta de sueño y cada vez lo necesitaba menos. Así, con suerte, las pesadillas tendrían también cada vez menores oportunidades de colarse en mi subconsciente. Por suerte, durante aquellos días me desperté sin ese frío indescriptible, sin la taquicardia ni la deshidratación; tan solo con el sobresalto acostumbrado del mal sueño.

Aquel viernes, mientras estaba en el Ayuntamiento, absorta en mis propios pensamientos y con la mirada perdida, noté que alguien se detenía delante de mi silla, en una esquina de la sala. Levanté la vista y me encontré con Samir y su tímida sonrisa llena de calidez. Noté que los hematomas del cuello habían desaparecido por completo.

—¿Interrumpo algún pensamiento importante?

—¡Samir! No, no, estaba... distraída —dije intentando sacudir de mi mente las imágenes de la última pesadilla—. ¿Qué haces aquí?

Estaba realmente sorprendida de verle. Después de lo que pasó y de la ruptura de lo que

quiera que fuera aquello, había estado evitándome con bastante éxito.

—Me han dicho que es el último día de la exposición y he pensado que quizá estaría bien pasarme a echar un vistazo. Montaste una buena con la prensa local.

—Sí, mi madre ha enmarcado la página del periódico, como una psicópata.

—De tal palo... —bromeó con las manos en los bolsillos y sonriendo como un niño travieso.

—Vale, me lo merezco, es verdad —respondí alzando las palmas de las manos en son de paz—. ¿No vas a olvidarlo nunca?

—No estoy seguro de que se pueda olvidar algo así.

Para mi alivio, aún sonreía.

—Ven, te enseño la exposición —le ofrecí.

—Solo si me prometes no engañarme otra vez con garabatos de niños.

—Te lo prometo —contesté llevándome la mano derecha al corazón.

Caminamos despacio por la exposición en sentido de las agujas del reloj, deteniéndonos un buen rato en cada obra para explicarle algunas cosas sobre el artista o lo que representaba. Cuando me quise dar cuenta, algunas personas se habían sumado a la explicación y se había formado un escueto grupo de atentos visitantes a nuestro alrededor. Por primera vez desde que había llegado a aquel trabajo, me sentía capaz y llena de orgullo. Me sentía como si lo hubiera hecho siempre, como si estuviera destinada a aquello: ser la guía y la voz de aquellas obras y, sin embargo, lograr que ellas fueran el centro de atención.

Solo faltaban tres obras por mostrar cuando sentí el móvil vibrarme en el bolsillo. Lo saqué para echarle un vistazo rápido con la intención de silenciarlo, cuando vi el nombre en la pantalla. Era Xavier. Me disculpé con los visitantes y les animé a explorar la sala por su cuenta mientras atendía la llamada.

—¿Sí?

—Hola, Lidia, espero no pillarte en mal momento.

—No, tranquilo. Dime.

—Esta tarde tenía que ir a recoger la fotografía de la exposición. —Me quedé congelada. Se me había olvidado completamente—. Pero he tenido un problema con una tubería en casa y estoy esperando al fontanero. ¿Sería mucha molestia pedirte que me la acercaras?

Me quedé muda. Los planes inesperados nunca habían sido mi punto fuerte. Podía manejar situaciones precipitadas con un par de horas de antelación si no me suponían grandes cambios en mis planes, pero no me hacía ninguna gracia.

—Si no te viene bien, puedo pasarme otro día. Pero he pensado que así podía prestarte el libro del que te hablé.

Recordaba a duras penas aquella parte de la conversación. Me había hablado de un libro sobre la ciencia detrás de las leyendas y mitos. O algo así. Era difícil prestar demasiada atención mientras caminaba agarrada de su brazo.

—Sí, sin problema, te lo puedo acercar cuando salga del trabajo.

Idiota, cómo no. Me arrepentí en el mismo segundo en que lo dije. ¿Cómo iba a presentarme en su casa así, de repente? Ni siquiera me había mirado en el espejo antes de salir de casa.

—Perfecto, no te haces una idea de lo que me alegra oír eso. Te envío ahora un mensaje con la dirección. Te esperaré impaciente.

Impaciente. Algo se me derritió por dentro al escuchar aquellas palabras. Ya sí que no podía negarme, no me quedaba más remedio que cumplir con mi palabra.

Cuando todo el mundo se hubo marchado de la exposición y los compradores habían pasado a recoger sus nuevas obras, llamé a un taxi para que me recogiera en la puerta del ayuntamiento. Me había puesto tan nerviosa que, cuando estuve empaquetando y protegiendo las obras, casi me corto con las tijeras. Una de las pinturas se me había caído al suelo, aunque tuve suerte de que no le ocurriera nada. Si hubiera sido una fotografía, habría estado barriendo cristales hasta el día siguiente.

Antes de salir del edificio me aseguré de que la fotografía de Xavier estaba perfectamente protegida, especialmente en las esquinas, y de que mi aspecto fuese, al menos, decente. Tuve que pedirle un poco de maquillaje a una compañera, a la desesperada, para tratar de tapar las marcadas ojeras violáceas que robaban todo el protagonismo de mi rostro. Cuando salí, el taxi ya me estaba esperando. Aseguré la fotografía enmarcada con el cinturón de seguridad del asiento libre, a mi lado y abroché también el mío. Estaba tan nerviosa —todavía— que necesité cinco intentos para acertar con la hebilla del cinturón en su ranura.

La dirección que me había enviado Xavier estaba en la zona más alejada y exclusiva de Los Fresnos. De hecho, tenía su denominación propia: el Soto de Los Fresnos. O, como se le conocía más por allí, el Soto. Era una zona residencial muy verde destinada a viviendas unifamiliares de gran tamaño. Parecía más apropiado hablar de parcelas que de jardines en aquellas villas de lujo rodeadas de campo e hípicas. Contaban, además, con su propio castillo: un palacio fortificado del siglo XVII que se solía utilizar para celebraciones.

Conforme nos íbamos acercando a aquella zona, pude apreciar el cambio con el resto del municipio: las casas estaban mucho más alejadas unas de otras, casi aisladas, había muchísima sombra gracias a los árboles que podían crecer sin estrecheces y no había ni un solo comercio. Era una zona tranquila, pero necesitaba de coche para poder moverse a cualquier parte.

El camino por aquella especie de ciudad fantasma de clase alta se me hizo eterno. Al mismo tiempo, sentía en el estómago una fuerza extraña que me intentaba empujar hacia atrás, que me decía que no estaba lista para ello. ¿Y si ocurría lo mismo que con Samir? ¿Y si le hacía daño, si le asustaba? O, lo que era peor, ¿y si ni siquiera estaba interesado en mí y había malinterpretado sus gestos aquella noche? Después de todo, se había ido tan de repente, tan tenso...

Las famosas mariposas me estaban devorando por dentro hasta convertirme en un ovillo de cobardía e inseguridad en el asiento trasero del taxi. Sea como fuere, conseguí no tirar ninguna moneda cuando pagué al conductor y me bajé del taxi con la foto entre mis brazos. Era bastante incómoda de llevar.

Me quedé allí plantada, delante de la tapia que rodeaba la casa, intentando serenarme antes de llamar. El muro era lo bastante alto como para que solo se pudiera ver parte del tejado, negro pizarra, y estaba coronado por hiedras que sobresalían hacia el exterior. La puerta de hierro, también negro, no dejaba entrever nada del interior de la parcela. El timbre tenía cámara y una pequeña luz que iluminaba el número de la calle atornillado al muro. Apoyé con inmenso cuidado la fotografía en el suelo contra el muro y llamé al telefonillo.

Enseguida sonó un zumbido y se abrió la puerta. La empujé y volví a cargar con la foto hacia

el interior. Lo primero que vi nada más entrar fue la inmensidad del jardín, que rodeaba la casa por los cuatro costados con grandes árboles que parecían llevar allí bastante más tiempo que el edificio. A un lado, un camino pavimentado en el que descansaba un todoterreno aparcado. Al otro, parcela diáfana, sin muebles de jardín, sin piscina ni barbacoas. Al fondo se podía intuir un pozo y una caseta de jardinería.

El trayecto desde la puerta exterior hasta la de la casa lo formaba un camino de grandes losas de pizarra sobre un fondo de piedras blancas. Tenía cierto aire a un jardín zen. La casa, por el contrario, parecía mucho más rústica con su fachada de piedra y sus vigas de madera. Los enormes ventanales contrastaban con los materiales nobles y le añadían un toque de modernidad muy elegante.

Todo parecía estar cuidado hasta el más mínimo detalle y, sin embargo, había algo que no encajaba en aquel oasis de perfección: el césped del jardín estaba lleno de parches de tierra sin césped.

—Los jabalíes suelen colarse para escarbar en busca de raíces. —La voz aterciopelada de Xavier me sorprendió desde la puerta. Tenía el hombro apoyado contra el marco y las manos en los bolsillos, con la camisa remangada hasta los codos—. Se suelen colar por debajo de la verja trasera.

Dio unos pasos en mi dirección y, cuando llegó hasta mí, aprovechó para susurrarme un «bienvenida» cuando me daba dos besos. Estuve a punto de soltar la fotografía y hacerla añicos, pero él la sujetó a tiempo y cargó con ella hasta el interior. Le seguí como sigue un perro a su dueño, fiel, sin dudas, con la más absoluta fascinación.

—Ponte cómoda, por favor —me dijo cuando entramos—. Voy a buscar algo para desenvolverlo.

El interior no se quedaba atrás. Era un espacio diáfano con cocina americana, de esas que solo se ven en las revistas, y con techos de doble altura. En mitad de la inmensidad de la estancia, un conjunto de sofás frente a una gran chimenea baja de diseño minimalista. Al fondo, la pared al completo estaba acristalada y había unas vistas fantásticas de los terrenos y del atardecer rosado. Unas escaleras con pasamanos de madera pulida salvaban la altura hasta el piso superior.

—¿Qué te parece? —me preguntó—. ¿Crees que quedará bien sobre la chimenea?

—Cualquier cosa quedaría bien ahí. Es preciosa.

—¿Me ayudas?

Nos acercamos hasta la chimenea y me fijé, ahora de cerca, en que las dos alcayatas estaban ya preparadas sobre la repisa. Le ayudé a sujetar el marco mientras marcaba las medidas, aunque en realidad no necesitaba ninguna ayuda. De dos golpes consiguió penetrar la pared para enroscar los ganchos y, en menos de dos minutos, la fotografía ya estaba colgada. Nos alejamos unos pasos para contemplar el conjunto. Era la protagonista del salón, en su pedestal, tan tétrica y al mismo tiempo tan hermosa.

—Es justo lo que buscaba —susurró más para sí mismo—. Muchas gracias por traerla.

—No hay de qué.

No sabía muy bien qué hacer a partir de ese punto. Había cumplido con mi parte y no sabía si debía quedarme un rato más, por cortesía, o si marcharme para no molestar. Le sonreí con incomodidad y desvié la mirada, perdiéndome en las lámparas de diseño.

—Iré a ver si al fontanero le falta mucho —anunció con media sonrisa—. Siéntete como en casa, enseguida vuelvo.

Salió deslizando una de las paredes acristaladas que daba al jardín y, al seguirle con la mirada, me fijé en el fontanero. Estaba fuera, cerca del pozo, de rodillas sobre el sumidero del trocito de porche que se extendía desde la casa. Les vi charlar durante un instante y cómo Xavier señalaba hacia el interior. Aparté la vista para que no pensara que era una entrometida y aproveché para pasear por el salón. Las paredes a los lados de la chimenea estaban forradas por estanterías de gran altura atestadas de libros, vinilos, discos y películas. Entonces me di cuenta de que no había ninguna televisión a la vista. Estaba examinando los libros, pulcramente ordenados por autor, cuando sentí su peculiar aroma junto a mi espalda.

—Puedes tomar prestados todos los que quieras —susurró junto a mi oído—. Siempre que prometas devolvérmelos.

En su sonrisa cálida había un matiz de diversión, de picardía, y tuve que reprimir un pequeño jadeo al sentirle tan cerca de mí. Alargó el brazo por encima de mi hombro, rozándome, y escogió uno de los libros.

—Hay algunos libros que encierran mucha más verdad de la que somos conscientes.

Estaba pegado a mí, tan cerca que casi me rozaba. Estaba a punto de abrir la boca para decirle algo cuando el fontanero entró haciendo ruido sobre la tarima con sus botas pesadas.

—Ya lo he dejado todo cerrado —anunció.

—Perfecto —respondió Xavier, girándose para encontrarse con él—. Quedamos entonces como hemos hablado. Muchas gracias y disculpe las molestias.

Le acompañó hasta la salida y se despidió de él en el jardín. Cuando volvió a entrar, se acercó a la zona de la cocina y me habló desde detrás de la gran isla.

—¿Te apetece tomar algo? Hago unos cócteles estupendos.

Sonreí y asentí, más animada al ver que pretendía que me quedara un rato más. Después de todo, quizá no me hubiera imaginado la química que me parecía haber sentido entre los dos. Me senté en uno de los sofás con las manos entrecruzadas sin saber muy bien qué hacer mientras él preparaba los cócteles. En un momento había desplegado todo un arsenal de botellas y condimentos que agitaba en una coctelera con movimientos gráciles y minuciosos. Intenté fingir interés por la pequeña figurita de bronce que adornaba la mesa, pero resultaba imposible no distraerse al verle tan concentrado. Le observé abstraída mientras vertía en el fondo de las copas un líquido rojo y espeso, muy oscuro, que después se diluía al echarle por encima el contenido de la coctelera. Recogió todo en un momento y se acercó al salón con las dos copas.

—Por el arte —brindó señalando la fotografía.

Le di un sorbo a la copa y sentí una descarga eléctrica, como un cosquilleo; sabía dulce y ácido, suave y fuerte al mismo tiempo.

—Tenías razón: se te da bien preparar cócteles —le dije, dando otro sorbo. Si no echaba el freno, iba a bebérmelo de dos tragos.

—El secreto es el sirope de granada. Lo preparo yo mismo.

Se sentó a mi lado en el sofá, ladeado hacia mí con una pierna cruzada sobre la otra y el codo apoyado sobre el respaldo. Sus labios estaban rosados por la bebida y de pronto me sentí cohibida por su belleza apolínea.

—¿Te incomoda si me quito las gafas? —preguntó con voz suave.

Negué con la cabeza, sin darme cuenta de que estaba conteniendo el aliento, y él bajó la intensidad de la luz de la estancia con un pequeño mando. Cuando se redujeron a meras luces de ambiente, se quitó las gafas y volvió a invadirme la sensación de encontrarme completamente hechizada bajo aquellos ojos que parecían brillar en la penumbra. Alcanzó otro

de los mandos de la mesita de café y una melodía de electrónica suave y tranquila comenzó a sonar desde los altavoces dispuestos en las esquinas del techo.

—Es mi grupo preferido —susurré con una sonrisa estúpida.

—¿De veras? —Su sonrisa ladeada era mucho más segura que la mía—. Qué coincidencia.

Era imposible permanecer serena bajo su mirada. Su brazo se estiró más sobre el respaldo del sofá hasta llegar a jugar con mi pelo como si fuera el gesto más inocente del mundo, distraído, relajado. Todos sus gestos resultaban tan naturales que enseguida empecé a entrar en un estado de calma absoluta. No sé si fue el cóctel, su sonrisa cálida o su voz cuando empezó a canturrear al compás de la música; o tal vez fue el dorso su mano, que había comenzado a acariciar mi hombro, subiendo por mi cuello hasta la línea de la mandíbula; fuera lo que fuese, tuve la desconocida sensación de que estaba, por fin, en el lugar exacto en el que debía estar.

Su mano continuó su ascenso y recorrió primero mi mejilla, después mis labios entreabiertos con el pulgar, que jugueteó al filo de mi boca, tentándola. Se me escapó un jadeo ahogado y me ruboricé, tratando de contener los instintos que empezaban a despertar dentro de mí. Su tacto era tibio, algo frío comparado con el calor que empezaba a desprender mi cuerpo en respuesta a sus caricias. De pronto acudieron a mi boca palabras que no fui consciente de que pasaran primero el filtro de mi cerebro.

—Esto... No sé si esto está bien... —jadeé.

—Tal vez no... —susurró él, acercándose a mí para recorrer mi cuello con la suavidad de sus labios—. O tal vez sea exactamente lo que estábamos esperando, el antídoto a nuestra soledad.

Su boca ascendió unos centímetros más para rozar la mía un instante, el suficiente para hacerme jadear de nuevo antes de contener la respiración y empezar a marearme. Después, me besó. No fue un beso cortés, tampoco desenfrenado. Pude sentir el esfuerzo de la contención en la postura de su cuerpo y en la tirantez de los músculos de su mandíbula. Era un beso profundo, cargado de intención, como una amenaza y, al mismo tiempo, pidiendo permiso.

Abrí los ojos para mirarle y tomar una bocanada de aire para recobrar el aliento, y entonces me encontré de nuevo con aquellos ojos tan desconcertantes, tan indescriptibles. Me tembló el labio inferior cuando empezó a besarme la comisura de los labios, la mejilla, la mandíbula... Noté el roce de sus dientes en mi cuello justo en el preciso momento en el que alguien abrió la puerta y un par voces estridentes y cómplices llenaron todo el salón con sus risas.

Xavier se apartó de mí con un movimiento tan brusco que me sobresaltó. Se puso en pie con la misma rapidez y se quedó allí parado, en mitad del salón, con los brazos cruzados y toda la musculatura de su cuerpo en tensión. Observaba con una mirada fría y dura a los recién llegados.

Seguí la dirección de su mirada y entonces me fijé bien en ellos, aún tratando de procesar la impresión del susto. Era una pareja de chavales jóvenes, no tendrían más de diecisiete o dieciocho años. El chico, bastante alto y muy delgado, llevaba el pelo negro despeinado sobre los ojos; la chica, también morena, lo llevaba largo y tan liso que parecía artificial. Ambos vestían por completo de negro, con collares de pinchos al cuello, las uñas pintadas a juego y guantes de rejilla en los brazos. Iban ambos maquillados muy pálidos y con los ojos muy oscuros.

Se habían enganchado entre ellos por las cadenas de sus cinturones y, al entrar, cayeron al suelo, rompiendo a reír aún más fuerte.

—¿Qué os había dicho? —les dijo con voz grave y autoritaria.

—Perdón —respondió ella haciendo un esfuerzo infructuoso por no romper a reír de nuevo,

sentada en el suelo sin conseguir desengancharse.

—No volverá a ocurrir —prometió el otro chico ligeramente más serio, aunque no tardó en estallar en carcajadas también.

—¿Estáis...? ¿Estáis borrachos? —Xavier parecía enfadado. Tenía el ceño fruncido y los ojos le brillaban aún más de lo que lo hacían antes.

—No —respondieron los dos al unísono.

—Bueno, un poco.

—Pero no ha sido culpa nuestra. No sabíamos que ese tipo...

Pero el chico no terminó la frase. Ella le había dado un codazo en las costillas para que dejara de hablar y, mirándome, se calló de inmediato.

—No nos habías dicho que teníamos invitados. Si lo hubiéramos sabido, no habríamos cenado fuera.

—Subid a vuestra habitación. —La voz de Xavier estaba cargada de enfado y decepción. De pronto me invadió el pánico de que alguna vez pudiera ser yo el motivo de aquel estado—. Ya hablaremos luego. Arriba, vamos.

Los dos chicos se levantaron del suelo con bastante facilidad una vez se hubieron desenganchado las cadenas y se perdieron escaleras arriba. Se escuchó un portazo y, tras él, más risas estridentes y algunos chillidos agudos.

Estaba desconcertada. ¿Quiénes eran esos? ¿Y qué hacían en casa de Xavier? ¿Es que tenía hijos? De pronto fue como si el mundo se me viniera encima y me sentí estúpida y ridícula. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que tuviera familia. ¿Cómo se podía ser tan tonta? Me había fijado muchas veces en que no llevaba anillo de casado, pero nunca se me ocurrió pensar que estuviera divorciado o fuese viudo.

Xavier debió ver el desconcierto en mi cara cuando me miró, porque volvió a sentarse en el sofá, con una pierna cruzada sobre la otra y se agarró la rodilla con las manos entrelazadas sobre ella.

—Esos eran Luna y Iago —aclaró aún con el ceño tenso y mirando a algún punto fijo de la alfombra—. Un día van a conseguir tirar por tierra todo lo que hemos conseguido.

Parecía perdido en sus pensamientos, muy lejos de aquel salón y de aquel momento, pero después de un minuto volvió a mirarme y relajó el gesto de su rostro. Me sonrió con calma y volví a relajarme yo también.

—Les conocí hace unos años. Digamos que soy... algo así como padre de acogida. Tengo una casa muy grande y más recursos de los que necesito, así que los comparto con ellos —explicó con un gesto de su mano que abarcó todo el espacio—. Así tampoco me siento tan solo en una casa vacía.

—Así que... ¿Son algo así como tus hijos? —pregunté después de tomarme un momento para asimilar la nueva información.

—Sí, algo así. —Me pareció que su mirada brillaba más durante un segundo—. No son los primeros, pero nunca resulta fácil. La mayoría son tan... indisciplinados e impulsivos...

—Casi todos los adolescentes lo son.

—Sí, tienes razón.

Sonrió de nuevo con ese gesto tan afable, tan cálido, tan apacible. Había una ligera nota de tristeza en su voz, muy al fondo, que me incitó a estirar el brazo y acariciarle la mejilla con delicadeza. Él ladeó la cabeza para apoyarse en mi mano con los ojos cerrados y suspiró profundamente. Después me volvió a mirar con esa misma sonrisa y esos ojos brillantes de los

que era imposible escapar.

—Menos mal que aún queda alguien que parece entenderme.

Agarró mi mano con la suya y me besó en los nudillos con tanta delicadeza que lo sentí como si fuera el aleteo de una mariposa. Después se levantó y también a mí con él.

—Lamento mucho ser tan descortés, no sabes cuánto, pero debo ocuparme de ellos. Confío en que te apetezca volver pronto. Me encantaría volver a disfrutar de tu compañía.

—A mí también —le respondí con vergüenza y con un cosquilleo en el estómago.

—Permíteme que te pida un taxi, por favor.

Trasteó un momento con su móvil y le ayudé a recoger las copas de los cócteles. En menos de cinco minutos ya estaba el coche en la puerta esperándome. Xavier se volvió a poner las gafas, salió conmigo hasta la entrada y se despidió de mí como si no quisiera soltarme la mano mientras se alejaba despacio con reticencia. Se quedó de pie en la acera hasta que el taxi arrancó y le perdí de vista al doblar la primera esquina.

Me recosté en el asiento trasero mirando por la ventanilla, tratando de procesar aquella tarde.

Llegué a casa sin haberme dado cuenta apenas del camino. Cuando el coche aparcó frente a mi portal, saqué de la cartera un par de billetes pequeños y se los ofrecí, aún en las nubes.

—La carrera ya está pagada, señorita, se pagó desde la aplicación.

—Oh. —Me lo debía haber esperado, pero me sorprendió—. Muchas gracias. Que tenga buena noche.

Según llegué el portal, ya lejos de las miradas indiscretas de cualquier desconocido, me empezaron a aflorar todas las emociones a la vez. Mientras estaba allí, bajo el hechizo de su carisma, había estado aletargada, atontada, sin saber reaccionar. Sin embargo, nada más entrar en casa, mi cuerpo liberó toda la adrenalina de golpe y me parecía imposible no gritar, dar saltos o patear como una adolescente histérica que acabase de conocer al cantante de su grupo favorito. Me sentía realmente idiota y, a la vez, como si flotase en una nube. Me tiré bocabajo contra la cama y grité contra la almohada dando patadas al colchón para liberar algo de tensión. Era como si fuese a estallar si no soltaba algo de energía.

Laura se asomó a la puerta de mi habitación, en pijama, y me miró con los labios apretados sin llegar a entrar.

—Ya pensaba que no ibas a venir a cenar —dijo con dureza.

—No sé ni qué hora es. —La sonrisa se me había quedado permanente y era incapaz de molestarme por su tono de voz.

—¿Dónde has estado?

—En el lugar más maravilloso del mundo.

—¿Te has metido algo?

—Si te lo cuento, no te lo creerías.

Me reí por lo absurdo que parecía todo de repente: las preocupaciones, los miedos, el cansancio... Llevaba diez años detrás de mi amor platónico y acababa de salir de su casa; todo lo demás había quedado totalmente eclipsado.

—Vale, pues no me lo cuentes. Eso es lo que hacemos ahora, no contarnos nada.

—¿Tú qué haces en pijama? —pregunté, ignorando deliberadamente su aspereza—. ¿No sales?

—¿Estás loca? ¿Después de lo que ha pasado aquí mismo? Ni siquiera sé cómo has tenido los ovarios de llegar a estas horas tú sola.

Y en ese momento se rompió mi pequeña burbuja de felicidad.

—He venido en taxi —respondí con voz muy baja, borrando la sonrisa.

—Tú sola.

—No estaba muy lejos. Y no estaba sola, solo a la vuelta.

—¿Con quién estabas?

—¿Qué es esto, un tercer grado?

—Me preocupo por ti. ¿Crees que es normal venir por la noche, sin avisar, justo después de que desaparezca alguien en tu propio edificio? —soltó con indignación a medida que elevaba la voz—. ¿Qué crees que habrá pensado Milagros cuando te haya visto entrar? Sabes que no se despega de la ventana desde que desapareció su marido. Aún espera que vuelva, que solo le haya dado una neura y se haya largado por ahí con alguna chavala y se arrepienta. Ha estado llorando toda la tarde en la terraza.

Noté un pinchazo atravesarme el pecho. Aquel sueño había sido tan vívido, tan real, que me resultaba imposible no recordarlo cada vez que se comentaba algo sobre aquella desaparición. Le rehuí la mirada a Laura y traté de que no me temblara demasiado la voz.

—No podemos vivir siempre atenazados por el miedo. Hay que ser prudentes, sí, pero también hay que aprender a vivir con todo esto, ¿sabes? Por primera vez en años me siento viva y me ayuda a lidiar con la vida, así que, si no te importa, quiero intentar que dure lo máximo posible.

Según pronunciaba aquellas palabras, noté que la ira iba ganando terreno dentro de mí. Era una sensación entraña, bastante novedosa, ya que siempre había resultado muy difícil cabrearme de verdad. Pero en aquel momento empezaba a rozar el límite de lo irascible.

—Ya me he enterado de que tus padres se van —dijo ahora con un tono mucho más suave, prudente.

—¿Ahora eres amiga de mi madre?

—No, ha sido tu padre. Ha pasado esta tarde por casa para dejarte algo.

La miré con un gesto rápido y los ojos muy abiertos, debatiéndome entre la alarma y la cólera más irracional. Lo notaba arder dentro de mí. Fui incapaz de controlarme.

—¿¿Que ha hecho qué?! —grité—. ¿Dónde está? ¿Dónde lo ha dejado?

Laura señaló debajo de la cama y yo seguí su indicación. Me agaché y, allí, junto a una caja de álbumes de fotos, estaba el maldito maletín negro.

—¿¿Por qué has dejado que lo meta en casa?!

—No sé qu...

—¿No va a haber una puta pistola en esta casa, joder!

—¿Una pistola? —Palideció de golpe.

—¿Una pistola, sí! ¿Qué coño te creías que era? Va en un maletín negro de seguridad, es pequeño y lo trae un jodido aficionado a matar animales. ¡Piensa un poco, coño!

—Yo no sabía...

—¿Pues no recibas nada para mí si yo no estoy en casa! ¡Lárgate de mi vista!

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Notaba la cara ardiendo y lo único que me detuvo de darle una patada al maletín fue el miedo a que pudiera dispararse el arma. Lo empujé con cuidado tan al fondo como pude, le puse los álbumes encima y cerré mi habitación de un portazo. Si había sido capaz de asustar a Laura, mi padre iba a desear no haber puesto un pie en mi casa. No pensaba tolerar aquella emboscada.

Necesité un día entero para tomar distancia y pensar en frío. Me había estado escribiendo con Xavier para desahogarme y, por suerte, él consiguió tranquilizarme. Me recordó que, si mi padre insistía en ir dejándome armas por casa, siempre podía llevarlas a la Guardia Civil para que no intentara devolvérmelas una y otra vez. Me pareció una idea excelente. Esperaría a que se marcharan a la playa para llevarlas; él creería que yo aún la tenía, así que no me insistiría

más y yo no tendría que tener aquello cerca. No necesitaba más peligros.

El domingo conseguí amanecer lo bastante serena como para enfrentarme a mis padres. Cogí mi patinete eléctrico y me presenté en su casa por la mañana. Mi intención había sido discutir con mi padre, dejarle claro que jamás volviera a hacer algo así a mis espaldas y después coger cuatro cosas de mi antigua habitación.

Pero las cosas no siempre salen como uno tiene planeado. Cuando entré en la casa, me la encontré como si la hubieran robado. Las paredes, antes cubiertas con los cuadros que me hicieron amar el arte, ahora estaban desnudas; el viejo sofá desgastado y la mesita de centro también había desaparecido y en su lugar había un par de sillas de plástico incómodas; La alfombra estaba enrollada en una esquina y la televisión principal había sido sustituida por la pequeña de la cocina, que descansaba sobre una caja de cartón; la cocina tenía toda la mesa, salvo una esquina, atestada de vajilla empaquetada en plástico de burbujas y donde antes estaba el horno ahora no había más que un inmenso hueco con el suelo lleno de polvo y pelusas.

Avancé por la casa dando pasos muy pequeños, como si en realidad no quisiera seguir avanzando. Escuchaba ruido de papeles y plásticos en otras habitaciones, pero no quería verlas. Me senté en una de las sillas de plástico, tan pequeñas y ridículas en la inmensidad de aquel vacío, y me sentí herida. Solo era una casa, pero verla así, sin nada, fue como si me arrancaran un trozo de mí misma. Casi era capaz de sentir el tacto de aquel sofá que ya no estaba, el olor de la madera de los muebles, el peso de las sillas del comedor y su sonido al arrastrarlas. De un día para otro, todo aquello ya no estaría allí, sino a más de seiscientos kilómetros.

Mi madre apareció en el salón y por fin se percató de mi presencia.

—¡Anda, si estás aquí! ¿Cuándo has llegado?

—Acabo de llegar, tenía llaves. Qué vacío está esto...

—Parece más grande, ¿verdad? No sé si nos va a caber todo en la otra casa, es bastante más pequeña... igual le vendemos algo a los vecinos.

—¿Venderlo?

Aquella posibilidad me dolió aún más. Que un desconocido se quedara nuestras cosas, las cosas con las que había crecido, donde habíamos compartido momentos en familia, me resultaba una especie de violación de nuestra intimidad, una falta de respeto.

—Claro, aquí no se va a quedar. Anda, mira en tu habitación a ver si tienes que llevarte algo. Todo lo que se quede aquí, lo llevaré para donar.

Se marchó de vuelta a otra habitación, resoplando y con un trapo lleno de polvo al hombro, y sentí otra punzada de traición. Me resultaba difícil entender cómo podía deshacerte de todo aquello con tanta ligereza...

Arrastré los pies hasta mi habitación y me detuve en la puerta. Aún tenía marcas y restos de pegamento de los pósteres que colgaba cuando era adolescente. Cogí aire y entré. Las paredes aún tenían los carteles y fotos pegados; el escritorio estaba lleno de cachivaches que mi madre había ido recogiendo y empaquetando por toda la casa y las estanterías aún estaban llenas. Paseé por delante de ellas un buen rato, deteniéndome a leer cada título, uno a uno, y a acariciar sus lomos. Mi padre se acercó en silencio y entró en la habitación con un par de cajas vacías, que dejó en el suelo. No dijo nada. Solo me puso la mano en el hombro y después se marchó. Ya no tenía ganas de discutir con él tampoco, toda la ira se había desinflado para dejar paso a la tristeza.

Empecé a meter libros en la primera caja con un suspiro. Todo lo que cupiera entre aquellos cartones sería lo único que me quedara de aquella vida, de aquellos tiempos. Cuando terminé

con los libros, me tumbé en la que había sido mi cama durante casi toda mi vida y me abracé a aquel peluche que me protegía de las pesadillas cuando era pequeña. Quizá ahora consiguiera protegerme también.

Llegar a mi casa —haciendo equilibrios con las cajas—, fue casi igual de duro que despedirme de la de mis padres. Los peluches, que en un ataque de nostalgia acabaron llenando una bolsa entera, encontraron su nuevo hogar sobre la cama; la mayoría de los libros cupieron en la estantería, pero los que no consiguieron hueco terminaron apilados sobre el escritorio; la ropa —que llevaba años sin ponerme y que jamás volvería a probarme— rebosaron el armario y la silla del escritorio. Era perfectamente consciente de que todo aquello no entraba en una sola habitación, pero no quería dejarlo en ningún otro lugar, y mucho menos con desconocidos. Eran mis cosas, mi vida, mis recuerdos. Eran partes de alguien que tenía miedo de quedarse sola, alguien que tenía miedo de olvidar quién era.

Dejarles ir fue más difícil de lo que pensaba. Suponía que, después de haberme independizado y de haber empezado a vivir mi vida, que mis padres se mudaran sería una tarea relativamente fácil, pero me equivocaba. La despedida estuvo llena de baches, de gente entrando y saliendo de la casa: familiares, amigos, vecinos, amigos de vecinos y hasta completos desconocidos, que llegaban como atraídos por el tufo de lo fácil y gratis para llevarse los restos, como buitres, que pudieran encontrar entre las ruinas de aquella mudanza. Recuerdo haber visto a gente que no conocía de nada entrar y salir con macetas en las manos sin preguntarle nada a nadie. Ni siquiera quedaron las lámparas del techo.

En mitad de aquel caos, cuando llegó la hora de que se marcharan, solo nos dio tiempo a darnos un abrazo largo, de esos que terminan agarrándote los brazos, y prometerles que tendría cuidado, que llamaría a menudo y que iría a verles de vez en cuando, al menos en verano. Una vez se marcharon, me sentí más sola que nunca. Al menos había algo bueno que sacar de todo aquello: ellos ya no estarían en peligro; ni siquiera yo podría hacerles daño, si es que me estaba convirtiendo en un monstruo.

A partir de ese día, las pesadillas comenzaron a intensificarse. Me despertaba en mitad de la noche pensando que alguien había entrado en casa y me levantaba tambaleante para comprobar la cerradura y las ventanas. Pronto se convirtió en un hábito que repetía noche tras noche antes de acostarme. Aun así, seguía despertándome en la oscuridad, sobresaltada por algún ruido, alguna luz o algún olor, solo para comprobar que no estaban allí realmente. Empecé a desquiciarme y volverme cada vez más irritable. El cansancio, las náuseas y la debilidad me hacían reaccionar a la más mínima provocación y la palidez llegó a un punto alarmante. Sabía que Laura llamaba a escondidas a mi madre para contarle cómo estaba, ya que yo casi nunca cogía el teléfono.

Pero hubo un día en que todo empezó a desmoronarse definitivamente. Aquel martes apenas pude dormir. Me había despertado, como tantas otras veces, con el corazón acelerado y un frío que dolía en la piel. Estaba segura de haber visto una sombra moverse hacia la puerta, saliendo de mi habitación. Pero allí no había nadie, ni en el pasillo, ni en ningún otro lugar de la casa, salvo Laura, que respiraba con calma en su sueño tranquilo. Decidí no volver a la cama e ir pronto a trabajar.

Fui la primera en llegar al trabajo, así que aproveché para poner al día la revista digital de cultura del Ayuntamiento. Poco a poco empezó a llegar la gente y, con ellos, el caos. Los tacones retumbaban en el suelo, los saludos y las risas se me hacían estridentes y uno de los fluorescentes había empezado a parpadear. Respiré hondo para terminar con la tarea lo antes posible y poder salir a tomar el aire un rato, pero una compañera decidió hacer café para todo el mundo, justo al lado de mi puesto, y alguien decidió ser tan «generoso» de compartir con todos los demás desde su móvil un vídeo viral absurdo que no tenía ninguna gracia.

Me puse los cascos con la primera canción que encontré en internet y empecé a subir el volumen hasta que los tímpanos me dolieron. Seguía escuchando las risas de los demás y el

maldito diseño de la revista se me había descuadrado por tercera vez. ¿Es que el Ayuntamiento no podía contratar ni a un maldito maquetaador?

Al cabo de un rato, cuando por fin había conseguido que el nuevo número de la revista estuviera listo, con las imágenes exactamente donde debían ir y sus correspondientes pies de foto correctamente colocados, alguien dejó caer su mano con fuerza sobre mi hombro. Me giré, sobresaltada, y me quité uno de los cascos. Era el idiota de turno, con el móvil a todo trapo, enseñándome el vídeo que no había querido ver hacía una hora y media y que tampoco quería ver en ese momento. Le señalé la pantalla para indicarle que estaba trabajando, pero él insistió.

—Pero mira, si es graciosísimo —decía, con el rostro rojo de la risa—. Mira, mira —repetía, dándome golpecitos en el hombro—, ahora es cuando se resbala y...

Cogí la taza de café que habían dejado en mi mesa, ya frío, y se la tiré en la cara.

—¿Pero qué cojones...? —gritó.

El fluorescente seguía parpadeando y yo me volví a poner el casco en la oreja, ignorando los alaridos del idiota del móvil. Como no le hacía caso, decidió arrancarme los cascos y darme un toquecito en el hombro, empujándome contra el respaldo de la silla. Le miré con los ojos muy abiertos y las aletas de la nariz se me ensancharon con la respiración acelerada. El tipo debió notar, por fin y sin ninguna duda, mi irritabilidad, por lo que decidió coger un puñado de servilletas que había junto a la pequeña cafetera y volver a su asiento mientras se limpiaba.

—Putá frígida zumbada... —le oí murmurar al otro lado de la sala.

—¿Qué has dicho? —le pregunté con voz fría.

—Que estás zumbada.

Me levanté de mi silla y agarré lo primero que encontré, la jarrita de café de cristal medio vacía, y la lancé contra aquel imbécil con todas mis fuerzas. Por suerte para él, la puntería nunca había sido mi punto fuerte y se estrelló contra la pared, dejando un reguero de café sobre la pintura blanca y lanzando una lluvia de pequeños cristales en todas direcciones.

Como era de esperar, me despidieron esa misma mañana, después de soportar un sermón de recursos humanos y más insultos de aquel idiota. El mundo se me vino encima en un momento, fue la gota que colmó el vaso. No tenía ni idea de lo que me estaba ocurriendo, mis padres se habían marchado a vivir lejos y mi trabajo, lo único que había conseguido apasionarme en toda mi vida, también se había ido a la mierda. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo había llegado tan bajo en tan poco tiempo?

Salí del ayuntamiento con un nudo en la garganta y sintiéndome tan perdida que me pasé cuarenta minutos paseando por la calle sin ningún rumbo. No quería ir a casa ni encontrarme con Laura. Eso supondría tener que explicarle por qué volvía tan pronto y eso no entraba en mis planes. No quería admitir en voz alta que el control de mi vida se me estaba escapando entre las manos.

Entonces pensé en Xavier. Me apetecía verle, hablar con él siempre era como un bálsamo y eso era exactamente lo que necesitaba en ese momento: alguien que me escuchara y que me dijera que todo iba a salir bien. Saqué el móvil y le escribí un mensaje:

Yo:

¿Te apetece tomar algo?

Xavier:

Contigo, siempre. Salgo en un par de horas. ¿Vienes a casa? Hoy

estaremos solos.

Me sacudí en un escalofrío ante la de posibilidades que insinuaba aquel sencillo mensaje.

Yo:

¿A las 18:00?

Xavier:

Perfecto, te esperaré impaciente.

Parecía que el día había mejorado de pronto. La desesperación y la tristeza seguían ahí, enterradas, pero al menos tenía algo más en lo que pensar que conseguía distraerme lo suficiente como para que se me dibujara una sonrisa de adolescente en la cara y no la pudiera borrar durante todo el camino.

Llené aquel par de horas dando vueltas por ahí, acercándome hasta su zona sin ninguna prisa, callejeando. No recordaba cuándo fue la última vez que había dado un paseo solo por el placer de hacerlo, sin carrera matutina ni acompañante. Allí ya nadie lo hacía. Los Fresnos se había convertido en una ciudad fantasma en ese sentido. La gente solo salía si iba a algún sitio, si tenía a alguien que le acompañase o si no quedaba más remedio. Incluso de día. Así que no me sorprendí cuando encontré las calles solo para mí, especialmente cuando empecé a acercarme a la zona más residencial, donde vivía Xavier.

Cuando ya empezaba a darle vueltas otra vez al despido y a todos los cambios que habían ocurrido en mi vida últimamente, mi móvil vibró. Era un mensaje de Xavier, avisándome de que un paciente no se había presentado y que, por tanto, había terminado antes sus consultas. Noté un cosquilleo en el estómago que descendía por el vientre, pero conseguí dejar de pensar en ese mismo instante.

Cuando llegué a su calle, vi a lo lejos su todoterreno entrando en la puerta del garaje. Justo a tiempo. Entonces, justo en la esquina, me detuve de golpe. Me miré en el reflejo borroso de la ventanilla de un coche atusándome el pelo y pellizcándome las mejillas. Ni siquiera había pasado por casa para ponerme algo decente. «Que sea lo que tenga que ser», pensé antes de volver a ponerme en marcha y llamar al telefonillo.

Me abrió la puerta del jardín con esa sonrisa encantadora que, tal y como había imaginado, consiguió calmar todos los demonios en cuestión de segundos. Seguían ahí, pero con él delante era imposible hacerles caso. Me dios dos besos, mucho más cerca de la comisura de lo que se consideraría amistoso, pero aún lejos de lo que a mí me hubiera gustado. Me invitó a pasar y volví a sentirme pequeña en aquella casa enorme.

—¿Una copa? —preguntó.

Asentí, recordando su buena mano con los cócteles. Le acompañé hasta la cocina americana y me senté en uno de los taburetes de la barra mientras él sacaba los hielos y cortaba una lima en rodajas.

—Cuéntame —dijo de buen humor—, ¿a qué debo el placer de tu espontánea invitación?

—He tenido un día de mierda, necesitaba despejarme.

—Así que soy una mera distracción, lo tendré en cuenta. —Sonrió de nuevo, tan alegre, tan sencillo, tan perfecto—. ¿Qué ha ocurrido para que sea tan horrible?

—Me han despedido —contesté en voz baja, mirándome las manos. Ahí volvía el bajón, listo para batear.

—¿Por qué? —preguntó dejando las limas a un lado para mirarme con el ceño fruncido.

—Ha sido culpa mía —admití sacudiendo la cabeza—. No sé qué me ha pasado, ha sido un lapsus...

—¿Qué has hecho? —Volvió a centrarse en los cócteles con una ceja enarcada.

—Le he lanzado una jarra de cristal a un compañero. Me estaba poniendo histérica —me defendí—, el muy gilipollas no paraba de tocarme y...

—¿Te ha hecho algo? —preguntó, de pronto muy serio.

—No, no, solo estaba molestando. Visto en perspectiva, supongo que he sobrerreaccionado. No sé qué me ha pasado. La verdad es que llevo un tiempo muy rara, pero esto... Nunca hubiera hecho algo así, no es nada típico en mí.

—Todos pasamos por malas rachas. ¿Ha ocurrido algo últimamente que pueda ponerte más irascible de lo normal?

—Sí —respondí con un suspiro—. Mis padres se han mudado. Sé que puedo ir a verles de vez en cuando, pero tenerles tan lejos...

—Entiendo. Tener lejos a la gente a la que quieres no resulta nada fácil.

Le vi agitar la mezcla del cóctel y después echar su famoso sirope de granada, que tiñó de un rojo brillante la bebida. Me ofreció una de las copas y brindó conmigo al otro lado de la isla de la cocina. Estaba deslumbrante con su camisa entallada y el botón del cuello desabrochado. Parecía que llevara ropa hecha a medida. Señaló el salón con una mano y nos pusimos cómodos en el sofá.

Hablamos durante tanto rato que la luz del día se había convertido una tímida luna brillando a través de las ventanas. Él había ido a preparar otro par de bebidas y yo aprovechaba para volver a cotillear su impresionante biblioteca literaria y musical. Había desde grandes clásicos de tapas desgastadas hasta las últimas novedades recién estrenadas. También, por supuesto, había una inmensa colección de libros de medicina. Di un pequeño respingo cuando me sorprendió llegando a mi altura con las copas. No le había oído moverse.

—Ya te he hablado un par de veces de un libro muy peculiar —susurró.

Su voz destilaba sensualidad, podría haberme quedado toda la noche solo escuchándole hablar. Se alejó un par pasos de mí para buscar un libro que parecía tener localizado a la perfección y volvió a acercarse a mí con él. Lo cogí, era un libro de tapas negras sin ninguna inscripción, sin título ni autor.

—Llévatelo —me dijo, acercándose mucho a mí—. Es un libro muy especial para mí y me encantaría escuchar tus impresiones al respecto.

Dejó su copa sobre la repisa de la chimenea y me colocó un pechón de pelo detrás de la oreja. Sus ojos blancos me miraban con la intensidad del fuego. Me cogió el rostro con las dos manos y volvió a susurrar, tan cerca de mí que sentí su aliento en mis labios.

—Prométeme que lo leerás.

Asentí, aunque ni ese ni ningún otro libro del mundo me importaban lo más mínimo en aquel preciso momento. Jadeé junto a mi boca y me besó. No podía imaginar ninguna sensación mejor que aquella, que sentir sus labios sobre los míos, sus brazos abrazándome y acercándose contra su pecho, la respiración ahogada del deseo contenido... Mis manos se habían aventurado a desabrocharle dos botones de la camisa cuando de pronto tuve que separarme de él.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

No pude contestar. Las náuseas empezaron a subirme por la garganta y tuve que lanzarme hacia el fregadero de la cocina para vomitar. Era todo un líquido rojizo, parecía que las copas

no me habían sentado bien.

—Toma, siéntate —me dijo, acercándose uno de los taburetes altos de la cocina—. Tranquila, te tengo.

Me sujetó con suavidad para que no me cayera, estaba débil y mareada. Tenía mucha sed y empezaba a tener frío. Cada vez me costaba más mantener los ojos abiertos.

—Te llevaré a casa.

Me quedé dormida nada más arrancar el coche y al día siguiente no recordaba cómo había llegado hasta mi cama.

Pasó casi una semana en la que no me moví de la cama. Sencillamente no tenía fuerzas. Me despertaba aturdida a mediodía y era incapaz de hacer nada que supusiera algún tipo de esfuerzo físico o mental. El frío volvió para quedarse y no conseguía entrar en calor en todo el día. A ratos parecía convulsionar y, a otros, parecía que ni respiraba.

En un momento de lucidez, llamé a Laura con voz débil y quebrada desde mi habitación para pedirle que me trajera un vaso de agua. Cuando entró en la habitación y subió las persianas, grité por el dolor que me produjo la luz en los ojos. Era como si aquel rayo de sol me atravesase directamente el cráneo.

—Tienes que ir al hospital —me dijo Laura con alarma en la voz, cabreada conmigo.

—Te he dicho mil veces que no.

—No puedes seguir así. Llevas días sin comer.

—Solo tengo sed.

—No pienso dejar que te mates de hambre. —Dicho esto, salió de la habitación. Escuché con claridad el sonido de una cucharilla repiqueteando contra el cristal del vaso y después sus pasos de vuelta a mi dormitorio—. Toma, bébete esto. Por lo menos tiene algo de proteínas.

Miré el vaso con desconfianza. Era uno de esos batidos proteicos de gimnasio que ella desayunaba todos los días. Tenía un color violáceo y olía a chicle de frutas del bosque. Lo probé, estaba bueno. Primero un sorbo pequeño, luego otro. Después me lo bebí entero de un solo trago, esperando que aquello consiguiera aplacar la sed y también la insistencia de Laura.

Pero no duró mucho tiempo. Media hora después, volví a despertarme de mi sueño superficial y vomité con violencia sobre la cama y la almohada todo el batido. Estaba empapada en sudor y tiritaba de frío. Seguía deshidratada.

Laura entró corriendo al escucharme, histérica. Estaba llamando a emergencias sin mi permiso cuando una llamarada de odio se prendió dentro de mí. Conseguí levantarme y quitarle el teléfono de las manos de un tirón y lo lancé por la ventana abierta sin pensarlo siquiera.

—¿Pero qué cojones te pasa en la cabeza? ¿Te has vuelto idiota? —me gritó.

—Te he dicho que no quiero ir al puto hospital.

La ira me quemaba por dentro como si fuera fuego líquido. Era un volcán que estaba a punto de entrar en erupción. La miré con los ojos fijos, sin pestañear, tan abiertos que me empezaron a picar. No podía apartar la vista de ella. En apenas un segundo se me pasaron por la cabeza diez formas diferentes de acabar con su vida, a cada cual más violenta: arrojarla por la ventana igual que había hecho con el teléfono, destrozarle el cráneo con el pisapapeles del escritorio o incluso degollarla con un trozo de cristal del espejo que estaba justo a su espalda.

—¿Pero te estás viendo? ¿Te estás escuchando? —Empezó a llorar, estaba teniendo una crisis nerviosa—. No puedo más, Lidia, ya no sé cómo ayudarte. No puedo más, de verdad que no. No soporto ver cómo te destrozas la vida.

—No me estoy destrozando nada. No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—No sigas mintiéndome, ya no puedes seguir engañándome. —Tenía la cara enrojecida por el llanto y limpió el agüilla que goteaba de su nariz con la camiseta del pijama—. Sé que has

estado haciendo el tonto con las drogas y sé que ahora estás pasando el mono.

Aquello no me lo vi venir, aunque no fui capaz de desmentirlo. La verdad era mucho más difícil de explicar y de entender.

—No es la primera vez que lo veo, ¿sabes? ¿Te he contado alguna vez por qué me metí al gimnasio? Era la única forma de no pensar en la siguiente raya.

La ira desapareció tan rápido como había llegado. Me relajé de golpe y destensé los músculos de mi cuerpo, que se habían preparado automáticamente para atacar, y me dejé caer contra los pies de la cama, derrotada y culpable. Nunca me había hablado de aquello.

—Por eso nunca terminé los estudios. Yo quería ser ingeniera mecánica, ¿sabes? Pero nunca conseguí pasar del primer curso. Dejé de ir a clase cada vez con más frecuencia por juntarme con...

Se apoyó contra la puerta del armario y se dejó resbalar hasta el suelo para estar a mi altura, con los brazos abrazándose las rodillas.

—Intenté dejarlo un par de veces, pero la voluntad no fue suficiente. Me echaron de la universidad porque un tipo de la limpieza me vio meterme una raya en la sala de ordenadores. Así que, cuando se enteraron, mis padres también me echaron de casa. Tuve que irme a vivir con Amelia, mi novia. De ella sí te he hablado.

Era cierto, me había hablado muchas veces, siempre con nostalgia, como si guardara buenos recuerdos de ella pero nunca hubiera conseguido dejarla atrás. Tenía una foto con ella colgado del corcho de la pared de su habitación.

—Una noche dimos una fiesta en casa y nos pasamos de la cuenta —dijo con la voz rota y casi sin poder respirar—. Cuando me desperté, su cuerpo ya estaba frío. Por eso casi me da algo cuando te encontré en la bañera.

Las lágrimas también anegaron mis ojos y las noté caer, cálidas, por mis mejillas y mi camiseta. Tenía un nudo en la garganta, no me atrevía a decir nada.

—Fue entonces cuando lo decidí —continuó cuando consiguió serenarse un poco—. Fui a un programa de rehabilitación y empecé a ir al gimnasio. Cada vez que tenía ganas de meterme algo, le daba puñetazos a un saco de boxeo hasta que me quedaba tan agotada que era incapaz hasta de pensar. Uno de los monitores me entrenó y me ayudó a descubrir mi pasión por la defensa personal. Al final, con ayuda, conseguí reinventarme y seguir adelante. Pero Amelia nunca tuvo esa oportunidad.

Nos miramos a los ojos durante largo rato, en completo silencio, sin saber qué más decir. No había nada que pudiera consolarla, y tampoco podía contarle la verdad. ¿Cómo iba a decirle que no había ninguna droga? ¿Cómo contarle que lo que sentía era un deseo casi irrefrenable de romperle el cuello y de arrancarle los miembros, descuartizarla? ¿Cómo decirle que creía que la culpable de las desapariciones era yo?

—No pienso dejar que acabes como ella —dijo levantándose para empezar a quitar las sábanas sucias de mi cama.

—No lo haré —le prometí.

—Entonces deja que te vea un médico.

Lo pensé mientras la observaba limpiar el estropicio y entonces lo vi claro.

—Vale, está bien. Pero quiero que me vea uno en concreto, nadie más. Prométeme que no llamarás al hospital.

Me miró con desconfianza durante unos instantes, hasta que al fin suspiró y me ofreció un apretón de manos.

—De acuerdo, te lo prometo. Prométeme tú que vas a intentarlo de verdad.

—Trato hecho —acepté, estrechándole la mano—. Anda, ayúdame a darme una ducha, no quiero que nadie me vea así.

Laura me ayudó a levantarme y me llevó hasta el baño, donde llenó la bañera de agua caliente con espuma mientras yo esperaba sentada sobre la tapa del inodoro, dándole sorbo tras sorbo a un vaso de agua. La sed no desaparecía.

Me sostuvo cuando las piernas me temblaban demasiado para meterme sola en la bañera, y también me ayudó a lavarme el pelo cuando amenazaba con quedarme dormida. Me miraba con los ojos llenos de preocupación y aún enrojecidos por el llanto de hacía un rato, pero también se podía ver el claro alivio al saber que al fin estaba haciendo algo útil, que al fin había conseguido hacerme entrar en razón. Aunque no supiera nada de lo que ocurría en realidad.

Me lavó con una delicadeza y un cariño que me llenaron de ternura y también de dolor al saber que yo nunca podría corresponder lo que sospechaba que ella sentía por mí. No era la primera vez que me miraba con aquellos ojos, con aquella dulzura. Cuando terminamos en el baño, me ayudó a vestirme con ropa cómoda y volvió a llevarme hasta mi habitación, ahora con sábanas limpias recién puestas y bien ventilada. Ni siquiera sabía qué hora era, pero por la luz de la ventana debía ser primera hora de la tarde.

Laura se quedó allí, sentada a los pies de mi cama, esperando a que yo cumpliera ahora con mi parte del trato. Cogí mi móvil y miré el número de Xavier durante un buen rato hasta que reuní el valor suficiente. Laura me apretó la mano para darme ánimos, sin separarse de mí. Marqué con los ojos cerrados, lanzándome a un salto de fe. Su voz sonó aterciopelada al otro lado de la línea.

—Lidia. —Fue una afirmación, no una pregunta, como si lo hubiera estado esperando.

—Hola... —Mi voz tembló, tanto por los nervios como por la debilidad que se había adueñado de mi cuerpo—. Me dijiste que te llamara si empeoraba...

—¿Qué notas? —preguntó con cierta ansia en su voz.

—No estoy segura. Creo... creo que algo no va bien.

—Enseguida voy.

—No, no hace falta que...

—Estaré allí en veinte minutos.

—¿No trabajas?

—Mi trabajo es tratar a mis pacientes. Que yo sepa, sigues siendo paciente mía.

—Técnicamente.

—Entonces, *técnicamente*, voy para allá. Estaré allí enseguida.

—Espera, hay algo que...

Pero solo me respondió un pitido. Ya había colgado.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó Laura con angustia y preocupación.

—Que ahora viene. Llegará en un rato.

—Bien —respondió ahora con evidente alivio—. Bien. Esto va a salir bien, ya verás. Te pondrás bien.

—Deja de decirlo.

De pronto me invadió una oleada de pánico. ¿Qué iba a decirle cuando se presentara en mi casa? ¿Qué iba a decirle delante de Laura? Empecé a temblar. Todo mi cuerpo se sacudía por el miedo sin ser capaz de controlarlo.

—Tranquila, estoy aquí —me dijo abrazándome con firmeza—. No voy a dejar que te ocurra

nada. Te lo prometo.

Si hubiera tenido el valor suficiente, le hubiera dicho la verdad. Le hubiera dicho que se alejara de mí para poder protegerla, para ponerla a salvo. Le hubiera dicho que corría peligro cerca de mí.

Pero siempre fui bastante cobarde, así que nos quedamos allí, abrazadas en completo silencio sobre las sábanas nuevas de mi cama hasta que sonó el timbre de la puerta.

Deshicimos nuestro abrazo cuando sonó el telefonillo. Laura saltó de la cama para ir a abrir, pero yo no fui capaz de mover ni una sola fibra de mi cuerpo. Me había quedado paralizada por el miedo. ¿Cómo iba a explicar todo lo que me pasaba desde el principio? ¿Cómo iba a explicar mis sueños, lo que había visto? ¿Llamaría a la policía si se lo contaba? Quizá, después de todo, un hospital sí fuese el mejor lugar para mí; un hospital psiquiátrico.

Para cuando escuché la puerta abrirse, el corazón me latía tan rápido que empezaba a marearme. Me dejé caer despacio sobre la cama para tumbarme cuando me di cuenta de que tenía las uñas de las manos azuladas. Su voz y su perfume llegaron hasta mí mucho antes que él.

—Soy el doctor Cortés, ¿está aquí? —se escuchó desde el pasillo de la entrada.

—Sí, en la habitación, por aquí.

Sentí la vibración de sus pisadas como si estuvieran justo a mi lado.

—¿Hace cuánto que está así?

—Empezó a empeorar hace como una semana y lleva al menos seis días que no come nada ni se mueve de aquí.

Abrí los ojos y le vi, tan perfecto como un ángel, con sus gafas y su camisa remangada hasta los codos. Su belleza y palidez contrastaban con el desastre de la habitación desordenada. Hasta las paredes blancas parecían más sucias a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó en un susurro poniéndose a mi lado, sentado en la silla del escritorio.

—Está hecha una mierda. Todo lo que come, lo vomita —contestó Laura por mí—. Tiene cambios de humor bruscos, casi no se sostiene en pie y solo quiere dormir.

Xavier me sostuvo el brazo con su mano tomándome el pulso con dos dedos. Me tocó la frente y el cuello, examinó mis uñas azules y volvió a preguntarme en voz baja.

—¿Qué sientes?

Quise responderle, pero la presencia de Laura me ponía muy nerviosa. Quería decirle la verdad, aunque solo fuese para que todo terminase de una vez como tuviera que terminar, que se acabase esa agonía sin sentido. Pero no delante de ella. La miré rápidamente y después otra vez a Xavier con mirada suplicante.

—Tengo mucha sed —conseguí decir en un susurro apenas audible.

—¿Podrías traer un poco de agua, por favor? —le preguntó a Laura con esa voz sedosa que impelía a obedecer cualquier orden—. Y, si no te importa, ¿puedes echar un vistazo a mi coche por la ventana? No estoy seguro de si he aparcado delante de un garaje, es el todoterreno.

Laura salió de la habitación, diligente, y entonces yo intenté hablar con Xavier a solas con tanta urgencia como fui capaz.

—Ella cree que me meto algo y estoy con el mono, pero te juro que no es eso, nunca me he metido nada. No sé qué me pasa, pero dile que no es eso. No lo soportaría si me pasara algo y creyese que es por las drogas. Tengo miedo. Por favor —le supliqué con lágrimas en los ojos—, ayúdame, dile que no tiene nada que ver con drogas.

Me di cuenta de que le estaba agarrando el brazo con todas mis fuerzas, pero él no se inmutó y se limitó a mirarme a través de sus gafas, que solo me devolvían mi reflejo demacrado. Laura regresó con un vaso de agua y lo dejó en la mesilla junto a mi cama.

—El coche parece bien aparcado —comentó—. Entonces, ¿cómo está? ¿Cuál es el plan?

Se me aceleró el pulso cuando Xavier giró la cabeza en su dirección.

—Parece que sufre síndrome de abstinencia. —Mi corazón se detuvo de pronto, saltándose un par de latidos. ¿Qué coño no había entendido?—. Bastante intenso, además. Necesitaré atención médica durante los próximos días hasta que se estabilice.

—Eso le llevo diciendo días, pero no me hacía caso. ¿Lo ves? Teníamos que haber llamado antes...

—Necesitaré una bolsa con sus pertenencias y algo de ropa.

—¿Qué...? —Aquello me pilló desprevenida y me puse en alerta en un milisegundo—. ¿A dónde voy?

—Te voy a llevar a una clínica especializada en lo que te ocurre —dijo girándose hacia mí para bajarse un poco las gafas sin que Laura le viera. Su mirada fantasmal estaba cargada de intención.

—Eso es justo lo que necesita. Dadme un momento, que llamo al trabajo y os acompaño.

—No será necesario —interrumpió Xavier—. Mientras esté allí necesitaré toda la tranquilidad posible y, en cualquier caso, únicamente pueden hacer visitas los familiares directos en ciertos horarios.

Laura le miró con languidez. Juraría que casi podía oír los engranajes de sus pensamientos debatiéndose entre aceptar la situación sin más o si quejarse lo suficiente hasta conseguir acompañarnos.

—Solo serán un par de días. Tres, a lo sumo —añadió Xavier para ayudarla a decidirse.

—Vale, está bien. Llamadas sí podrá recibir, ¿no? —Xavier asintió una vez como respuesta—. Aunque vas a tener que comprarme un móvil nuevo en cuanto salgas de ahí, bonita —me dijo Laura recuperando algo del cabreo de hacía días—. Voy a buscar una bolsa de deporte para guardar sus cosas.

Xavier no me soltaba la mano y tenía la mirada clavada en mí, o al menos eso intuía a través de las gafas. Laura empezó a zascandilear por mi habitación guardando cosas en la bolsa sin parar de hablar por los nervios y el alivio.

—Te guardo también la música y un libro —dijo metiendo lo que había en mi mesilla sin esperar a mi respuesta. Era el libro de Xavier, que ni siquiera había sido capaz de abrir—. Ya verás como te aburres un montón ahí dentro, pero solo tienes que aguantar unos días. Merecerá la pena, ya verás. Y cuando vuelvas, yo estaré aquí esperándote para que todo sea más fácil. Seré tu madrina y pasaremos por esto juntas, ¿vale? Iremos al gimnasio para darle al saco cada vez que tengas ganas de meterte alguna mierda, y si quieres podemos apuntarnos a alguna clase de pintura. Eso te gustaría, ¿no? Hasta te dejo llevarme de museos.

Cuando por fin salimos de casa fue un alivio. Xavier me sostenía de la cintura mientras caminábamos hacia el coche y Laura cargó mi equipaje al hombro, siguiéndonos de cerca. Me tuvieron que ayudar a subir al todoterreno, más alto de lo que esperaba, y dejaron la bolsa con mis cosas en el asiento trasero.

Laura insistió mucho en que cuidaran bien de mí, en que me llamaría todos los días y en que

me esperaba con sushi de atún cuando volviera a casa. Cuando la puerta del coche se cerró y el martilleo constante de su voz desapareció, fue un verdadero descanso. También la culpa se fue amortiguando poco a poco según nos alejábamos de ella calle abajo. Miré a Xavier con intención de que se explicara, pero no sabía por dónde empezar ni tampoco tenía fuerzas para intentarlo. Me sentía traicionada por haberle hecho creer a Laura que era una yonqui.

—Luego —dijo él como respuesta a mi mirada de soslayo—. No tenemos ninguna prisa.

La música clásica que sonaba suave y calmada en los altavoces consiguió relajarme lo suficiente como para que mi ritmo cardíaco se mantuviera al límite de la normalidad. Ni siquiera nos dio tiempo a terminar la pieza de Haydn que estábamos escuchando cuando llegamos a su casa. Le miré con extrañeza.

—Pensé que íbamos a alguna especie de clínica.

—Querías que te sacara de allí, ¿no? Confirmar su idea preconcebida era la forma más rápida sin que hiciera demasiadas preguntas. Además, tengo un par de microscopios para muestras, ¿eso te vale?

—Me vale.

Cuando abrió mi puerta y me ayudó a bajar, me quedé casi suspendida en el aire, tan solo sujeta por la cintura entre sus brazos. Estaba tan pegada a él que, incluso con la debilidad que me atormentaba, sentí la electricidad del deseo despertándose en mi cuerpo. Me posó en el suelo con mucho cuidado, sin soltarme, y pude ver la duda en su ceño fruncido y en su mandíbula apretada. Quise besarle, lo deseé con todas mis fuerzas, pero entonces él se echó la bolsa al hombro y, sin ningún esfuerzo, me cargó en sus brazos sin previo aviso. Solté un pequeño chillido agudo; me daba vértigo, siempre lo había tenido, incluso a las alturas más ridículas. Aun así, me llevó en volandas hasta el interior de la casa y subió las escaleras conmigo como si fuese lo más natural del mundo, hasta llegar a una de las habitaciones del piso de arriba. Me dejó sobre la cama con cuidado y la bolsa a mis pies.

—¿Estamos solos? —le pregunté al pensar en Iago y Luna.

—No te preocupes por ellos, no te molestarán. Descansa. Voy a preparar lo que necesitas. Solo tienes que llamarme si quieres cualquier cosa.

Se marchó dejando la puerta entreabierta y me quedé allí sola, apoyada contra una mullida almohada con tanto sueño que no sabía si sería capaz de resistir más tiempo despierta. Observé la habitación tratando de encontrar algo que me mantuviera espabilada: era una habitación grande con vistas al jardín y una gran pantalla blanca justo frente a la cama. Encima se encontraba el proyector. En un rincón, junto a la ventana, un sillón orejero de cuero con signos de haber sido bastante usado y las paredes estaban decoradas con fotografías muy antiguas en color sepia y algunas hojas de libros medievales decoradas con pan de oro. Sobre el escritorio descansaba únicamente un libro muy antiguo, abierto por la mitad, con dibujos de anatomía hechos a mano que sin duda alguna eran obra de Leonardo da Vinci. Junto a él, un par de guantes y unas pinzas planas.

Quise levantarme para ojearlo en cuanto lo vi, pero no me atrevía. No había ninguna duda de que se trataba de un objeto de coleccionista de valor incalculable y solo pensar en arrugar la esquina de alguna página me producía verdadero terror. Era mejor no arriesgarse y quedarme quieta, descansando, tal y como me había dicho. Lo necesitaba.

Más pronto de lo que me hubiera gustado, el agotamiento fue ganando la batalla y finalmente me sumergí en un sueño cargado de pesadillas.

Esta vez la pesadilla fue totalmente distinta a las demás. Estaba en una habitación blanca, tan luminosa que no podía abrir los ojos. Solo escuchaba un montón de pitidos, zumbidos y sonidos mecánicos a mi alrededor. En aquella blancura cegadora, un olor metálico llenaba toda la estancia y me guiaba hasta la fuente del aroma, cada vez más intenso. Caminé a tientas confiando en mi olfato hasta que el olor se hizo tan penetrante que era casi insoportable. Escuché el chapoteo de mis pies pisando algún líquido y entonces me detuve. Me llevé las manos a los ojos para cubrirlos y protegerlos de aquella claridad nívea y, a través de una pequeña rendija entre los dedos, me aventuré a abrirlos.

Frente a mí había una máquina de hospital que mecía arriba y abajo una bolsa de sangre sin cesar para mezclarla. La bolsa estaba rota y, cada vez que se volcaba hacia abajo, la sangre se desparramaba por el borde de la máquina, de la mesa metálica que la sostenía y goteaba por ella hasta suelo, donde formaba un charco que se expandía cada vez más con un rojo intenso y brillante. Separé mis manos de la cara y entonces vi que también las tenía empapadas de sangre que chorreaba hasta mis codos.

Sentí una mano fría sobre mi brazo y desperté de golpe. Estaba desorientada, tardé un momento en ubicarme y recordar que estaba en casa de Xavier. Él estaba a mi lado, en el sillón de cuero, y alargaba el brazo para tomarme la frecuencia cardíaca sobre la muñeca. Descubrí entonces que llevaba una vía que no recordaba que me hubiera puesto y que una bolsa de sangre ya vacía colgaba de un gotero al otro lado del cabecero. Fuera, tras la ventana, solo se veían las pequeñas lucecitas de los farolillos solares que perimetraban el jardín. Todo estaba tranquilo.

—¿Cómo te encuentras? —me susurró a media voz, inclinado sobre el borde de la cama. Solo había una luz muy tenue en la esquina más alejada de la habitación y se había quitado las gafas.

—Mejor —respondí, para mi sorpresa. No estaba tan fría, me sentía más fuerte y tenía las ideas un poco más ordenadas—. ¿Cuánto rato he dormido? No me he enterado de nada.

—Unas siete horas. Necesitabas descansar.

—Sigo teniendo sed —le dije cuando retiró su mano de mi muñeca.

—Enseguida solucionamos eso.

Me sonrió con esas maneras suyas y solo pude creerle y confiar en él con toda mi alma. Se levantó del sillón y salió de la habitación. Escuché algunos ruidos cerca, luego sus zapatos sobre la escalera y una batidora zumbando en el piso de abajo. Un par de minutos después, Xavier entraba otra vez en la habitación y me tendía una coctelera metálica.

—Bebe, te sentirás mejor. Es un preparado alto en hierro —me dijo, instándome a beber con un gesto—. No tiene el mejor sabor del mundo, pero te mantendrá fuerte.

Me incorporé en la cama y le di el primer trago. Fue como una bofetada. Estaba espeso y tibio; su sabor, más salado de lo que esperaba, me entró directamente hasta el cerebro y me revolvió el estómago, pero no lo vomité. Estaba realmente asqueroso y, sin embargo, de alguna manera, parecía quitarme la sed.

—¿Estás preparada para contarme qué está pasando realmente?

Cogí aire. Era hora de contar la verdad.

Estando a solas con él, en aquella habitación en penumbra, todo parecía más seguro. Había algo que me hacía confiar en él casi con fe ciega, sentía que podía contarle cualquier cosa, cualquier locura, y él no saldría huyendo, no me traicionaría. Después de todo, era mi ángel de

la guarda. Me había salvado la vida en una ocasión y desde entonces no había dejado de velar por mí.

—Empezó hace tiempo —comencé cuando conseguí armarme de valor—. Siempre me he sentido cansada, débil, enferma. Siempre lo achacamos a la talasemia, pero hace unos meses todo empezó a empeorar de forma exponencial. Las pesadillas recurrentes, las náuseas y vómitos, la incapacidad para mantener el calor corporal... Empecé a notar cambios de humor muy bruscos, cosas que no podía explicar...

—¿Como qué?

—Como... —Le miré, insegura, a sabiendas de que cuando lo dijera en voz alta me sentiría ridícula, pero él asintió para que continuara—. Como romper una cadena de acero y partir un saco de boxeo por la mitad de un solo golpe; como quedarme dormida durante horas sumergida por completo en la bañera sin ahogarme; como astillarle los huesos de la mano a un hombre solo apretándosela con las mías.

Me detuve, jadeando, y miré a Xavier aterrada, esperando que en cualquier momento saliera corriendo o, incluso, que se riera de mí. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Seguía sentado a mi lado, en el sillón de cuero, inclinado hacia delante y escuchándome con toda su atención, muy serio.

—Casi mando al hospital a un chico con el que me acosté y le arranqué la oreja de un mordisco a un tipo que amenazó a mi amiga. Y... —Tragué saliva. Las palabras habían salido como un torrente que llevaba demasiado tiempo acumulado dentro de mí, pero ahora parecían hacerse un nudo en mi garganta—. Y antes he sentido unas ganas tan intensas de matar a Laura que te juro que pensé que no iba a ser capaz de contenerme. No me refiero a matarla figuradamente: quería matarla de verdad, acabar con su vida. Y...

Xavier seguía mirándome sin inmutarse, con el ceño fruncido por la concentración, pero no había atisbo alguno de miedo o incredulidad en su mirada.

—Continúa, por favor —me rogó con su voz suave.

—Y... las pesadillas... —Volvió a temblarme todo el cuerpo—. Creía que eran pesadillas, pero... tal vez no lo sean.

—¿A qué te refieres?

—Vi... Vi a ese hombre, el último desaparecido. Lo vi en lo que creía que era un sueño. —Empecé a respirar más deprisa—. Vi cómo lo mataban de un solo golpe en la cabeza contra el contenedor de basura. Y creo... creo que fui yo. Creo que me estoy volviendo loca.

Xavier entrecerró los ojos durante una milésima de segundo, sin dejar de mirarme muy fijamente. Se enderezó en el sillón y se recostó cruzando una pierna sobre la otra.

—No te estás volviendo loca, Lidia —dijo con una calma tan absoluta que parecía antinatural—. ¿Y si te dijera que sé exactamente lo que te ocurre?

Aquellas palabras me dejaron paralizada. Abrí la boca para decir algo sin que las palabras consiguieran ni siquiera ordenarse antes de intentar salir.

—¿Qué? ¿Qué es?

Él seguía ahí sentado, rozándose los labios con un dedo, como pensando en algo, sin decir nada más. Me había erguido al borde de la cama, mirándole de hito en hito. Él tampoco dejaba de mirarme, de estudiarme, hasta que sonrió. Fue una media sonrisa a juego con su mirada, que brillaba cargada de algo que no supe identificar. ¿Anticipación? ¿Emoción reprimida? Volvió a inclinarse sobre sus rodillas, acercando su rostro al borde de la cama, muy cerca de mí. Tuve que contener la respiración para ser capaz de escucharle susurrar.

—Llevo mucho tiempo estudiando lo que te ocurre, Lidia —dijo sin ser capaz de reprimir la sonrisa de excitación—. Pero si te lo cuento, nunca me creerías.

Miró la bolsa de sangre que colgaba vacía junto a la cama y después, con un gesto rápido y delicado, me quitó la vía del brazo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, también en un susurro. Parecía que las cuerdas vocales se me hubieran paralizado por la tensión.

—Ven —dijo levantándose del sillón y ofreciéndome la mano—, es mejor si te lo enseño.

Acepté su mano y salí de la cama como si flotara, totalmente absorta por la intriga, y me dejé llevar fuera de la habitación. Recorrimos un pasillo y allí estaban Iago y Luna, en el marco de la puerta de su habitación, mirándonos con una intensidad que me hizo sentir incómoda, casi amenazada. Estaba claro que no era bienvenida. Entramos por la última puerta del corredor a una gran habitación dividida claramente en tres ambientes.

A mano izquierda, sobre una gran alfombra de estilo persa, se encontraba un pequeño clavicordio que bien podría haber pertenecido a algún museo sobre el siglo XVII; junto a él, un par de sillones de estilo Luis XV en tonos crema y dorados. Las paredes de aquella esquina estaban forradas de estanterías oscuras sin un solo hueco libre. Debía haber miles de libros, cada cual más antiguo; la biblioteca soñada de cualquier historiador.

Detrás de los sillones, una enorme mesa de trabajo bastante alta, de madera con superficie de mármol y multitud de pequeños cajones etiquetados. Sobre ella descansaban un par de microscopios y otros aparatos que no supe identificar, pero que había visto en algún lugar, no recordaba dónde. Parecía un pequeño laboratorio. Tras la mesa, varias neveras de puertas transparentes a través de las cuales podían verse multitud de bolsas de sangre.

Pero lo que realmente me dejó sin aliento de aquella habitación fue otra cosa. Al otro lado había una pequeña zona diáfana, sin apenas mobiliario ni decoración. Un pequeño sofá miraba solitario hacia una pared desnuda de la que únicamente colgaba un cuadro. No lo había visto nunca, pero hubiera sido capaz de reconocer el trazo de la pintura en cualquier parte. Era imposible.

Me acerqué a él como una polilla atraída por su luz y me senté en el sofá para observarlo. Nada más en el mundo parecía tener ninguna importancia en aquel instante, solo aquel cuadro, aquella pintura que mostraba a un hombre de rostro angelical, pálido y de cabellos rubios. Irradiaba un aura de luz e iba vestido de santo con una aureola dorada tras su cabeza. En su

mano izquierda, que descansaba a un costado, sujetaba un reloj de arena; en la otra, alzada a la altura del rostro, un corazón humano. Sus ojos eran blancos.

El corazón me latía muy deprisa cuando Xavier se sentó a mi lado tan silencioso como una pantera.

—Es un Da Vinci —afirmé con un jadeo ahogado. No era una pregunta, no tenía ninguna duda.

—Sí.

Temblé, todo mi cuerpo tembló, como si hubiera perdido consistencia de pronto, como si el sofá no fuera suficiente para sostenerme. La habitación me daba vueltas y no era capaz de apartar la vista de aquella pintura. De aquellos ojos.

—¿Cómo...? Es original. —Tampoco era una pregunta.

—Sí.

—Pero ¿cómo...? ¿Cómo es posible? —Me costaba respirar—. No consta como parte de su obra. ¿Cómo puedes tener un Da Vinci original desconocido?

—Fue un regalo. —Me cogió la mano y entonces me giré hacia él—. Respira —me ordenó.

Sus ojos blancos brillaban con la misma luz que en el cuadro y, al mirarlos, empecé a relajarme. Mi respiración volvió a la normalidad y la habitación dejó de darme vueltas.

—Se parece mucho a ti. —Era una forma suave de decirlo. En realidad, eran exactamente iguales.

—Necesito que me escuches con la mente abierta, Lidia —me pidió, besándome los nudillos.

Asentí lentamente, con la cabeza embotada y con una sensación extraña de irrealidad parecida a la que causan los sedantes. Necesitaba respuestas y estaba dispuesta a escuchar cualquier cosa que saliera de sus labios.

—Ese —dijo desviando la mirada al cuadro durante un segundo con nerviosismo— soy yo. Mi nombre no siempre ha sido Xavier Cortés. Mi nombre real es Marcantonio della Torre y nací en Verona en 1481. Dedicué toda mi vida a la medicina, dando clases de anatomía y conferencias en las universidades de Pavía y Padua. Era uno de los anatomistas más jóvenes de la época y artistas de toda Italia asistían a mis clases para perfeccionar su técnica con la pintura o la escultura gracias a las disecciones didácticas de los cadáveres.

»Así conocí a Leonardo, y pronto nos hicimos socios y amigos. Sabía que sus dibujos de anatomía podían llegar a cambiar la historia de la medicina, que cambiarían la forma de entender el cuerpo humano, pero entonces aquellas prácticas estaban tan mal vistas que ni siquiera con la autorización que recibían los artistas eran bien recibidas.

»Así que le abrí las puertas del hospital y juntos trabajamos sin descanso para elaborar la enciclopedia anatómica más minuciosa y exacta del mundo, con más de doscientos dibujos magistralmente detallados. Por supuesto, aquello no gustó y no fueron pocos los enemigos que intentaron tirar por tierra todo nuestro trabajo. Algunos, incluso, nos amenazaron. La Iglesia misma me rechazó y excomulgó, acusándome de herejía, de mutilar y mancillar cadáveres.

»Por supuesto que los utilizábamos —dijo con un aspaviento, poniéndose en pie para pasear frente al cuadro—. Pero ¿cómo hacer ningún avance si no en el terreno médico? ¿Qué alternativas nos quedaban?, ¿mutilar a personas vivas, torturarlas? Así que seguimos adelante a pesar de los peligros. Queríamos revolucionar la ciencia, queríamos cambiar el mundo.

»Tan solo un año después de emprender nuestro proyecto, me atacaron cuando salía del depósito de cadáveres donde los estudiábamos. Estaba cerrando las puertas cuando algún

energúmeno ignorante intentó poner fin a mi vida con un estoque. No era la primera vez, pero estaba de espaldas y era una noche de tormenta, eso lo recuerdo bien. Con el ruido de la lluvia y los relámpagos, no lo oí venir. Solo sentí el frío metal clavándose en mi costado y atravesándome por el otro lado. Caí de rodillas y me quedé mirando la espada con incredulidad en vez de intentar ver quién me lo había hecho. ¿Qué importaba ya? Sabía lo suficiente de medicina como para saber que no iba a salir vivo de aquello.

»Me quedé allí tirado, solo, como si fuera otro cuerpo más de los que a veces abandonaban a las puertas del depósito en mitad de la noche. Me estaba desangrando y no era capaz de moverme. Tenía tanto frío que ni siquiera sentía la lluvia empapándome las ropas, ni tampoco el duro suelo de piedra contra mi cuerpo tendido. Intenté pedir auxilio, grité con las pocas fuerzas que me quedaban, sintiendo la hoja afilada en mis entrañas con cada quejido, pero mis súplicas se perdían estériles en el eco de los truenos... Hasta que por fin alguien acudió.

»Aquel... *hombre*, si es que se le podía llamar tal cosa, tenía más de bestia que de hombre. Su piel estaba ennegrecida y agrietada, supurante, como si hubiera salido de las mismísimas llamas del infierno. Sus ojos, su rugido grave y su forma de moverse eran los propios de un monstruo, de las criaturas de las historias de terror que nos llegaban desde las Américas, de los hombres-pantera. Recordé entonces que había sido excomulgado y supe que aquel ser era el demonio viniendo a por mí en mi hora final por haber profanado aquellos cuerpos en favor de la ciencia. Estaba solo, aterrado, y mi espíritu estaba condenado a la eternidad entre las llamas. Lo único que podía hacer era rezar y aceptar mi sino, fuera el que fuese, y dejé que aquel demonio devorara mi alma.

»Pero el infierno parecía más dulce de lo que siempre nos habían contado. Podría decirse que incluso encontré cierto éxtasis cuando aquel demonio se abalanzó sobre mí y clavó sus dientes en mi yugular. Bebió mi sangre hasta que mi cuerpo llegó al límite de sus fuerzas. Sentí el manto cálido y reconfortante de la muerte cerniéndose sobre mí. Con el último remanente de consciencia, escuché un trueno retumbar muy cerca de donde estábamos y vi su luz cegadora incluso a través de mis párpados cerrados. La criatura huyó despavorida con un rugido gutural y yo me quedé allí, agonizando bajo la lluvia que limpiaba la sangre de los adoquines.

»Fue Leonardo quien me encontró —dijo con voz apesadumbrada al volver a sentarse, abatido—. Él me salvó la vida y cuidó de mí mientras duraron las fiebres y las convulsiones; no dejé que nadie más se me acercara, pensando que mi castigo había sido acoger a un demonio en mi interior. Me mandarían a la hoguera, estaban buscando cualquier excusa para hacerlo y no pensaba darles otra. No podía confiar en nadie más. Cuando todo pasó, lo único que quedaba era una sed terrible y estos ojos, el espejo del alma robada, condenada.

»Una noche, Leonardo me descubrió en el depósito bebiendo restos de sangre del corazón de uno de los cuerpos que habían traído aquel día. Pero, en contra de toda lógica, no huyó. Se limitó a observarme con esa curiosidad suya tan extraordinaria. No le resultó difícil darse cuenta de que algo había cambiado en mí: mis ojos, mi palidez, la tersura de mi piel y hasta la complexión de mi musculatura. Desde aquella noche, nos dedicamos a buscar la naturaleza de este... poder. Él sostenía que, si Dios había creado a todas las criaturas de la Tierra, entonces también esto debía tener un origen divino; yo siempre he sido contrario a esa teoría.

»La sed era terrible, casi imposible de controlar. Con la llegada de la nueva oleada de la plaga, los cuerpos se empezaron a enterrar en fosas y no llegaban al depósito con tanta asiduidad como para mantenerme, así que resultaba cada vez más difícil refrenarme. Temía por Leonardo, no quería causarle ningún daño, así que me marché; en 1511 fingí mi propia muerte.

Las calles estaban atestadas de cadáveres y nadie se atrevía a acercarse demasiado a ellos por temor a contagiarse, así que no me resultó difícil. Fueron los restos de otro cuerpo los que enterraron en aquella fosa.

Cuando Xavier terminó de hablar, la repentina ausencia de su voz hizo que me pitaran los oídos. Todo aquello era una absoluta locura, una broma de mal gusto. Mi sentido común me gritaba a voces que nada de aquello podía ser real. Sin embargo, había tanta sinceridad en sus gestos y en su dolor, que me resultaba imposible no dudar de él. Entonces me miró de nuevo con aquellos ojos sobrenaturales y me invadió otra oleada de calma. El amasijo de pensamientos que se arremolinaba en mi cabeza no conseguía tomar forma, tenía tantas preguntas que se me agolpaban y no era capaz de formular ninguna con un mínimo de coherencia.

—¿Cuándo te regaló el cuadro? —Me escuché decir aquello y me sentí el ser más ridículo de la Tierra.

No me podía creer que, de todas las preguntas importantes que tenía, aquella fuera la que mi cerebro había decidido hacer primero. Pero él sonrió, relajando un ápice sus facciones, y me contestó como si aquella no hubiera sido la pregunta más estúpida del mundo.

—Unos años después de marcharme, poco antes de su muerte. Nos volvimos a encontrar en Francia —respondió con la expresión cargada de nostalgia—. No había dejado de pensar en mí, en lo que me ocurrió, en lo que me había convertido; pero nunca me traicionó. Se llevó mi secreto con él.

—Entonces... —Mi voz sonó ronca y áspera—. ¿Eres un... un vampiro?

Xavier sonrió con tristeza, bajando la mirada y tomando mi mano sobre la rodilla.

—Entonces no existía ese calificativo. Pero sí, supongo que podríamos decir que sí.

Los recuerdos de la primera vez que le vi me vinieron a la mente, y entonces recordé también el accidente. Él me había dado su sangre aquel día.

—Entonces... yo también lo soy.

Había tanta incertidumbre en mis palabras, tanta duda, que pronunciarlas en voz alta fue como lanzarse al vacío: el mismo miedo, el mismo vértigo.

—No —dijo entonces él, sacándome de aquel abismo—. Aún no. Aquel día, tras el accidente, llegaste al borde de la muerte —comenzó, levantándose del sofá. Me guio con suavidad de la mano hasta la zona del laboratorio—. Mi teoría era la siguiente: la sangre vampírica, por llamarla de algún modo, transforma las células humanas. A mayor cantidad de sangre humana, mayor cantidad de células por transformar. Tú llegaste en shock hemorrágico, mi sangre no tuvo que hacer un gran esfuerzo. Estuviste tan cerca de transformarte... pero las bolsas de sangre llegaron a tiempo y diluyeron la mía. La sangre vampírica formó parte de ti desde entonces. Por eso necesitas transfusiones: la sangre vampírica consume la sangre humana, necesitas alimentarla con más sangre.

—Pero... —titubeé. Era demasiada información para intentar procesarla en un momento. Me tuve que agarrar al borde de la mesa del laboratorio para que no se me doblaran las rodillas—. ¿Por qué lo hiciste entonces? ¿Por qué me diste tu sangre?

—Eras solo una niña, tenías toda la vida por delante.

—Pudieron haberte descubierto, pero aun así elegiste salvarme la vida.

Su mirada se enturbió de pronto y la bajó hacia la mesa.

—No soy ningún héroe, Lidia. Fue la culpa lo que me impulsó a hacerlo. Aquel día no había casi reservas de tu grupo sanguíneo porque yo me las había llevado la noche anterior y no quedaban suficientes para ti. Como ves —dijo, señalando con un vago gesto las neveras en las que guardaba un arsenal de bolsas—, siempre tengo una reserva en casa. Ni siquiera pensé en las consecuencias que tendría para ti. Lo lamento tanto...

Le observé durante largo rato, como si al memorizar cada detalle de su rostro estuviera asimilando también todo lo que me había contado. Al cabo de un rato, alcé la mano temblorosa y le acaricié la pálida mejilla. Estaba fría. Miré el cuadro de lejos y luego volví a los ojos de Xavier.

—Él tenía razón —dije sin pensar.

—¿En qué?

—En que tienes que ser obra divina.

Me miró entonces con los labios entreabiertos y jadeó por la sorpresa.

—¿No me temes? ¿No crees que soy un monstruo?

—No —susurré—. Los monstruos no salvan vidas.

Una risa suave y aguda resonó a nuestras espaldas y me sacó de mi embelesamiento poniéndome la piel de gallina. En la puerta del estudio estaban Iago y Luna, apoyados contra el marco sin dejar de observarnos. Luna sonreía con malicia y Iago me miraba con los ojos muy fijos, sin parpadear. ¿Cuánto tiempo llevaban allí?

—Largo —les ordenó Xavier con voz grave y autoritaria.

Luna dejó de sonreír al instante y se marcharon dando vueltas, como si bailaran, pero Xavier se quedó ahí de pie sin apartar la mirada de la puerta entreabierta.

—¿Ellos lo...? —«saben», pensé. Pero corregí la frase a tiempo—. ¿Ellos también son como tú?

—Sí. —Suspiró—. Es una historia larga de contar.

—Quiero saberlo todo —me apresuré a responder. De pronto empecé a sentir las más que conocidas náuseas.

—Te contaré todo lo que quieras saber —me aseguró acariciándome el dorso de la mano con el pulgar—, pero ahora tienes que descansar. La sangre ya está empezando a hacer efecto.

Xavier no se apartó de mi lado en los dos días que duró, como siempre, el efecto secundario de aquellas transfusiones. Laura había llamado varias veces, pero no tuve fuerzas ni valor para cogérselo, así que, en los ratos de tregua que conseguía, me limité a escribir algún mensaje escueto asegurándole que estaba mejor, que no se preocupara por mí. Pero no era cierto. Aquella fue la peor reacción que sufrí en todos esos años. Además de las náuseas, la sed, el frío y el corazón latiendo a toda velocidad, se habían sumado también rachas de dolor que llegaba tan rápido como se iba, pero que parecía provenir del interior de cada célula.

—Estoy aquí, Lidia —me susurraba cuando volvía una racha de punzadas y yo me quedaba semiconsciente. Sentía sus manos acariciar las mías y, de alguna manera, aquello me hacía sentir menos sola.

Pero aún había fantasmas de los que no me podía proteger. La primera noche fue una noche sin sueños, o al menos sin sueños coherentes, por culpa de la fiebre; sin embargo, la segunda noche me sumí en una pesadilla convulsa y turbulenta.

Era noche cerrada y la oscuridad lo engullía todo alrededor, pero podía ver sin ninguna dificultad. Estaba junto a un río, caudaloso y tranquilo. El agua se escuchaba correr sin prisa como un murmullo contra las briznas de hierba tierna en las orillas, acompañada por el zumbido de los mosquitos que sobrevolaban la zona formando nubes.

Observaba la tranquilidad de la noche, aspiraba su aroma a fango y humedad como si fuese uno de los más finos perfumes, jugando a distinguir cada uno de sus matices

. Olía a notas de musgo, a dulzor de los árboles frutales que comenzaban a florecer en la orilla de enfrente; y también olía a sangre. Detrás de mí escuché unos pesados pasos acercándose. No me sobresalté, le estaba esperando. Era un hombre de mediana edad, con el pelo corto muy peinado y con la raya muy marcada a un lado. Un bigote estrecho bajo la nariz hacía que su rostro pareciese más ancho y más adulto, pero en sus diminutos ojos brillaba la excitación propia de un joven.

Llegó a mi altura y vi que traía consigo un saco de arpillera sucio. Su elegante traje negro se había manchado de sangre también. Me miró sin pronunciar una palabra y después se aproximó al río, dejando el saco en el mullido suelo. Lo abrió y comenzó a lanzar su contenido al agua en distintas direcciones. Eran huesos, aún con restos de carne pegada a ellos.

Me desperté al sentir la mano de Xavier sobre mi hombro. Estaba sentado al borde de la cama, junto a mí. El dolor había cesado. Era de día, aunque la luz apenas se filtraba a través de una pequeña rendija entre las persianas. Xavier sostenía mi móvil en una mano y me lo ofrecía.

—Es Laura, ha llamado seis veces en lo que va de mañana. Creo que deberías contestar si no quieres que se preocupe más de la cuenta. —Su tono era suave, tranquilizador—. Te dejaré a

solas.

Xavier se marchó y cerró la puerta de la habitación. El móvil volvió a vibrar sobre la colcha y me quedé mirándolo, sin saber si cogerlo. No quería hablar con ella, no sabía qué decirle. Pero Xavier tenía razón, si no contestaba sería capaz de presentarse en todos los hospitales y clínicas de la ciudad. Suspiré, me levanté de la cama y respondí la llamada.

—Hola. —Intenté sonar animada, pero no me salió muy natural.

—¡Por fin! Te he llamado mil veces.

—Ya lo he visto. No tenía mucho que contarte. —«Que *podiera* contarte», pensé.

—¿Cómo estás? ¿Cómo va todo por allí?

—Va bien, este sitio no está mal —dije, empezando a deambular por la habitación. Me acerqué a la ventana para asomarme y el sol me cegó un instante antes de poder mirar con los ojos entrecerrados.

—¿Te tratan bien?

—Sí, la verdad es que sí —comenté un poco ida—. Son muy atentos.

—¿Y los demás? ¿Son majos? Recuerda que no todo el mundo está ahí por su propia voluntad.

Pensé entonces en los hijos adoptivos de Xavier. Iago y Luna siempre habían parecido hostiles y me daban escalofríos cada vez que los veía.

—Bueno, hay un par a los que parece que no he caído muy bien. Pero van a su rollo, casi ni los veo.

—Mejor, pero ten cuidado, nunca se sabe. Si quieres, puedo llevarte un par de cepillos de dientes y una lima. Por si acaso.

—No estoy en una cárcel, animal —respondí con una carcajada. Me alejé de la ventana y paseé por el escritorio, refrenando la tentación de tocar el libro de dibujos originales de Da Vinci—. En serio, no te preocupes, estoy bien. Empiezo a entender todo esto poco a poco.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad?

—Claro —suspiré. Iba a ser difícil volver y seguir fingiendo. Tal vez lo mejor sería no volver con ella.

—¿Te han dicho cuándo sales?

—Aún no —respondí rápidamente. Desvié la mirada, nerviosa, como si pudiera verme, buscando alguna excusa que inventarme. Mis ojos se cruzaron con una fotografía antigua de dos hombres colgada de la pared. Uno de ellos era Xavier, que no había cambiado lo más mínimo. En el paspartú, escrito a mano, rezaba «Vincenzo, 1870».

—¿Ni si puedes recibir visitas?

—¿Qué? —Había perdido el hilo de la conversación—. Ah, no. No, este no es un ambiente para visitas, créeme.

—Ya, no creo que me trajera muy buenos recuerdos. Pero me da un poco de cosa que estés ahí sola.

—No estoy sola, estoy bien atendida, de verdad... Estoy aprendiendo muchas cosas. —Eso sí era cierto.

—Bueno, vale, pero si te aburres o te sientes sola, llámame, da igual la hora que sea, ¿vale?

—Gracias, lo haré.

—Cuidate, ¿vale?

—Sí... —Me sentía como si estuviera hablando con mi madre. Era una sensación extraña—. ¿Laura?

—¿Sí?

—Gracias por todo.

—De nada, corazón. Un beso grande.

Colgué el teléfono y me senté a los pies de la cama. De pronto la tristeza me había invadido y parecía que tirase de mí hacia el suelo. Si iba a seguir encontrándome tan mal cada vez que me dieran sangre, Laura pensaría que había vuelto a las drogas y no me lo perdonaría jamás, la destrozaría. Consideré durante un momento si quizá podría contárselo, decirle la verdad. Pero ni siquiera ella me creería, pensaría que habría vuelto a consumir algo y que estaba alucinando, que tenía algún tipo de psicosis inducida o algo así. Lo mejor sería buscar otro sitio donde vivir, mudarme sola durante un tiempo, o quizás... Me ruboricé cuando pensé en la posibilidad de vivir con Xavier y deseché la idea de inmediato. ¿Cómo iba a querer vivir conmigo? Si ni siquiera estaba segura de lo que había entre nosotros, apenas le conocía. Si todo lo que me había contado era cierto y tenía más de quinientos años, no sabía nada sobre él. Pero pensaba ponerle remedio en ese mismo instante.

Salí de la habitación y bajé los peldaños de la escalera con timidez, esperando no encontrarme con los dos adolescentes.

—No están aquí —dijo Xavier desde algún lugar del amplio salón, como si pudiera leerme la mente. Terminé de bajar y él apareció al final de la escalera para recibirme—. ¿Cómo te encuentras?

Lo cierto era que aún tenía algo de náuseas, pero no estaba segura de si era por culpa de la transfusión o por el vértigo de todo lo que mi cabeza aún estaba intentando asimilar.

—Bastante bien —le contesté con un jadeo ahogado. No terminaba de acostumbrarme a sus ojos blanquecinos. El día estaba algo nublado y con aquella luz parecían plateados.

—¿Quieres volver a casa?

Se me cayó el alma a los pies. ¿Estaría deseando que me marchara? ¿Era una invitada indeseada?

—La verdad es que me gustaría saber algunas cosas más.

—Naturalmente —dijo con esa sonrisa afable, llena de calidez.

Se dirigió al sofá y yo le seguí, sentándome a su lado, a una distancia prudencial. No estaba segura de por dónde empezar, así que traté de romper el hielo con cualquier otra cosa.

—¿Dónde están tus...?

—¿Hijos? —Aquella palabra me sonaba extraña para referirse a ellos—. Suelen estar poco por casa. Pasan bastante tiempo juntos corriendo por la montaña. Tienen demasiada... energía. Necesitan quemarla antes de pasar algo de tiempo entre la gente.

Sentí un escalofrío. Aquello no sonaba bien, pero no estaba segura de estar preparada aún para saber más sobre ello. Había otros asuntos que aclarar antes.

—¿Cuándo les... *convertiste* a ellos?

—Hará unos veinte años. En otra ciudad. No envejecer es algo que suele levantar algunas sospechas —bromeó con una sonrisa ladeada—. Así que cada cierto tiempo nos mudamos.

—¿Por qué los convertiste?

Xavier suspiró con resignación y algo tenso sin apartar la vista de mí.

—Antes de venir a Los Fresnos, trabajaba en otro hospital, Iago y Luna eran pacientes de la planta de oncología. Como bien sabes, esa no es mi especialidad, pero todo el personal los conocía porque siempre andaban armando escándalo con su música estridente a todo volumen en las habitaciones o haciendo carreras con las sillas de ruedas. Aun así, resultaba imposible no

sonreírse cuando se sonrojaban al ser sorprendidos besándose en las escaleras o cuando les veías bailar juntos por los pasillos, invitando a otros pacientes a unírseles en su danza. Cada vez que uno conseguía que le dieran el alta, siempre volvía a diario para hacer compañía al otro. Eran inseparables; incluso intentaron fugarse juntos en más de una ocasión. Les apodaron Romeo y Julieta Addams.

Soltó una risa suave, pero su expresión se tiñó de nostalgia, como si hablara de alguien que ya no estaba.

—Pero después de varias recidivas, el pronóstico de Iago empeoró. La leucemia avanzaba y los tratamientos solo parecían acelerar su deterioro físico y mental. Hace veinte años apenas había donantes de médula, menos aún que hoy en día, así que tenía muy pocas opciones.

Se detuvo para tomar aire y yo le animé a continuar apoyando mi mano sobre la suya. Era evidente que le costaba hablar de ello.

—Veían cómo avanzaba la enfermedad y los estragos que causaba en ellos. Luna no quería tener que pasar por aquello también y Iago se negaba a que el resto de sus días fueran en una cama agonizando. Así que juntos urdieron el plan de fuga definitivo. Dejaron una nota de despedida sobre la cama del hospital de Iago y saltó la voz de alarma cuando la enfermera que hacía la ronda la encontró. Les buscaron por todo el hospital, incluso por los alrededores, pero no consiguieron localizarlos.

»Fui yo quien dio con ellos. Les rastree gracias al olor de la sangre y lo supe antes encontrarlos. Aquel hospital era viejo y siempre estaban renovando alguna parte. Se habían colado entre las reformas y tuve que forzar las puertas de uno de los ascensores que había en obras para llegar hasta ellos. Se habían escondido allí, juntos, para quitarse la vida. Cuando llegué, Iago ya no respiraba y Luna estaba inconsciente por la pérdida de sangre.

—¿No había forma de salvarlos? —pregunté con el corazón en un puño,

—Ellos no querían ser salvados. No de la forma tradicional. Querían que su sufrimiento terminase de una vez por todas. Así que les di una alternativa, una vida condenada, pero en la que siempre se sentirían fuertes, una en la que pudieran estar juntos. Les di una vida en la que no volverían a enfermar.

Aquellas palabras resonaron en mi conciencia. «Una vida en la que no volverían a enfermar». Se me aceleró el pulso al instante y no pude contener la pregunta.

—¿Cómo es ser como tú?

—Es... —Me miró con el ceño fruncido, tratando de buscar las palabras adecuadas—. Intenso. Dejas a un lado lo más molesto de la mortalidad, como necesitar dormir o comer. Rechazas cualquier alimento que no sea la sangre o vísceras y, si duermes, es un sueño tan profundo que no puedes despertar de él en mucho tiempo. Meses, años...

»Todo cobra fuerza, los sentidos se agudizan; eres capaz de rastrear un olor hasta su origen a kilómetros, puedes escuchar el aleteo de un colibrí o los ultrasonidos de un murciélago si está lo bastante cerca; tanto la luz del día como la artificial se vuelven molestas, pues los ojos se acostumbran a ver en la oscuridad; anticipas los movimientos con la precisión de un reloj suizo, como si pudieras adelantarte a los acontecimientos; cuando la sed es lo bastante intensa, eres capaz de percibir el calor corporal a distancia...

Una alarma se encendió dentro de mí y se fue intensificando según le escuchaba hablar. Recordaba aquella pesadilla, o aquel recuerdo, lo que fuera; recordaba haber visto a mi vecino de esa manera, tal como lo describía: como una cámara de visión térmica. Se me erizó la piel y me envaré en el asiento.

—Si yo no me he transformado, ¿por qué me pasan algunas de esas cosas? —pregunté con la voz cargada de temor—. ¿Por qué suena a que cada vez me parezco más a ti? ¿Qué ha cambiado?

El rostro de Xavier se ensombreció de pronto y volvió a apartar la mirada con la mandíbula tensa y las manos en un puño. No se esperaba aquella pregunta.

—Darte mi sangre crea un... vínculo. —Su voz era más grave que de costumbre y hablaba con mucha cautela—. Desde que mi sangre corre por tus venas, es como si fueras parte de mí. Necesitaba tenerte cerca, protegerte, cuidar de ti. Y no soportaba verte sufrir más, así que...

—¿Qué? —Tenía los ojos empañados en lágrimas por la ansiedad.

—Empecé a administrarte más dosis de mi sangre, en cada transfusión. Pensé que, con la cantidad suficiente, te acabarías transformando y, como Iago y Luna, te librarías de la enfermedad, del miedo. —Me miró de nuevo y sus ojos brillaron como plata líquida—. Solo quería hacerte libre. Ojalá algún día sepas perdonarme.

Tardé un rato largo en reaccionar. No podía dejar de mirarle, totalmente abatida. Mi salvador, mi ángel de la guarda, había estado administrándome su sangre en secreto. Él era el causante de que cada vez me encontrase peor, de que las transfusiones durasen menos, de que pensase que me estaba volviendo loca. Me estaba transformando en un vampiro.

—Lidia, yo...

Aparté la mano en el acto, antes de que me la agarrase, pero no me levanté del sofá. Una oleada de calor empezó a hervir dentro de mí y se avivó con la respiración acelerada. La ira empezó a engullir cualquier otra emoción y noté mi pecho, mis hombros y mis brazos tensarse hasta que empecé a sentir un hormiguelo recorriéndolos. La habitación perdió luminosidad y, como aquellas otras veces, solo fui consciente de mi objetivo. Solo veía a Xavier, mirándome con los ojos muy abiertos y rechinando los dientes, preparándose.

Salté encima de él, pero fue más rápido. Mi puño impactó contra el mármol de la chimenea, haciéndole una fina grieta. No noté ningún dolor. Volví a intentarlo, esta vez con una patada, y conseguí alcanzarle en el costado, lanzándole sobre la mesita de café, que se hundió bajo su peso. Me abalancé sobre él aprovechando que estaba en el suelo, pero me frenó sin ningún esfuerzo, sujetándose entre sus brazos como si fuera un cepo, justo encima de él, pegada a su cuerpo. Sonrió; era una sonrisa feroz, casi lasciva.

Pataleé con fuerza para intentar librarme, pero tenía mucha más fuerza que yo. Me apretó aún más fuerte hasta que me era imposible respirar, iba a romperme las costillas si seguía apretando. Entonces aflojó la presión y me besó.

Dejé de patalear. Por un segundo, la habitación volvió a la normalidad, con su luz y los destrozos que habíamos causado durante la pelea. Pero seguía habiendo una parte de mí que se sentía traicionada, violada. Nada de todo aquello hubiera sucedido si no hubiera sido por él. La ira volvió a prender y, esta vez sabiendo perfectamente lo que hacía, le mordí el labio con todas mis fuerzas, haciéndole sangrar.

Sus ojos plata se transformaron al instante en un rojo intenso y sentí contra mi pecho la vibración profunda y gutural de su gruñido. Entonces los vi: tres pares de colmillos, dos arriba y uno abajo, afilados como cristales astillados; su labio partido comenzó a cerrarse al instante.

La puerta del salón se abrió de golpe y Xavier me soltó, poniéndose en pie en apenas un segundo. Iago y Luna nos miraban con los ojos muy abiertos y los labios contraídos. Parecían gatos erizados, a la defensiva, esperando una orden para el ataque.

—¡Quietos! —gritó Xavier.

Ellos nos miraron, a él a mí alternativamente, desconcertados.

—Te ha hecho daño.

—No —respondió Xavier limpiándose los restos de sangre de la barbilla con el dorso de la mano—. Ha sido un accidente.

—Y una mierda —dijo Luna, adelantándose un paso con los colmillos a la vista.

—¡He dicho que basta!

Aquellas palabras sonaron como un rugido. Los dos se quedaron congelados donde estaban, tan quietos que recordaban a estatuas de alabastro. Parecían respetarle y temerle a partes iguales, y ahora que al fin había descubierto su auténtica naturaleza, no me cabía ninguna duda de por qué.

Luna tenía el rostro crispado por la rabia, pero también había duda en sus gestos. Después de un instante de mirar a Xavier y luego a mí con una furia que quemaba, soltó un gruñido y salió corriendo de la casa, perdiéndose más allá de lo que se veía del jardín. Iago, algo más sereno, tenía el ceño fruncido y solo miraba a Xavier. En él no parecía haber rabia, sino tristeza y decepción. Se marchó detrás de ella, pocos segundos después, dejando la puerta de la casa entreabierta.

Entonces Xavier se giró hacia mí muy despacio y después miró el desastre del salón. Suspiró y se arrodilló en el suelo para empezar a recoger los restos de cristales y madera. Yo estaba de pie, paralizada.

—Entendería perfectamente que quisieras marcharte —me dijo sin mirarme, con voz apesadumbrada y tranquila—. Eres libre de hacerlo, no eres ninguna prisionera.

Miré la puerta, abierta para mí, solo unos metros de distancia. Di dos pasos hacia ella, pero entonces me detuve. Si me estaba convirtiendo en uno de ellos, si podía hacerle eso a Xavier, ¿de qué sería capaz ahí fuera, sola? ¿A quién más podría hacer daño sin ser consciente de ello?

—Pero si te quedas —continuó Xavier con su voz sedosa— te podré enseñar a controlarlo. Lo que ha ocurrido aquí es totalmente normal, pero requiere algo de disciplina aprender a dominar los instintos.

Me giré para mirarle. Volvía a parecer el de siempre, un hombre culto, tranquilo y compasivo que limpiaba con infinita paciencia el desastre que unos chiquillos habían armado con sus juegos.

—Los primeros años son los más complicados —continuó a la vez que se levantaba del suelo para tirar los restos a la basura—. Es cuando más energía tienes, cuando no eres consciente de tu nuevo poder. Con Luna y Iago fue difícil. Tuvimos que irnos un par de años a las montañas, sin ver a nadie, para que no les hicieran daño a sus seres queridos.

Pude sentir cómo la sangre abandonaba mis mejillas y palidecía aún más. Pensé en Laura, en mis padres —ya lejos— y en toda la gente que conocía. Mis vecinos, mis tíos, mis excompañeros de trabajo... Jamás podría vivir conmigo misma si les hacía algún daño.

—Ya no puedes detener el proceso, Lidia. Te pareces más a mí que a quien eras antes. —Las lágrimas me inundaron los ojos y corrieron silenciosas por mis mejillas—. Pero yo puedo enseñarte a vivir esta nueva vida. Podemos irnos lejos durante un tiempo, mientras te adaptas y aprendes todo lo que necesitas.

Se empezó a acercar a mí con pasos lentos, sosegados. Sus ojos volvían a ser tan claros como el cielo nublado.

—Y cuando estés lista, viajaremos por el mundo. Te enseñaré Italia entera, recorreremos juntos sus calles y sus museos; nos colaremos por las noches en las catedrales para poder estudiarlas al detalle nosotros solos. Puedo enseñarte todo lo que nunca verás en los libros de historia.

Me ofreció su mano pálida, tendida en el aire.

¿Qué opciones tenía? Si me marchaba, corría el riesgo de hacer daño a mucha gente cuando perdiera el control. Si me quedaba, tendría que aprender a vivir con todo aquello. Tendría ser como ellos, pero no estaría sola. Sí, Xavier tenía razón: no tenía otra alternativa.

Alcé el brazo, temblorosa, y acepté su mano. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo al instante; sentía que acababa de firmar un pacto que no podría romper jamás.

Xavier me atrajo con suavidad hacia él y me abrazó con una dulzura que contrastaba con la fiereza que había visto hacía un rato. Quizá tuviera razón, quizá podría aprender a dominar ese poder, ese instinto inhumano, y podría ser como él.

—No vas a estar sola en esto —susurró junto a mi oído—. Nosotros seremos tu familia.

«Familia», resonó en mi mente. Volví a pensar en mis padres, en lo que les haría pasar si pensaban que había desaparecido de repente. Si iba a hacer aquello, necesitaba asegurarme de que estuvieran bien, de no hacerles daño, ni física ni emocionalmente.

—Tengo que despedirme —le susurré, mirándole desde abajo, aún entre sus brazos—. Pero me da miedo acercarme a nadie.

—Podrías escribirles una carta —sugirió mientras me acariciaba el pelo casi con devoción—. Diles que has encontrado el trabajo de tus sueños en Florencia, o en Nueva York.

—Sí... —asentí, separándome de él con el cuerpo entumecido—. Sí, eso es lo que haré...

—Tómate tu tiempo. Estaré aquí si me necesitas para cualquier cosa.

Asentí de nuevo con lentitud y me dejé llevar por mis piernas hacia la planta de arriba, sin ser consciente de mis movimientos. Estaba aturdida, como si todo aquello fuese solo un sueño muy vívido del que me acababa de despertar y aún recordara sus sensaciones. Tanía tanto que procesar que tenía la mente sencillamente en blanco.

Me arrastré hasta la habitación y cerré la puerta al entrar, necesitaba estar sola. Busqué por los cajones del escritorio y encontré un bolígrafo, pero no papel. Miré a mi alrededor en busca de algo donde escribir y vi que mi bolsa aún seguía allí, así que la abrí y busqué también dentro. Esparcí por la cama sin ninguna prisa algo de ropa, la música y los cascos, el libro que me había prestado Xavier y, por fin, al fondo, un cuadernito de viaje. Ni siquiera me molesté en volver a guardar nada. Me senté con las piernas cruzadas en mitad de la cama y abrí el cuaderno. En la primera página había una nota de Laura deseándome ánimo y la marca de pintalabios de un beso que había manchado la tapa por dentro. Pasé la página con el corazón encogido y me quedé mirándola con el bolígrafo en la mano durante largo rato, sin poder escribir ni siquiera la primera palabra. Supuse que aquello debía ser el famoso bloqueo del escritor.

Incapaz de poner mis ideas en orden y sin saber ni qué decirles a mis padres ni a Laura, me volví a levantar con el cuaderno en la mano para dar vueltas por la habitación, intentando encontrar las palabras adecuadas. Perdí el hilo de mis pensamientos cuando volví a encontrarme con las fotografías y las páginas de libros medievales enmarcadas con pulcritud en una de las paredes. Ahora entendía por qué la casa estaba llena de detalles antiguos, probablemente recuerdos de su propia vida, de su propia historia.

Me detuve delante de la fotografía sepia que ya había visto. Aquel hombre —Vincenzo, según rezaba el pie de foto— tenía un aura inquietante. No sabía precisar qué era lo que me turbaba exactamente, pero había algo en su expresión, en su mirada vidriosa y fría, que me ponía la piel de gallina. Xavier salía a su lado, pasándole un brazo sobre los hombros, con una sonrisa formal y escueta.

Conseguí apartar la mirada de aquella fotografía e intenté volver a la carta, que seguía completamente en blanco. ¿Cómo te despides para siempre de la gente a la que quieres sin que piensen que te ha ocurrido algo, sin preocuparles, sin que te odien durante el resto de su vida? Cualquiera de aquellas opciones era mejor que decirles la verdad, y ni qué decir de arriesgarse

a hacerles daño si perdía el control.

Me volví a sentar en la cama y empecé a escribir la primera línea cuando alguien llamó a la puerta con delicadeza.

—Hola, humana —saludó Iago al asomar su cabeza por el hueco de la puerta entreabierta.

Me tensé en el acto, pegándome todo lo que pude contra el cabecero de la cama.

—Tranquila, venimos en son de paz —dijo Luna, asomándose también.

—¿Podemos pasar?

«No», gritó mi cabeza. Pero mis labios respondieron con un tímido «sí» vacilante. Los dos sonrieron y entraron en la habitación moviéndose con tanta gracilidad que parecía que bailaran. Iago se sentó en el sillón de cuero, a un lado, y Luna se tumbó de lado en los pies de la cama. Estaba rodeada.

—Antes nos hemos portado un poco mal —dijo Luna, jugueteando con la ropa que había esparcido al sacarla de la bolsa.

—Xavier es nuestro padre y, si le hacen daño, reaccionamos así, es instintivo. Ya sabes, la familia es la familia.

—Y por eso precisamente hemos venido a disculparnos. Ahora que vas a ser parte de nuestra familia, supongo que lo mejor es que nos llevemos bien. ¿Qué tal si empezamos de cero? —Luna me sonrió con expresión aniñada. Parecía un arlequín de porcelana.

—Prometemos que no volveremos a intentar devorarte mientras estés aquí —dijo Iago con solemnidad. No sabía si lo decía en serio o si solo bromeaba.

—La verdad es que nos sorprende que aún sigas siendo humana. Después de todo, a nosotros nos convirtió sin preguntar y sin conocernos, pero lleva diez años detrás de ti siguiéndote a todas partes y aún no lo ha hecho. Sigo sin entenderlo.

Fruncí el ceño, aún a la defensiva.

—¿Siguiéndome? —pregunté.

—Sí, ha pasado tantas noches en tu habitación viéndote dormir que no sé cómo no se ha quedado a vivir allí directamente —comentó Iago.

—Hasta yo me he aprendido ese maldito libro de Bécquer que no ha dejado de leer y recitar cada día desde que te lo cogió solo porque es tu preferido. ¿Quién sigue leyendo clásicos hoy en día? —bufó Luna con cara de aburrimiento—. Por lo menos tu música mola. Deberíamos colarnos en algún concierto cuando seas como nosotros.

Cogió mi reproductor de música y se puso uno de los cascos mientras pasaba canciones.

—Además, estábamos celosos —comentó Iago con cara de enfurruñado—. Contigo se está tomando su tiempo, va a enseñarte todo lo que sabe. Cuando nos convirtió a nosotros, solo nos dio ese maldito libro como explicación de lo que somos, pero él no nos enseñó nada hasta mucho después. Casi nos volvemos locos. Era como si no le importásemos realmente.

—Pero contigo es diferente. Supongo que tú eres su favorita —añadió Luna, molesta—. Por lo menos ahora seremos más y este pueblucho será menos aburrido.

—Espera, ¿qué libro? —pregunté, confusa,

—Ese. —Iago señaló el libro negro que estaba tirado sobre la cama con el resto de mis cosas. Era el libro que Xavier me había prestado hacía días y que yo ni siquiera había abierto.

—Me sorprende que no salieras corriendo cuando te lo dio —comentó Luna despreocupada, haciéndole más caso al reproductor de música.

—La verdad es que aún no lo he terminado —mentí descaradamente. Aún no lo había empezado.

Se quedaron en silencio y se miraron entre ellos como si se pudieran leer la mente antes de volver a mirarme a mí.

—Entonces te dejamos tranquila —comentó Iago, poniéndose en pie y ofreciéndole la mano a Luna para que también se levantara—. Seguro que después de leerlo lo tienes todo mucho más claro.

Se despidieron de mí con una reverencia teatral y se marcharon cerrando la puerta sin hacer el menor ruido. Me recordaban a juguetones cachorros de gato negros.

Nada más cerrar la puerta, me abalancé sobre el libro y lo examiné. No tenía ninguna seña en las tapas ni en el lomo, pero al abrirlo podía leerse el título:

Tratado sobre los vampiros
por Ludovico Fatinelli
1530

Se notaba que era una versión modernizada y traducida, pues el papel era nuevo y estaba impreso como cualquier otro libro normal y corriente. Pasé la primera página y empecé a leer tan rápido como era capaz.

«Si algo podemos tener por cierto sobre los vampiros es que antaño fueron hombres. Son, por tanto, huéspedes de una entidad que se adueña de ellos y los transforma. La naturaleza de esa entidad es lo que trataremos de discutir en este estudio».

Pasé las páginas, casi de dos en dos, buscando algún epígrafe que me diera más información. Necesitaba ir directa a la información relevante, no una disertación científica revisada de cuatrocientas páginas. No tenía tiempo para eso.

«La creación de un nuevo vampiro se basa en la relación sangre/patógeno. Los vampiros son capaces de producir un patógeno (similar a un veneno) en las glándulas supracaninas, que expulsa a través unos finos túbulos albergados en los colmillos. Durante su mordisco libera el veneno, que entra en contacto con su víctima. Los efectos secundarios de esta toxina en el organismo difieren atendiendo a las cantidades de sangre disponible...».

«Cuando el veneno ha transformado todas las células sanguíneas del huésped, estas atacan los órganos vitales, produciendo finalmente la muerte clínica. Tras ella, el vampiro vuelve a una forma de vida diferente que no precisa de los mismos...».

«Asimismo, se han encontrado en el torrente sanguíneo de los vampiros trazas de su propio patógeno, probablemente debido a la ingesta de la sangre contaminada tras la mordedura a una víctima».

Aquella era la razón por la que no me había convertido con la primera transfusión hacía diez años. Seguí pasando las páginas con el corazón latiéndome a mil por hora y aguantando la respiración cada vez que encontraba algún nuevo párrafo clave.

«Los hábitos alimenticios de los vampiros se basan en la sangre, rechazando cualquier otro tipo de alimento o bebida, que es expulsado de forma inmediata. La sangre animal es bien tolerada, pero de escaso valor nutricional. Se ha reportado la existencia de algunos vampiros

que también consumen los órganos de sus víctimas, especialmente el hígado o el corazón».

Solté un pequeño jadeo de horror, llevándome una mano a la garganta. La imagen del cuadro de Da Vinci se me vino a la memoria y recordé cómo había retratado a Xavier con un corazón en su mano derecha.

«Se ha llegado a la conclusión de que los recuerdos y conocimientos de una persona se transmiten al vampiro a través de la sangre, razón por la cual se ha utilizado el nombre vitae en numerosas ocasiones para hacer referencia a ella».

«Las debilidades de un vampiro son escasas, y las formas de terminar con su existencia, limitadas. Tan solo se conoce el fuego como método infalible para destruirlos».

Seguí pasando páginas hasta que encontré algo casi al final del libro. Una foto antigua en blanco y negro, con el borde troquelado, se escondía entre las hojas. Me dio un vuelco el corazón nada más verla. Eran dos hombres cogidos por la cintura: uno de ellos, Xavier, con sus ojos blancos brillando como si fuera un fantasma; el otro, un hombre de ojos pequeños y bigote estrecho, al estilo alemán. Lo reconocí enseguida. Aquel hombre era el que había visto en la última pesadilla arrojando huesos al río. ¿Cómo podía haber soñado con él si no le había visto en mi vida?

«Los recuerdos y conocimientos de una persona se transmiten al vampiro a través de la sangre», volví a leer. ¿Y si no eran solo sueños? ¿Y si ni siquiera eran míos? Miré la foto con más detenimiento y me fijé que, al dorso, había algo escrito: Fritz Haarmann, 1921.

Saqué mi móvil con manos temblorosas y abrí el navegador. Bendito internet. Busqué aquel nombre y pude comprobar que la foto coincidía. «El vampiro de Hannover, decapitado en 1925 por violar, asesinar y desmembrar a sus víctimas», leí mientras luchaba por respirar. «Atacaba a sus víctimas mordiéndolas en el cuello para beber su sangre y vendía sus restos haciéndola pasar por carne de cerdo. Su compañero Hans Grans fue exculpado de los crímenes».

Y allí estaba, Hans Grans, su cómplice, su amante, la viva imagen de Xavier. Me levanté de un salto y me acerqué a la foto de la pared que tanto me había inquietado para buscarlo también. La búsqueda resultó mucho más sencilla de lo que esperaba. «Vincenzo Verzeni, el vampiro de Bérgamo, condenado por asesinar y beber la sangre de dos mujeres...».

Empecé a temblar e hiperventilar sin ningún control sobre mi cuerpo, tapándome la boca con las dos manos para ahogar el sonido de mis sollozos histéricos. Si me oían, tal vez irían a comprobar qué me ocurría. No podía dejar que entraran, necesitaba calmarme, necesitaba pensar. Hice un esfuerzo heroico por respirar despacio y me limpié las lágrimas con las manos.

Cogí el cuaderno y empecé, por fin, a escribir la carta. Sabía exactamente lo que debía decir.

Cuando terminé de escribir la carta, había mucha más paz dentro de mí. Poner aquellas palabras sobre el papel también había conseguido traer orden a mi mente. De alguna manera, escribirlas y sacarlas de mí había ayudado a que todo fuese más real, más llevadero. Me había permitido saber exactamente lo que tenía que hacer.

Me cambié de ropa, poniéndome algo cómodo de lo que Laura había metido en la bolsa. Arranqué las hojas del cuaderno y las doblé, guardándomelas en el bolsillo trasero del pantalón. Me senté en el borde de la cama y cerré los ojos para respirar con la parte baja del abdomen. Permanecí así un buen rato, tratando de mantener a raya el miedo a lo que vendría.

Escuché el timbre de la puerta en el piso inferior y abrí los ojos. Me asomé a la ventana para ver si lograba ver quién era, parecía el típico comercial a puerta fría. Iago le abrió el portón del jardín y le invitó a entrar.

Que hubiera alguien más en casa me facilitaba bastante las cosas, era el momento perfecto para lo que me proponía. Cogí aire y relajé los músculos sacudiéndome como un perro mojado antes de abrir la puerta.

Salí de la habitación y bajé las escaleras, ensayando en mi cabeza lo que iba a decir. Estaba ya en los últimos peldaños cuando me atreví a decirlo en voz alta.

—Xavier, he pensado que lo mejor sería que entregara la carta...

Pero no pude seguir. Desde el salón, al otro lado de la enorme cristalera, pude ver lo que la ventana de la habitación no me permitía. Todo mi cuerpo se agarrotó en un espasmo de pánico. Ni siquiera grité ni hice ningún ruido, pues hasta mis pulmones se habían congelado en aquel instante, impidiéndome respirar.

Iago y Luna estaban cavando en el jardín un nicho profundo. Tenían toda la ropa, las manos, el cuello, el pelo y la cara llenas de sangre y cantaban juntos una canción en otro idioma, turnándose las voces, tan alegres y macabros como siempre. Junto a ellos, varios cubos de algo blanco, sosa cáustica. El cadáver céreo del hombre yacía pálido y rígido sobre el césped. Tenía un gran hueco sanguinolento en mitad del pecho.

Allí, completamente congelada, les vi tirar el cadáver a la fosa y darse un beso en los labios con una risita infantil antes de esparcir la sosa sobre el cuerpo. Miré alrededor y entonces me di cuenta: todos los montículos de tierra removida, todas las zonas del jardín donde la hierba no crecía, eran exactamente lo mismo que aquello: tumbas.

Algo llamó mi atención en una esquina más apartada del jardín. Apenas lo percibí, estaba en estado de shock, pero fue suficiente para girar por fin la cabeza y apartar la mirada de aquella macabra escena. Al otro lado del enorme jardín, estaba Xavier mirándome con los ojos rojos, agazapado como una bestia, como un animal salvaje. Estaba comiéndose el corazón del hombre.

No necesité más para salir corriendo tan rápido como fui capaz. Ni siquiera quise girarme hacia atrás para no arriesgarme a tropezar. No me hacía falta mirar para saber que venían a por mí.

Corrí, corrí como corría en mis pesadillas, sintiendo que cada vez avanzaba más despacio, que algo tiraba de mí hacia atrás haciéndome más y más difícil avanzar. Sentí el calor de la

sangre quemándose para dar potencia a los músculos de mis piernas y aceleré el ritmo a pesar de las punzadas de dolor que, como dentelladas, sentía en los muslos y las pantorrillas. No soportaría aquel ritmo mucho más.

La noche empezaba a ganar terreno en el horizonte y las farolas se encendieron, aunque aún había luz. Apenas había salido del Soto, de aquella zona apartada y sin vida; faltaban unas pocas calles para llegar al camino que salía de aquellas urbanizaciones alejadas de la civilización y que me devolvería a la vida en común de Los Fresnos.

Escuchaba, detrás de mí, el retumbar de sus pasos sobre la acera persiguiéndome. Primero fue un par; luego, tres. Las piernas estaban a punto de fallarme, notaba los tendones y los músculos a punto de desgarrarse como un cable de alta tensión en mitad de una tormenta eléctrica.

Entonces lo vi pasar, a mi lado, por la carretera: el autobús que recorría aquella zona y daba un rodeo por todo el pueblo antes de salir a la carretera camino al centro. Era el único que pasaba por allí. Lo vi alejarse delante de mí, en la misma calle. Si no lo cogía, mi cuerpo colapsaría y me atraparían. Pero si subía, tendría que enfrentarme de nuevo a aquel pánico irracional, a aquellos recuerdos del accidente...

El dolor se impuso y lo decidí tan pronto como vi que la última persona de la parada subía al autobús. Tenía que llegar, tenía que subir, fuera como fuese. Corrí aún más y sentí un pinchazo en el muslo izquierdo, justo por encima de la rodilla, y tuve que hacer señas con los brazos para que el autobús no se marchase sin mí. Llegué a la parada sintiendo un dolor insoportable en la pierna y, al saltar de golpe los tres escalones del autobús, se me dobló y caí de rodillas junto a la mampara del conductor.

—¡Arranque! ¡Arranque, por favor! —grité, desesperada.

El conductor y todos los pasajeros que había en la zona delantera me miraron con curiosidad y alarma.

—Por favor —le dije solo al conductor—, me están siguiendo. Arranque, no les deje subir.

—Tienes que pagar el billete.

—¡Por favor! —volví a gritar, girándome por primera vez para mirar a través del cristal, y les vi al final de la calle, cada vez más cerca—. ¡Por favor, ayudadme!

Rompí a llorar, aún en el suelo de rodillas, completamente aterrorizada, agarrándome con todas mis fuerzas al pasamanos de la entrada del autobús, como si con ella pudiera aferrarme también a la vida.

—Tome, se lo pago yo —dijo una mujer de mediana edad por encima de mi cabeza. Dejó las monedas en la bandeja del conductor y este, por fin, arrancó. La puerta aún se estaba cerrando cuando el autobús se puso en marcha y pude ver a los tres vampiros detenerse a una distancia prudencial y desaparecer tras la primera curva que tomamos.

La misma mujer me tendió la mano y me ayudó a levantarme. Me ofreció un pañuelo de papel y me condujo con suavidad hasta un asiento junto a la ventana para sentarse a mi lado.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas llamar a alguien?

—Yo... N-no lo sé...

—¿Llamo a la policía? ¿Al hospital?

Lo sopesé un momento. ¿Qué posibilidades habría de que alguien me creyese si acudía a la policía? Pensarían que me había vuelto completamente loca. Ni siquiera tomarían en serio ninguna amenaza ni denuncia. ¿Qué sentido tenía, si ni siquiera iban a protegerme de algo como ellos?

¿Y al hospital? No, no quería acercarme a ningún lugar donde Xavier tuviera poder. ¿Qué iba a decirles?, ¿que me había desgarrado un músculo huyendo uno de sus médicos más reputados?, ¿que uno de sus compañeros era un monstruo, un psicópata y un asesino? No, nada de eso serviría. No podía contárselo a nadie. Estaba completamente sola y llegar a esa conclusión me llenó de una extraña calma que apenas comenzaba a entender.

—No, no se preocupe —le respondí por fin a la mujer—. Estoy bien. Sé exactamente lo que tengo que hacer. Gracias por el billete, no puede hacerse una idea de lo mucho que me ha ayudado.

Me quedé contemplando el paisaje a través de la ventana, rememorando por primera vez el accidente sin que todo mi cuerpo se tensase y el pánico se apoderase de él. Por primera vez, aquellos recuerdos los traía yo a la mente, los dominaba, los poseía, en vez de poseerme ellos a mí. Y lo recordé todo con tal detalle que me pareció sentir de nuevo el dolor del hierro del autobús atravesándome la pierna donde ahora sentía el desgarro muscular.

La mujer pulsó el botón de parada un rato después y volvió a preguntarme, antes de bajarse, si necesitaba algo o si quería que me acompañara a algún sitio.

—No se preocupe. Muchas gracias otra vez. —Volví a girarme hacia la ventana con la mirada perdida, pero un par de segundos después la miré de nuevo, justo antes de que se levantara del asiento—. Hay una cosa que sí puede hacer por mí.

—¿El qué?

—Llame a la policía y díales que tiene información sobre el asesino en serie de las desapariciones. Díales que se llama Xavier Cortés.

Me bajé del autobús al cabo de un rato, en la parada que dejaba prácticamente en el portal de mi casa. No reprimí la carcajada seca cargada de ironía que me nació de dentro al pensar en la cantidad de tiempo que había desperdiciado por no atreverme a coger aquel autobús, estando tan cerca que podía ver cuándo llegaba a través de la ventana. Nada de eso importaba ya.

Recorrí el corto trecho que me separaba del portal pensando en cómo hubiera sido mi vida si todos aquellos miedos, si aquella falsa enfermedad, no hubieran dejado una huella tan profunda en mi existencia. Subí al ascensor pensando en que, quizá, si hubiera tenido más amigos, si hubiera sido más sociable o si hubiera alcanzado más metas la vida, todo esto sería mucho más difícil.

Entré en casa y comprobé con alivio que Laura no estaba; aún debía estar en el gimnasio, a punto de salir. Deambulé por el pasillo y miré a mi alrededor, buscando el mejor sitio para dejarle la carta para cuando volviera. Probablemente la puerta de su dormitorio sería el mejor sitio, sabiendo que siempre entraba a tirar la ropa por cualquier lado antes de meterse en la ducha nada más llegar. La dejé en la puerta colgada con un trozo de celo y después llamé a un taxi para que viniera a buscarme; tardaría cinco minutos. Los aproveché para ir a mi habitación y coger algo de dinero.

Tenía una pequeña caja fuerte, de esas con llave que son tan endebles que hasta el ladrón con menos pericia sería capaz de abrir, donde guardaba algunos ahorros para emergencias. Cogí los setecientos veinte euros que tenía guardados y los metí, sin monedero, en el bolsillo trasero de mi pantalón. Me aseguré de que el móvil tenía suficiente batería y, por si acaso, me llevé el cable de Laura, pues el mío se había quedado en casa de Xavier. Cogí aire una última vez, parada en mitad del pasillo, y me armé de valor para volver a salir.

Bajé al portal y me asomé, desde la puerta, para asegurarme de que no estaban allí. Esperé al taxi con una vibración de anticipación que me cosquilleaba por todo el cuerpo, hasta que por fin llegó. Salí disparada hacia él, medio cojeando por el dolor de la pierna, y me subí al coche antes de que hubiera terminado de aparcar.

—Al hotel Saturn.

En la radio sonaba *Show must go on* de Queen, canción que conocía como si la hubiera compuesto yo misma; me pareció un tema muy acorde a las circunstancias. El trayecto fue tranquilo, con esa calma que precede a las tormentas, con tanta presión el aire que crispaba los nervios a la espera de la gran explosión. El cielo también se había ensombreciendo; el rosa pastel del atardecer se había ido ensuciando hasta convertirse en una amalgama gris oscura; el aire era caliente y seco.

Pagué al taxista cuando llegamos, quince minutos después, y le dije que se quedara las vueltas, no quería perder ni un segundo más del imprescindible. Bajé del coche y entré en el amplio vestíbulo del hotel de cinco estrellas que se erigía tan alto que parecía tocar el cielo. Aquella torre de cristal infinita era el lugar perfecto.

—¿Hay alguna suite disponible?

—Tenemos la suite junior, ¿para cuántos días sería?

—Solo esta noche. ¿En qué planta?

—En la vigésimo tercera. ¿Quiere que se la reserve?

—Sí, por favor.

Mientras el recepcionista hacía la reserva, miré nerviosa a mi alrededor. Me parecía verles en cada sillón del vestíbulo, en cada taburete de la alejada barra del bar al final de un pasillo, en los huéspedes que entraban por la puerta giratoria. Pero no estaban allí; aún no.

—¿Puedo dejarla pagada ahora? —pregunté de pronto, medio distraída.

—Sí, por supuesto, no hay problema.

El precio de la habitación me resultaría inasequible en cualquier otra circunstancia, pero aquel momento lo requería. Saqué los billetes del bolsillo trasero, los conté apresuradamente y dejé unos cuantos sobre el mostrador. Estaban un tanto arrugados, pero el recepcionista me entregó la tarjeta magnética de la habitación sin mencionar nada al respecto y sin borrar su sonrisa de servicial amabilidad.

Rodeé el mostrador y llegué al pasillo donde seis ascensores esperaban solícitos a que me subiera en ellos. El recorrido hasta la planta veintitrés se me hizo eterno. Tenía la mente tan saturada que de pronto había dejado de pensar en nada, completamente incapaz de procesar más información. A cambio, la canción del taxi se había quedado dando vueltas en bucle, como si intentara aferrarme a cualquier cosa externa y conocida para no perder la poca cordura que me quedaba en aquel momento. La iba a necesitar.

El suelo enmoquetado del pasillo amortiguaba mis pasos cansados e irregulares cuando se abrió el ascensor. Lo recorrí cojeando y tratando de no apoyar demasiado la pierna que, como había previsto, dolía mucho más en frío. Encontré la puerta de mi habitación e introduje la tarjeta en la cerradura con manos temblorosas. La ansiedad de la anticipación hacía mella en mi cuerpo, pero no en mi mente, que seguía anestesiada con la canción de la radio.

Entré y cerré la puerta nada más cruzar el umbral, palpando las jambas para asegurarme de que estaba bien cerrada y nadie podría entrar por error. La cama, imponente, ocupaba el centro de la estancia principal. Frente a ella, a modo de salón de té, un sofá de ante y dos sillones a juego con una mesa baja en el centro. Saqué el cargador del móvil que le había cogido a Laura

y lo enchufé para que la batería estuviera completamente llena; mientras esperaba a que se cargara, preparé un baño con sales de lavanda, cortesía del hotel. Iba a necesitar toda la calma que fuera capaz de reunir, así que me desnudé y me metí en la bañera de hidromasaje para disfrutar del agua caliente, de la presión de los chorros y del aroma a flores que emanaba del vapor por todo el baño.

No me entretuve demasiado, solo el tiempo justo para sentirme limpia y despejar la mente. La canción ya no sonaba en mi cabeza, ahora solo había un silencio tan profundo que oía un ligero pitido en los oídos, como si fuera la primera vez que escuchara realmente el silencio.

Salí de la bañera y me miré en el espejo. La mirada que me devolvía el cristal era fría, distante y profundamente triste. Busqué unas tijeras entre los útiles de cortesía del baño, pero no las encontré. Cogí entonces la cuchilla de afeitar y desmonté con cuidado el plástico para sacar las hojas. Me cepillé el pelo mojado y agarré la primera cuchilla con los dedos, muy cautelosa para no cortarme. Con la otra mano agarré un mechón de pelo y empecé a cortar. No era como una tijera, pero estaba lo suficientemente afilada como para conseguir desfilan un poco los mechones delanteros y cortar de forma irregular el resto, dándome un aspecto un tanto salvaje. Siempre había querido parecerme a esas estrellas de rock de los noventa. Si aquel iba a ser el último aspecto que tendría, quería elegir cómo sería.

Dejé los mechones de pelo cortados en el suelo sin preocuparme de recogerlos y me dirigí de nuevo a la habitación para vestirme. El móvil se había cargado. Lo cogí y marqué el botón de llamada. Había llegado el momento.

—Soy yo. —Hice un esfuerzo para que la voz no me temblara tanto como las manos. El silencio fue la única respuesta—. Estoy en el hotel Saturn. Habitación 2306. Tenemos que hablar.

—Voy para allá —respondió la voz de Xavier provocándome un escalofrío—. No te muevas de allí, no hables con nadie.

Colgué y me dejé caer sobre la cama un instante. Realmente iba a hacer aquello. Realmente iba a ocurrir. El corazón se me empezó a acelerar y me levanté para hacer cualquier cosa que me impidiera pensar demasiado y así no me traicionaran los nervios. Abrí una de las hojas del gran ventanal, que cubría desde el techo hasta el suelo. Fuera, una estrecha terraza donde apenas cabía una silla. Desde allí arriba se podía ver toda la ciudad. El aire se sentía mucho más húmedo que a pie de calle y los coches y la gente parecían poco más que insectos trabajadores que avanzaban en filas ordenadas. Justo debajo, en la entrada del hotel, podía verse una gran fuente iluminada con luces led que iban cambiando de tonalidad. Sentí vértigo, pero no me importó.

Un trueno rugió a lo lejos en aquel cielo plomizo y lo sentí retumbar sobre mi cabeza con un escalofrío de excitación. Volví a entrar y arrastré una de las mullidas butacas hasta la ventana para sujetar la enorme hoja de cristal y que se mantuviera abierta. Entreabrí también la puerta del dormitorio, ansiosa, y me senté en el borde de la cama.

Volví a pulsar el botón de llamada del móvil.

La puerta estaba abierta y no necesitaron llamar. Xavier entró en la habitación enmoquetada con el mismo sigilo que un felino acechando a su presa. Fue la indisciplinada energía de Luna y Iago lo que los delató.

—Habéis tardado —les dije al sentirles entrar.

—Estábamos terminando de recoger los restos de la cena —contestó Luna, a lo que Iago respondió con una risa desquiciada.

—Ya lo he visto. —La voz se me quebró por el nudo en la garganta—. Quizá deberíais ser más discretos.

—O tú menos ingenua, querida.

—Silencio —impuso Xavier, mirándoles con severidad—. Estamos aquí. Es hora de que zanjemos todo esto.

—¿Qué queréis de mí?

—Que te unas a nosotros —respondió Xavier—. A mí. Es lo mejor para todos.

—Sería una lástima que nos obligaras a terminar contigo si rechazas nuestra oferta —añadió Luna con voz cantarina—. Papaíto se ha encaprichado mucho de ti.

—¿Desde cuándo lleváis matando a toda esa gente?

—No somos asesinos —respondió Xavier con su acostumbrado sosiego.

—Somos cazadores —añadió Iago con orgullo mientras se dejaba caer en uno de los sillones y Luna se sentaba en su regazo.

—¿Qué diferencia hay?

—No acabamos con su vida sin más; nos alimentamos de ellos. Si no lo hiciéramos, moriríamos, igual que muere cualquier ser vivo sin alimento.

—¿Por qué no podéis conformaros con cazar animales? ¿Por qué personas?

—Por la misma razón por la que vosotros coméis hamburguesas en vez de larvas de gusanos: porque queremos, porque podemos y porque saben mejor —respondió Iago con una mueca de incredulidad, como si fuese lo más evidente del mundo.

Xavier miró al techo haciendo alarde de su ejercitada paciencia y se sentó en una esquina del sofá, frente a mí. Se quitó las gafas y clavó sus ojos blanquecinos en los míos, apoyando los codos sobre sus rodillas.

—Los animales no son suficiente —explicó con voz suave, como si le explicara algo delicado a una niña pequeña—. Además, cuando nos sienten cerca, huyen. No es suficiente —repitió—, tendríamos que cazar prácticamente a diario si nos alimentásemos de la fauna local.

—O cazar un oso, pero no se suelen ver muchos por aquí —matizó Luna con sarcasmo.

—¿Y qué hay de las bolsas de sangre del hospital?

—Trato de tener siempre una reserva para emergencias, pero siguen sin ser suficientes. Si me llevase demasiadas, se acabarían dando cuenta de que alguien las está robando. No puedo falsear todos los informes.

—Entonces... cazar personas es vuestra mejor opción.

—Sí.

—¿Cuántos? —pregunté. Xavier se quedó en silencio; Luna y Iago le miraron, nerviosos e indecisos, dudando de si debían responder o no—. ¿A cuántos habéis matado y enterrado en

vuestra casa desde que llegasteis a Los Fresnos?

—Noventa y dos.

Un trueno desgarró por fin el aire y un instante después comenzó a llover. Le sostuve la mirada durante casi un minuto, contemplando aquellos antinaturales ojos del mismo color del cielo plomizo, y finalmente me levanté del sillón para mirar la tormenta en el balcón. Desde allí arriba pude ver la llegada de los coches de policía aparcando sobre la acera de la entrada y a los agentes entrando a toda prisa en el hotel. Las gotas de lluvia me salpicaban la cara.

—Entiéndelo, Lidia. No tienes otra opción: si no te unes a nosotros, perderás la cabeza, le harás daño a mucha gente y finalmente morirás. Solo te queda una dosis. Ya no hay vuelta atrás.

—Si acepto vuestra oferta, seré como vosotros —afirmé más que pregunté.

—Sí.

—Tendría que cazar para sobrevivir.

—Pero no volverías a sentirte enferma. Todos tus miedos desaparecerían. Podrías ser tú misma por fin, sin ninguna de las cargas que llevas tanto tiempo soportando. Podrías viajar y deleitarte con el arte de todos los museos del mundo; acudir a la ópera en Viena de mi brazo; recorrer la Biblioteca Clementina y aún tener tiempo para leerla por completo. Puedo darte todo eso y mucho más.

Pensé en sus palabras y me permití el pequeño placer de imaginarme haciendo todo aquello. Entonces me giré para mirarle.

—Hay algo que no podéis darme.

—¿El qué?

—Mi libertad.

Di un paso adelante y salté la barandilla de la estrecha terraza, arrojándome al vacío. Sentí el gélido viento acunarme durante mi vertiginoso descenso en picado hacia la más absoluta oscuridad. La lluvia lavaría la sangre que nunca llegaría a ser suya.

Epílogo

Hacia tiempo que Laura había perdido la cuenta del número de veces que había leído aquellas palabras, ahora emborronadas por sus propias lágrimas. Y, aun así, todavía sentía un temblor incontrolable en sus manos cada vez que sostenían aquella hoja de cuaderno arrancada:

Cuando leas esta carta yo ya estaré lejos. Siento que este adiós tenga que ser así, tan imprevisible, tan definitivo. Pero necesito que entiendas y necesito que termines por mí lo que yo no he sido capaz de terminar.

Siempre lo hemos tenido delante y nunca lo supimos ver. Porque la oscuridad se disfraza de luz y nosotros, cegados por su brillo, no somos capaces de ver nada.

Aquel día, hace diez años, lo cambió todo. Recibí un veneno que mi cuerpo necesitaría para subsistir a partir de entonces. Una supuesta cura que, en lugar de sanarme, me haría enfermar con cada nueva dosis que recibiera. Tú tenías razón, era como una droga y yo ni siquiera sabía que la consumía. Me convertí en su esclava.

El doctor Xavier Cortés, mi aparente ángel de la guarda, mi supuesto salvador, hizo de mi caso su cruzada personal. Se aseguró de que recibiera aquella droga cada vez con mayor frecuencia. Un lobo con piel de cordero, un manipulador que movía los hilos desde esa luz que proyectaba como si fuera el faro que me llevaría a puerto seguro. Olvidé que aquello que ilumina, también abrasa; que el sol que nos calienta es también una inmensa bola de fuego atrayéndonos hacia él inexorablemente hasta, un día, terminar con todos nosotros.

Si te cuento todo esto es porque necesito que lo cuentes por mí cuando yo me haya marchado. Necesito que les des por fin el sosiego y la justicia que merecen a todas esas familias que han quedado rotas y destrozadas por culpa de ese monstruo disfrazado de santo que nos engañó a todos.

Xavier Cortés, el galardonado médico que arriesgó su propia vida para salvar la de una niña hace una década, no es más que un asesino. Durante todos estos años él y sus hijos han estado detrás de todas las desapariciones. Todos los nichos que hoy están aún vacíos en el cementerio son el resultado de la sed de esos monstruos.

Siempre has cuidado de mí, has estado a mi lado y te mereces una explicación. Lo cierto es que, si te contara toda la verdad, jamás me creerías. Necesito que me creas. Sé que solo tú lo harás, y por eso te escribo a ti esta carta. Pero confía en mí si te digo que solo necesitas saber la verdad a medias. Hay seres en este mundo en los que dejamos de creer hace tiempo, pero ellos no han dejado de habitar entre nosotros.

Cuando leas esta carta, si las cosas han salido como espero, todo habrá terminado para mí. Habré ido al hotel Saturn y allí habré llevado a Xavier para alejarle de Los Fresnos. No tendrás mucho tiempo. Llama a la policía y diles que los cadáveres de los desaparecidos están enterrados en el jardín de la casa de Xavier. Todos ellos.

Por favor, llámales tan pronto como termines de leer estas líneas. Yo grabaré con el móvil la confesión que necesitan.

Cuando lleguen yo ya no estaré, pero sé que tú conseguirás que toda esa gente pueda por fin ponerle nombre y rostro al asesino; por fin podrán enterrar a sus muertos y llorarles; por fin tendrán un lugar al que ir, un lugar donde descansen sus restos.

Necesito un último favor: cuéntales a mis padres que lo hice porque no hacerlo hubiera supuesto cientos de nichos vacíos más, que los asesinos seguirían sueltos, que las pesadillas seguirían inundando las noches y también los días de tanta gente inocente. Diles he podido elegir y he elegido no ser un monstruo.

Diles que he elegido ser libre.

ACERCA DE LA AUTORA

A. G. Dones (1992, Madrid)

Compaginó su carrera de psicología con estudios de corrección profesional, alemán, guion cinematográfico y neurociencias. Desde que comenzó a escribir, a los ocho años, ha participado en numerosos concursos nacionales e internacionales, tanto de poesía como de relato y microrrelato. En 2014 publicó su primera antología poética, Paroxismo. En noviembre de 2017 publicó una antología de relatos cortos inspirados en enfermedades mentales, titulado Psique, para dar visibilidad a la salud mental, que resultó finalista de los IV Premios Editorial Círculo Rojo. A principios de 2018 participó en una antología de relatos ilustrados de fantasía con su obra La caída de Goldland, antesala de su saga de fantasía juvenil Jake Tesler. Finaliza el año 2018 con la publicación de Insomnia, con la que vuelve a sus raíces de poesía cruda e intimista. En septiembre de 2019 publica Azael, una novela de fantasía urbana y religiosa con tintes de crítica social, de la mano de la Editorial Alma Negra. En 2020 publica Vitae, una novela enmarcada dentro del thriller paranormal, como crítica a la moda de la romantización del acoso y el abuso en las relaciones románticas.

Notas

[←1]

Everything, de Lifehouse.

[←2]

Rima LXXIII, Gustavo Adolfo Bécquer.

[←3]

A la oscuridad, Clark Ashton Smith (1893-1961)

[←4]

Némesis, H.P. Lovecraft (1890-1937)